

Libros de **Cátedra**

Estructura y función del síntoma fóbico en la infancia

Lectura y análisis de presentaciones clínicas
de autores clásicos

María Cristina Piro
(coordinadora)

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

SECCIÓN	PÁGINAS
AGRADECIMIENTOS.	3
PRESENTACIÓN. <i>María Cristina Piro.</i>	4-8
CAPÍTULO 1: LA CONCEPCIÓN DE LAS FOBIAS EN LA PRIMERA CLÍNICA DE FREUD. <i>Maira Querejeta.</i>	9-17
CAPÍTULO 2: FOBIAS EN LA INFANCIA: SUS VÍNCULOS CON LA ANGUSTIA. <i>Nora Carbone, Gastón Piazze y María Cristina Piro.</i>	18-30
CAPÍTULO 3: SIGMUND FREUD. LA FOBIA A LOS CABALLOS. <i>Mónica Torres, Martín Sosa, Julia Martin y Maite Lardizabal.</i>	31-49
CAPÍTULO 4: UN PEQUEÑO HOMBRE GALLO. SANDOR FERENCZI. <i>Gastón Fazio, Martín Sosa y Mauricio Abal.</i>	50-70
CAPÍTULO 5: MELANIE KLEIN: EL CASO FRITZ. <i>Analía Basualdo y María Florencia Gómez.</i>	71-104
CAPÍTULO 6: ANÁLISIS DE DOS VERSIONES DE LA ZOOFOBIA INFANTIL EN EL MARCO DEL SEMINARIO IV DE LACAN. <i>Nora Carbone, Gastón Piazze y María Cristina Piro.</i>	105-120
DE LOS AUTORES.	121-127

AGRADECIMIENTOS

La coordinadora y los autores del presente volumen desean expresar su más sincero agradecimiento a la Presidencia de la Universidad Nacional de La Plata por promover la elaboración y difusión del conocimiento generado en la práctica docente y los diferentes espacios de investigación y extensión universitarias a través de la Colección Libros de Cátedra, que ya cuenta con un número significativo de valiosas producciones de docentes de las diferentes unidades académicas. Asimismo, deseamos incluir en nuestro reconocimiento a las autoridades y colegas de la Editorial de la Universidad Nacional de La Plata, quienes con entusiasmo y profesionalismo han acompañado y guiado el proceso de construcción de este material. Por último, agradecemos a la Facultad de Psicología por el impulso permanente otorgado, a los docentes que gentilmente colaboraron en la lectura crítica del texto, y a los alumnos de la cátedra Psicopatología II, quienes, sin duda, han sido los motivadores principales de este emprendimiento de producción colectiva.

PRESENTACIÓN

María Cristina Piro

La clínica psicopatológica con niños constituye un campo amplio, diverso y heterogéneo que tiene características propias. El interés del presente volumen es abocarse al capítulo de las llamadas manifestaciones neuróticas en el niño. Para ello, hemos elegido revisar casos de diferentes autores clásicos del ámbito de la psicopatología y psicoanálisis.

Nos proponemos indagar, en cada una de sus presentaciones, la manera de establecer la envoltura formal del síntoma y sus determinantes causales, herramientas indispensables para sopesar la particularidad de sus intervenciones en el marco de la dirección de la cura. En esta oportunidad, cobra especial interés la revisión de la categoría clínico-teórica de la zoofobia en la infancia, elevada por Freud al rango de paradigma de la neurosis infantil, concepto central e insoslayable para el abordaje eficaz de la clínica de la neurosis. Tal como hemos señalado antes,

[...] La neurosis en la infancia es una neurosis del niño con sus propios mecanismos, en la que intervienen los procesos de la retórica del inconsciente y ponen en juego un real pulsional traumático. Su desarrollo así como su productividad sigue un derrotero que se enmarca en la búsqueda de una solución. La emergencia y surgimiento de síntomas neuróticos se encuentran, tal como lo señala Freud, ligados a dificultades del desarrollo infantil, relacionados con el pasaje por el Edipo y el Complejo de castración.

Es en este contexto, que se destaca el carácter elemental de la fobia, definida por Lacan como “un cristal significante”, una formación del inconsciente hecha de un número limitado de significantes, en el que el niño explora todas las permutaciones posibles, intentos constituyentes de elaboración de la significación fálica, donde está la marca simbólica de la castración (Piro y Romé, 2013: 260)

La elección que hemos realizado de ciertos autores clásicos se funda en la necesidad de recuperar elaboraciones inaugurales en el campo del sufrimiento del niño que constituyen un aporte indispensable para el análisis y discusión de las presentaciones actuales.

Las categorías conceptuales que se debaten al interior de este texto forman parte de los programas de distintas asignaturas que integran el Plan de Estudios de la formación de grado en Psicología (tanto en la UNLP como en otras Universidades Nacionales). Estas nociones nodulares sufren tratamientos diferentes, tributarios de la perspectiva específica que adoptan en relación a los objetivos concretos de cada asignatura. Como consecuencia de ello, la bibliografía al respecto aparece citada de manera dispersa entre obras de diferentes autores.

Es por eso que el abordaje de dichas categorías en un volumen unificado constituirá un aporte significativo para su estudio, lo que facilitará su posterior análisis y discusión. Debe considerarse, además, a la luz de las elaboraciones recientes a las que ha dado lugar esta temática, su importancia en el campo de la Psicología del Desarrollo, de la Psicopatología Infantil y de la Psicología Clínica de niños y adolescentes.

En el capítulo 1 se analiza el modo en que Freud concibió las fobias previamente al análisis del caso Juanito, utilizando para ello sus primeros trabajos psicoanalíticos. Es en ellos que Freud sienta algunos antecedentes importantes en relación a las fobias, que en desarrollos posteriores irá modificando de manera paulatina. Dichos cambios resultan particularmente relevantes, porque se articulan con el modo en el autor ha concebido la angustia y el mecanismo psíquico interviniente en las fobias.

El capítulo 2, tiene por objeto abordar los vínculos de las fobias infantiles con la angustia en la obra de Freud, en pos de esclarecer la especificidad de la estructura y la función de estas tempranas manifestaciones clínicas.

En el capítulo 3, a partir de la lectura del caso Juanito y de su primera revisión en los textos metapsicológicos, se fundamenta el valor de la fobia como paradigma de la neurosis de la infancia en el marco del llamado segundo momento causal de la obra de Freud. En tal sentido, se intenta establecer las

coordinadas de eclosión, evolución y restablecimiento de esta “histeria de angustia”, y precisar su articulación con el mecanismo de la represión y una etiología sexual que, en este caso, no requiere de una “constitución particular”. A continuación, y atendiendo al interés freudiano por la marcha de la enfermedad y al “trabajo psíquico” que esta implicaba para ligar el desprendimiento de angustia, se indaga sobre la estructura y función del síntoma fóbico de acuerdo a la primera teoría de la angustia elaborada por el padre del psicoanálisis.

Esta sección tiene por finalidad, además, aprehender el papel de la zoofobia infantil como “solución” al problema de la angustia, redefinida a partir de la revisión freudiana del historial de Juanito a la luz de la introducción del operador estructural del complejo de castración. Asimismo, y si bien Freud alcanzó a situar con nitidez las “manifiestas ventajas” que provee la construcción del sustituto fóbico para suspender el desarrollo de angustia, intentaremos fundamentar por qué permanece irresuelto el problema que trae otro costado de la función del síntoma: el que atañe al beneficio primario de la enfermedad. La dificultad para poner en claro este punto y el predominio del aspecto defensivo, permiten todavía preguntarnos si se trata de una neurosis de pleno derecho.

Como resultado de la conocida recomendación freudiana hecha a sus discípulos de reunir observaciones sobre la vida sexual de los niños, llega a manos de Freud el material del pequeño Arpád a través de uno de sus discípulos y analizantes: Sandor Ferenczi. En el capítulo 4 resultan de sumo interés teórico y clínico la apreciación que establece Freud sobre el totemismo, y el contrapunto que se establece con el análisis del caso Hans, considerando la fobia a los caballos como un caso de totemismo negativo, en tanto señala el valor del tótem, en este caso el animal como el punto de sostén de ciertas prohibiciones y de regulación de la problemática relación del niño con el deseo materno. Para Freud, en cambio, el caso Arpád ejemplifica el totemismo

positivo, donde el tótem, a diferencia de la fobia, no prohíbe, sino más bien empuja y lo lleva a enfrentarse identificado con el animal temido.

Hemos elegido para el capítulo 5 el desarrollo del caso Fritz, primer paciente de Melanie Klein. En este trabajo, donde se evidencia su descubrimiento fundamental que es la posibilidad de análisis temprano, sitúa el inicio del conflicto edípico a los seis meses de edad. Ubica, de esta manera, al sadismo como primario, pulsional y fuente del impulso epistemofílico, que llevara a la búsqueda de saber. Contrariamente al niño freudiano, que reprime este deseo, elaborando teorías sexuales infantiles que le permitan seguir sosteniendo el desconocimiento de la diferencia de los sexos, el niño de Klein sostiene un deseo de saber y satisfacer las preguntas sobre la existencia o no de Dios, sobre la diferencia de los sexos, como nacen los niños sosteniendo la premisa de que un niño informado no reprimirá y, por lo tanto, no será neurótico. No obstante, su clínica le demuestra lo contrario: Fritz desarrolla una fobia. Rechazo de “saber” que señala una nueva dirección en la cura al determinar el abandono de la posición "pedagógica" y dirigir su escucha hacia una posición analítica.

En tanto, el objetivo del capítulo 6 es examinar las coordenadas del surgimiento y la función de la fobia infantil, así como las diferencias que encuentra esta particular respuesta en la niña y en el varón siguiendo los desarrollos del *Seminario IV* de Lacan. En él, el autor aborda, en el marco de su teoría de la falta de objeto, dos casos clínicos: Sandy y Juanito. Definida la fobia como “*una muralla contra el abismo de la castración materna*”, se intenta precisar cómo se singulariza el crucial encuentro del sujeto con esta dimensión de la falta en cada uno de ellos.

Con esta presentación pretendemos contribuir a facilitar la lectura de los alumnos, en términos de la comprensión de los problemas que ella involucra, teniendo en cuenta la extensión excesiva e imprecisa del diagnóstico de neurosis en las presentaciones actuales, situación que requiere una

elucidación de mayores alcances, como la que se propone en esta obra. Por último, esperamos que la lectura de este material sea tan agradable y valiosa como las instancias de elaboración del mismo.

A handwritten signature in black ink, consisting of several fluid, connected strokes that form a stylized representation of the author's name.

Prof. Lic. María Cristina Piro.

Referencias bibliográficas

Piro, M.C. y Romé, M. (2013). “Neurosis infantil – neurosis en la infancia: consideraciones sobre su tratamiento en la obra de Freud”. En Napolitano, G. (coord.). *El campo de la neurosis en la obra de Freud* (pp. 245-264). La Plata: EDULP.

CAPÍTULO 1

LA CONCEPCIÓN DE LAS FOBIAS EN LA PRIMERA CLÍNICA DE FREUD

Maira Querejeta

Introducción

La delimitación teórica y clínica de las fobias ha sido problemática en la historia de la Psiquiatría, del Psicoanálisis y de la Psicología, persistiendo aún dificultades para definir las.

Estas dificultades remiten principalmente a la multiplicidad de conceptualizaciones, a la pluralidad de enfoques clínicos y a la diversidad de clasificaciones nosológicas que sostienen las distintas perspectivas teóricas.

Entre las teorizaciones que se han propuesto respecto de las fobias, la que se ha destacado es la de Sigmund Freud, quien ha analizado y modificado su noción de fobia a lo largo de su obra. Estos cambios se han ido articulando con el modo en que ha concebido la angustia y el mecanismo psíquico interviniente.

En términos generales, suelen reconocerse tres momentos en la conceptualización de las fobias de Freud (Leserre, 2008; Maffei, 2010):

1. En los escritos correspondientes a su primera clínica, antes del historial de Juanito, Freud sostiene una clasificación bipartita de las fobias según sean meros síntomas que acompañan a las demás neuropsicosis, o fobias “típicas” pertenecientes a las neurosis de angustia.

2. Con el caso Juanito (1909), Freud introduce una nueva entidad clínica: la histeria de angustia. Reconoce así, un tipo particular de fobia cuyo mecanismo de defensa se asemeja al de la histeria de conversión. Sin embargo, mientras en la histeria de conversión, la libido desprendida de una representación intolerable por la acción de la represión, se convierte en inervación somática, en la fobia, se libera como angustia. De esta manera, la representación queda

reprimida y la libido liberada se enlaza vía desplazamiento a un objeto. De este modo se establece junto con la represión y el mecanismo de desplazamiento, un objeto y el miedo a través del cual se exterioriza la angustia.

En el historial de Juanito y en el posterior del *Hombre de los Lobos* (1918 [1914]), Freud brinda sus más completas elucidaciones clínicas de las fobias, que en ambos casos, corresponden a manifestaciones en la infancia. Posteriormente, en “La represión” (1915a) y “Lo inconciente” (1915b), se dedicó a examinar la metapsicología de los síntomas fóbicos, con el propósito de precisar su estructura sustitutiva y dilucidar su función.

3. En “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), redefine la importancia de la zoofobia infantil como “solución” al problema de la angustia, a partir del complejo de castración. No obstante, queda irresuelto el problema del beneficio primario de la enfermedad (Piazzese, 2012).

El propósito del presente capítulo es revisar cómo Freud concibió las fobias previamente al análisis del caso Juanito, utilizando para ello sus primeros trabajos psicoanalíticos. En los capítulos posteriores, se abordará en primer lugar, las coordenadas de eclosión, evolución y restablecimiento de la histeria de angustia en Juanito, articulando con el mecanismo de la represión y la etiología sexual, y en segundo lugar, la revisión freudiana del historial a partir de la introducción del operador estructural del complejo de castración.

La revisión conceptual de la noción de fobia en los trabajos de Freud, reviste un especial interés en la psicopatología infantil: como paradigma de la neurosis en los niños y como piedra basal de diversas corrientes de investigación que abordarán el problema, tanto dentro del marco teórico del psicoanálisis, como fuera del mismo siguiendo la vertiente clásica de la psiquiatría.

Las Fobias antes del caso Juanito

Para desarrollar las concepciones de Freud en este primer momento de su obra, consideraremos los siguientes textos:

- *Las neuropsicosis de defensa* (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias) (1894).
- *Obsesiones y fobias*. Su mecanismo psíquico y su etiología (1895 [1894]).
- Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia” (1895 [1894]).
- A propósito de las críticas a la “neurosis de angustia” (1895).
- Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa (1896).

En *Las neuropsicosis de defensa* (1894), Freud caracteriza por primera vez el concepto de *defensa* como mecanismo psíquico que actúa en las neuropsicosis, entre las que incluye la histeria, las fobias y representaciones obsesivas, y la locura alucinatoria. De este modo, delimita una nueva categoría clínica producida por la acción de un mecanismo psicológico común, que califica de *adquiridas*, y opone a las enfermedades corporales. En este tipo de neurosis existe una representación intolerable de carácter sexual que “[...] despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidarla, no confiando en poder solucionar con su yo, mediante un trabajo de pensamiento, la contradicción que esa representación inconciliable le oponía [...]” (Freud, [1895] 1990: 49).

Sin dar aún mayores precisiones de este mecanismo de defensa, Freud sostiene que en sus pacientes ese “olvido” no se logró, originando diversas reacciones patológicas que provocaron una histeria, una representación obsesiva (o fobia), o una psicosis alucinatoria. Asimismo aclara que en esos pacientes existe una escisión de la conciencia, que es el resultado de un acto voluntario del yo.

En cuanto al proceso de formación de los síntomas plantea lo siguiente: si bien la defensa no podrá hacer desaparecer la representación inconciliable, la debilitará quitándole el afecto (o suma de excitación) adherido a ella. A partir de aquí, se diferencian las distintas neuropsicosis: en la histeria, el afecto retirado de la representación se traspone a lo corporal (conversión), mientras

que en las fobias y las representaciones obsesivas, el afecto se liga a otras representaciones no intolerables en sí mismas (falso enlace).

Por otra parte, considera que las fobias pueden presentarse aisladas, relacionadas con representaciones obsesivas, combinadas con histerias o con neurastenias. Aclara que no todas las fobias y representaciones obsesivas se originan por el mecanismo mencionado, y las distingue de las neurastenias comunes por no suponer estas últimas un mecanismo psíquico.

Estas consideraciones permiten señalar las dificultades de Freud, no solo ante el problema etiológico de las fobias, sino también en relación a su ubicación nosológica. Así comienza a esbozar el concepto de *fobias típicas* (cuyo prototipo es la agorafobia), en las que no es posible identificar alguna representación reprimida ni el mecanismo que las origina.

En el trabajo anterior, Freud ha presentado conjuntamente las representaciones obsesivas y las fobias. En el artículo *Obsesiones y fobias* (1895), se propone diferenciar ambos conceptos, señalando que dejará al margen una clase de obsesiones y fobias que pertenecen a los síntomas de la histeria, a las que denomina "traumáticas".

La primera diferencia que plantea entre obsesiones y fobias refiere al estado emotivo asociado. Si bien ambas se componen de dos elementos, una idea y un estado emotivo, el estado emotivo en las fobias es siempre la angustia mientras que en las obsesiones puede ser otro como la duda, el remordimiento y la cólera.

La segunda diferencia remite al mecanismo psicológico implicado en su formación. En las obsesiones existe una idea inicialmente ligada a un estado emotivo, que corresponde a impresiones penosas de carácter sexual. El individuo se verá forzado a olvidar esa idea y sustituirla por otra idea inapropiada que se asociará al estado emotivo, el cual permanecerá idéntico. Es decir, la sustitución es un acto de defensa del yo contra la idea inconciliable.

En el caso de las fobias, la angustia es el estado emotivo "que por una suerte de elección ha puesto en primer plano todas las ideas aptas para devenir objeto de una fobia" (Freud, [1895] 1990: 81). En otros términos, no se trata de una sustitución como en las obsesiones sino de una "elección" de la

representación objeto o situación que conecta con la angustia (Leserre, 2008). Así, la angustia constituye el síntoma principal de lo que Freud denomina *neurosis ansiosa* (o neurosis de angustia), de origen sexual y que carece de mecanismo psíquico.

En este trabajo, además de caracterizar las representaciones obsesivas como neuropsicosis y las fobias como neurosis de angustia, subdivide las fobias según la naturaleza de su objeto en: *comunes* (miedo exagerado a las cosas que todo el mundo aborrece o teme), y *ocasionales* (miedo a condiciones especiales que no inspiran temor al hombre sano).

En su obra *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de "neurosis de angustia"* (1895), Freud describe un complejo de síntomas caracterizados como exteriorizaciones de angustia al que denomina neurosis de angustia. Estas neurosis sobrevienen por una acumulación de tensión psíquica generada por la abstinencia y la satisfacción sexual incompleta, sin que exista un determinado mecanismo psíquico que intervenga en su formación.

Además de distinguirlas de las neurastenias, describe la sintomatología de las neurosis de angustia del siguiente modo: irritabilidad general (que indica un aumento de excitación sexual o una incapacidad para tolerarla), expectativa angustiada, ataque de angustia, terror nocturno, vértigo, fobias típicas, perturbaciones en la actividad digestiva (náuseas, hambre insaciable, diarreas) y parestesias.

Respecto de las *fobias típicas*, Freud profundiza lo planteado en los artículos anteriores reconociendo dos grupos. Al primero, corresponden todas aquellas que remiten a la angustia, frente a aversiones que todo ser humano tiene por alguna vivencia que la generó. En el segundo, incluye la agorafobia y todas las referentes a la locomoción, en las que con frecuencia encuentra en su base un ataque anterior de vértigo.

En el mismo artículo plantea que la relación entre estas fobias y las fobias de la neurosis obsesiva, reside en que una representación se tornó compulsiva por el enlace con un afecto disponible. Es decir, en ambos tipos de fobias existe un mecanismo de *traslación de afecto*; sin embargo en las fobias típicas el afecto

siempre es angustia y no proviene de una representación reprimida como en las de la neurosis obsesiva.

A pesar de sus esfuerzos para diferenciarlas, reconoce que ambos tipos de fobias pueden presentarse conjuntamente:

Un mecanismo muy frecuente, en apariencia más complicado, se muestra cuando en una fobia originariamente simple de la neurosis de angustia el contenido de la fobia es sustituido por otra representación, vale decir que la sustitución se agrega a la fobia con posterioridad. Lo más habitual es que se utilicen como sustitución las “medidas protectoras” que originariamente se ensayaron para combatir la fobia (Freud, [1895]1990: 98)

Estas consideraciones son profundizadas en *Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa* (1896), donde además de mencionar que las fobias pueden presentarse en la histeria, las concibe como “medidas protectoras” en las neurosis obsesivas, que le permiten al yo defenderse secundariamente de representaciones y afectos obsesivos.

Luego de describir las perturbaciones e influencias nocivas provenientes de la vida sexual que originan las neurosis de angustia, se adentra en su mecanismo señalando que:

- se basa en una acumulación de excitación sexual, desarrollándose una angustia que no es susceptible de descarga psíquica.
- el factor decisivo es la falta de satisfacción.
- se conjuga con una disminución del placer psíquico.

Estos puntos conducen a que “el mecanismo de la neurosis de angustia haya de buscarse en ser desviada de lo psíquico la excitación sexual somática y recibir, a causa de ella, un empleo anormal” (Freud, [1895]1990:108). Así los factores que estorban el procesamiento psíquico de la excitación sexual somática conducen a la neurosis de angustia. Esto implica una reacción crónica frente a una excitación sexual endógenamente generada, la cual actúa como una fuerza constante¹.

Finalmente, en este trabajo, anticipa su primera nosología (que sostendrá entre los años 1894 y 1899). Distingue entre *neurosis actuales*, en las que

¹ En 1915, Freud utilizará esa frase para referirse a la pulsión.

incluye las neurastenias y las neurosis de angustia, y *neuropsicosis de defensa*, que comprende la histeria, la neurosis obsesiva y la locura alucinatoria. Los criterios que el autor propone para ordenar esa nosología refieren a:

- La sexualidad como etiología universal de las neurosis: en las neurosis actuales a diferencia de las neuropsicosis, el factor sexual no refiere a una vivencia sexual infantil, sino a una vivencia sexual actual (Freud, [1895]1990, 1898)
- La acción de la defensa en el caso de las neuropsicosis (Freud, 1894, 1896).

Conclusiones

El estatuto teórico y clínico de las fobias ha sido modificado a la largo de la obra de Freud, reconociéndose tres grandes momentos en su conceptualización.

En este capítulo se han revisado los escritos que pertenecen a su primera clínica, intentando mostrar las dificultades que le ha generado teorizar sobre las fobias.

Esto queda evidenciado en su trabajo *A propósito de las críticas a la "neurosis de angustia"* (1895). Allí menciona que las fobias tienen una ensambladura más compleja que los ataques de angustia simplemente somáticos y reconoce los problemas teóricos que le presentan, destacando que:

[...] aunque el mecanismo de las fobias siga presentando tantos puntos oscuros, mi doctrina solo se podrá refutar si se me muestra la existencia de fobias con una vida sexual normal o aun con una perturbación de esta última no determinada específicamente" (Freud, [1895]1990: 133)

De los textos anteriormente trabajados, se destacan las siguientes cuestiones respecto de las fobias:

- 1) las oscilaciones entre las neuropsicosis y la neurosis de angustia al intentar situarlas nosológicamente.

- 2) las dificultades para definir y precisar el mecanismo interviniente, y
- 3) la ausencia de referencia a las fobias en la infancia.

En publicaciones posteriores, refiere nuevamente a las fobias, pero no habrá ningún desarrollo teórico importante hasta el análisis del caso Juanito.

Se verá en el próximo capítulo la revisión de la noción de fobia que realiza Freud a partir de ese caso paradigmático.

Referencias bibliográficas

Freud, S. ([1894]1990). “Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias)”. En *Obras Completas, Vol. III*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1895a [1894]] 1990). “Obsesiones y fobias. Su mecanismo psíquico y su etiología. Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia””. En *Obras Completas, Vol. III*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1895b [1894]] 1990). “Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de “neurosis de angustia””. En *Obras Completas, Vol. III* (pp. 85-115). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1895c] 1990). “A propósito de las críticas a la “neurosis de angustia””. En *Obras Completas, Vol. III* (pp. 118-138). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1896] 1990). “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa”. En *Obras Completas, Vol. III* (pp. 157-184). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1898] 1990). “La sexualidad en la etiología de las neurosis”. En *Obras Completas, Vol. III* (pp. 251-276). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1909] 1990). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)”. En *Obras Completas, Vol. X* (pp.1-118). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1915^a] 1990). “La represión”. En *Obras Completas, Vol. XIV* (pp.135-152). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1915^b] 1990). “Lo inconsciente”. En *Obras Completas, Vol. XIV* (pp.153-214). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1918 [1914]] 1990). “De la historia de una neurosis infantil (Caso del Hombre de los Lobos)”. En *Obras Completas, Vol. XVII* (pp.1-112). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1926] 1990). “Inhibición, síntoma y angustia”. En *Obras Completas, Vol. XX* (pp.71-164). Buenos Aires: Amorrortu.

Leserre, A. (2008). *Recorrido sobre las fobias*. En línea en: <<http://www.fort-da.org/>>.

Maffei, A. (2010). *Fobia: su especificidad y abordaje terapéutico* (Trabajo Final Integrador). Buenos Aires: Universidad Argentina John F. Kennedy.

Piazzese, G. (2012). *Trabajo Práctico N° 2: La fobia como paradigma de la neurosis en la infancia*. Ficha de Cátedra. Facultad de Psicología de la UNLP.

CAPÍTULO 2

FOBIAS EN LA INFANCIA: SUS VÍNCULOS CON LA ANGUSTIA

Carbone, Nora Cecilia; Piazzese, Gastón Pablo; Piro, María Cristina

Introducción

El presente trabajo tiene por objeto abordar los vínculos de las fobias infantiles con la angustia en la obra de Freud, en pos de esclarecer la especificidad de la estructura y la función de estas tempranas manifestaciones clínicas.

Sabemos que, en “Inhibición, síntoma y angustia”, Freud otorga a la zoofobia del pequeño Hans el valor de paradigma del síntoma neurótico como creación destinada a anticipar y evitar una situación de peligro, la amenaza de castración, indicada mediante el desarrollo activo de angustia. La reproducción deliberada de un monto discreto de afecto en calidad de señal se extiende también a las llamadas “fobias tempranas”, aquellas ligadas a la soledad, a la oscuridad y a la circunstancia de quedarse a solas con extraños, que prevén el peligro de perder el objeto amado.

Semejante manera de pensar las fobias infantiles es solidaria de la idea de un progreso del desarrollo yoico; en tanto manifestaciones pasajeras, estos temores son considerados “episodios normales” en la vida del niño, en donde se suceden una tras otra distintas reacciones de angustia, conforme los avances del yo van tornando caducas las diversas situaciones de peligro.

No obstante, nos interesa poner el acento en otra vertiente de las relaciones entre las fobias infantiles y la angustia. En ese sentido, intentaremos delimitar las sucesivas aproximaciones freudianas en torno a la angustia, no como señal, sino como efectivo testimonio de una perturbación económica del aparato psíquico en sus nexos con la idea de la represión como respuesta al trauma. La

hipótesis que guía nuestro trabajo es la siguiente: lejos de ser la reacción a una situación de peligro que motiva la represión secundaria, la angustia de las fobias infantiles es expresión de un excedente pulsional que fuerza al aparato a la puesta en acción de la represión primaria. Esta conjetura se aproxima, creemos, a la perspectiva propuesta por Lacan de la función de la fobia como estructurante del psiquismo.

Histeria de angustia, histeria de conversión: la zoofobia de Juanito versus la tos de Dora a la luz de la primera teoría de la angustia

Nos detendremos en particular en la fobia del pequeño Hans, a fin de precisar las concepciones metapsicológicas que supone la lectura de una neurosis de la infancia desde la perspectiva de la primera tópica y de la primera teoría de la angustia. Para ello, nos valdremos de un contrapunto con las manifestaciones conversivas de Dora, en pos de despejar su ensambladura específica.

Partiremos de las reflexiones que Freud realiza acerca de la “histeria de angustia” en la epicrisis del trabajo sobre el pequeño Hans. En el segundo apartado de esta sección, Freud se detiene a revisar el lugar de las “fobias” en el conjunto general de las neurosis:

La posición de las “fobias” dentro del sistema de las neurosis sigue indeterminada hasta hoy. Parece seguro que corresponde ver en ellas meros síndromes que pueden pertenecer a diversas neurosis y no hace falta adjudicarles el valor de unos procesos patológicos particulares (Freud, [1909] 1988: 94)

La creación de la categoría de “histeria de angustia” para nombrar a los casos como el de Juanito pone fin a la oscilación de Freud en su primera nosografía, pero a la vez, suscita nuevos problemas teóricos y prácticos. En efecto, su temprano abordaje de las fobias no le había ahorrado dificultades a la hora de establecer su estatuto en el amplio espectro de las neurosis. La imposibilidad de cernir claramente los mecanismos específicos en juego se traslucía, en su primera clínica, en una suerte de bipartición de las fobias según

fueran meros síntomas reductibles a las demás neuropsicosis, o fobias “típicas”, pertenecientes a las neurosis de angustia. En ese contexto, ciertas zoofobias, como el caso del temor exagerado a las serpientes, correspondían al segundo grupo, que carecían de mecanismo psíquico y cuya etiología sexual era considerada actual.

Si bien Freud no ocultaba las lagunas y endebles de su teoría y confesaba abiertamente que el mecanismo de las fobias seguía presentando puntos oscuros, se mostraba contundente respecto de lo que consideraba el componente etiológico esencial: la existencia de una *vita sexualis* anormal. En el caso de las fobias típicas, se trataba siempre de un exceso, de carácter actual y consabido por el enfermo. Aunque no se refería aquí a las zoofobias infantiles, ese componente *en más* adquirirá en ellas un estatuto problemático, que intentaremos cernir a continuación.

Quince años después Freud acuña, como hemos dicho, la categoría de “histeria de angustia”, que le permite incluir los casos como el de Juanito dentro del grupo de las psiconeurosis:

Para fobias como la de nuestro pequeño paciente, sin duda el tipo más común, no considero inadecuada la designación “histeria de angustia” [...] y espero que adquiera carta de ciudadanía. Ella se justifica por el pleno acuerdo entre el mecanismo psíquico de estas fobias y el de la histeria, salvo en un punto, pero un punto decisivo y apto para establecer la separación. Y es este: la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es *convertida*, no es aplicada saliendo de lo anímico en una inervación corporal, sino que se libera como angustia (Freud, [1909] 1988: 94)

El párrafo citado demuestra un avance respecto del tiempo anterior, en la medida en que sitúa a la fobia bajo la égida de la represión. Esto resuelve una parte del problema, la que atañe al mecanismo en juego, pero a la vez abre la puerta a nuevas dificultades: por una parte, aquellas relativas al desplazamiento de la fobia al tiempo de la infancia; por otra, las concernientes a los motivos de la represión y sus nexos con la angustia.

En cuanto a las primeras, ciertas observaciones de Freud en torno a la etiología sexual plantean obstáculos para incluir a las zoofobias infantiles en el campo de las psiconeurosis. Así, cuando afirma que las histerias de angustia son las que aparecen más temprano en la vida y que “son, directamente, las neurosis de la época infantil”, se ve llevado a justificarlo del siguiente modo: si

ellas acontecen en la temprana época de la vida con la mayor facilidad, es porque son las que menos títulos reclaman a una constitución particular. Pero aunque esta afirmación parece dejar el peso decisivo del lado de una vivencia “actual”, lo cierto es que, a lo largo del historial, Freud no cesa en su intento por establecer la génesis de la fobia infantil a la luz de lo que luego sería el esquema de las series complementarias. En ese sentido, incurre en cierto forzamiento al interpretar el material clínico. Propone una peculiar versión del modelo del trauma en dos tiempos, siendo las figuras parentales los objetos libidinales de ambos: siempre incestuosos y sin mediar la pubertad entre ellos. Así, es conducido a reconocer la existencia de mociones “ya sofocadas” y “nunca exteriorizadas” –hostilidad y celos frente al padre; impulsiones sádicas hacia la madre–, en donde sitúa la predisposición a contraer luego la enfermedad. En cuanto al trauma auxiliar, sitúa el aumento de la excitación sexual, correlativa al rechazo de su madre y al nacimiento de su hermana:

Estas inclinaciones agresivas no hallan en Hans ninguna salida, y tan pronto como, en una época de privación y de acrecentamiento de la excitación sexual, quieren brotar reforzadas, se enciende aquella lucha que nosotros denominamos fobia. En el curso de ese combate, una parte de las representaciones reprimidas penetran en la conciencia como contenido de la fobia, desfiguradas y endosadas a otro complejo [...] (Freud, [1909] 1988: 111)

De acuerdo al modelo vigente del aparato psíquico, y con la grilla edípica como guía para pensar el “propósito y contenido” del síntoma, la estructura del mismo es planteada en términos de una transacción, una formación de compromiso que satisface parcialmente a las dos instancias en pugna: a la defensa, en tanto la amplia limitación de la libertad de movimientos que entraña la fobia implica una poderosa respuesta contra los impulsos sádicos hacia la madre; a lo reprimido, en la medida en que el síntoma, obstáculo para salir a la calle, le permite permanecer junto a la madre añorada.

Ahora bien, el triunfo del amor *tierno* no debe hacernos olvidar que aquí la histeria de angustia parece procurar solo un beneficio secundario. Si bien, como todo síntoma neurótico, aquella es indicio de una satisfacción interceptada, ¿cómo pensarla a la vez como sustituto de la misma? Si es cierto, como lo afirma Freud, que en toda contracción de una neurosis debe reconocerse una ganancia primaria, y esta implica una satisfacción sexual

sustitutiva, cabe preguntarse si esta consideración metapsicológica resulta pertinente en el caso de la fobia infantil.

Para despejar este problema, recurriremos al contrapunto con la tos conversiva de Dora. Si leemos con atención el historial, encontramos que Freud descubre, al desentrañar la composición de ese síntoma, varios elementos heterogéneos. En primer lugar, lo que denomina la *precondición somática*, relativa a una actividad infantil ligada a la satisfacción de la zona erógena oral, el “*chupeteo*”. Sobre ella, se monta una escena que, al modo de una fantasía perversa, le da un marco: la situación recordada de chuparse el dedo mientras con la otra mano tiraba de la oreja de su hermano mayor. “Matriz imaginaria”, diría luego Lacan, en la se vaciarían todas las relaciones posteriores de la muchacha con los hombres. Ese fantasma que enmarca la pulsión es convocado luego, en ocasión del encuentro con el Otro sexo, para la conformación última del síntoma patológico. En este momento lógico, se sueldan nuevos sentidos que contribuyen a fijar el síntoma y otorgarle una intencionalidad. Sobre este punto, Freud es categórico: el síntoma neurótico de pleno derecho requiere, para su conformación, de los dos tiempos de la sexualidad, y el primero marca los rieles que seguirá el segundo, signando la modalidad de satisfacción sustitutiva:

En efecto, si Dora se siente incapaz de ceder al amor por ese hombre, si llega a reprimirlo en vez de entregárselo, con ningún otro factor se entrama esta decisión de manera más íntima que con su prematuro goce sexual [...] Una prehistoria así, puede, según cuál sea la sumatoria de las condiciones constitucionales, ser el fundamento de dos tipos de conducta hacia el reclamo de amor en la edad madura: o bien la plena entrega a la sexualidad [...] o bien, por reacción, su desautorización y la contracción de una neurosis (Freud, [1905] 1978: 77)

¿Qué ocurre en cambio en Juanito? Hemos dicho que toda la partida se juega en el primer encuentro con el sexo. Al igual que en Dora, hay un goce prematuro, en este caso ligado a la exigencia de satisfacción de la zona erógena genital, al que se van a soldar las fantasías edípicas. Pero a diferencia de Dora, cuyo síntoma conversivo actualiza y contiene los componentes infantiles, en Juanito, el síntoma mismo, es el que permite, en un movimiento fundante, la precipitación de la soldadura, del fantasma originario que hará de *clisé* de la futura posición –neurótica– frente al sexo. El carácter transitorio y la

labilidad que distinguen a este síntoma infantil, tal vez obedezcan a la falta de anclaje de esa traza de la sexualidad infantil con la exigencia, siempre renovada, de la sexualidad adulta, punto de convergencia en donde se imprime el sello de inercia característico de los síntomas histéricos y obsesivos.

Lo dicho hasta aquí nos lleva al segundo problema que concita la introducción de la histeria de angustia en el campo de las psiconeurosis: el que atañe a los motivos de la represión y sus nexos con la angustia. Recordemos que en la primera teoría de la angustia, Freud postula que, en el caso de las psiconeurosis, dicho afecto es el resultado de la libido trasmudada por efecto de la represión. Esta perspectiva, vigente en el historial de Juanito, vertebró la definición misma de la histeria de angustia en un contrapunto con la histeria de conversión. Como ya hemos señalado, la diferencia entre ambas radica en el hecho de que, en la primera, la libido desprendida del material patógeno en virtud de la represión no es convertida o aplicada en una inervación corporal, sino que se libera como angustia. De allí se desprende el interrogante por los motivos de la represión, que acuciará a Freud durante años, hasta que, en “Inhibición, síntoma y angustia” logre dar con una respuesta, aparentemente acabada, con la figura de la angustia de castración. Pero en 1909, Freud se muestra vacilante, no solo respecto del motor del mecanismo represivo, sino también del hecho mismo de que la angustia sea efecto de la represión. Así lo atestiguan algunos párrafos en los que se pregunta si el esfuerzo de desalojo que determina el vuelco en angustia obedece a una incapacidad somática, una intolerancia constitucional a la satisfacción masturbatoria o, incluso, si dicho vuelco no puede consumarse de manera espontánea.

Estos planteos, que problematizan el propio núcleo de la primera teoría de la angustia, serán objeto de una progresiva, aunque parcial, dilucidación. Las nociones intermedias de *represión primaria* y de *represión secundaria*, y el concepto postrero de *angustia de castración*, serán fundamentales para el esclarecimiento del problema, pero también para suscitar nuevos cuestionamientos.

De los trabajos metapsicológicos al “Esquema del psicoanálisis”: una aproximación progresiva a la estructura y función de las manifestaciones anímicas en la infancia

En un intento por cernir una vertiente del problema de la causa de las psiconeurosis –la del mecanismo psíquico–, en los textos metapsicológicos Freud postula una “represión primordial”, primera fase de la represión, por la que se establecería una *fijación*. Se trata de un proceso hipotético descrito por Freud, que tiene por efecto la formación de cierto número de representaciones inconscientes. En un momento segundo, la instauración de ese núcleo inconsciente contribuye a la represión propiamente dicha, por la atracción que ejerce sobre los contenidos a reprimir. Es necesario indicar que esta pieza fundamental de la teoría freudiana, se postula, sobre todo, a partir de sus efectos, a la vez que resulta de una necesidad lógica. Esto es así porque, según Freud, una representación no puede ser reprimida si no experimenta, simultáneamente con la acción ejercida por la instancia superior, una atracción proveniente de los contenidos que ya son inconscientes. Ahora bien, es preciso explicar la existencia de formaciones inconscientes que no hayan sido a su vez atraídas por otras formaciones: tal es el papel de la represión originaria. Como bien lo explica Freud,

Tenemos razones para admitir una represión originaria, una primera fase de la represión, consistente en que el representante psíquico (representante representativo) de la pulsión ve negada su entrada en la conciencia. Con ello se produce una fijación; el representante correspondiente subsiste a partir de aquel momento en forma inalterable, y la pulsión permanece ligada a aquel (Freud, [1915] 1979: 143)

Este proceso, que implica la fijación de la pulsión a una representación y la inscripción de esa representación en el inconsciente, se distingue de la represión propiamente dicha o *esfuerzo de dar caza* en la medida en que allí donde la primera *liga* el monto de excitación a una agencia representante psíquica, la segunda *separa* dichos elementos. Freud completa estos argumentos con una consideración tópica, dinámica y, fundamentalmente, económica, apelando al concepto de *contrainvestidura*. Esta consiste en un

proceso que mantiene la represión, mediante el cual el sistema preconciente se protege contra el asedio de una representación inconsciente. Tal mecanismo, que supone un gasto permanente de energía, es el único con el que cuenta la represión primordial, y al cual se suma, en el caso de la represión propiamente dicha, otro proceso, denominado *sustracción de investidura*.

Llevado a ilustrar la teoría con ejemplos clínicos, Freud vuelve sobre la histeria de angustia infantil, ubicando todo el camino de formación de síntomas en el marco de la represión propiamente dicha.

Tres años más tarde, en su “18ª Conferencia de Introducción al psicoanálisis”, retoma el problema de la fijación articulándolo al “trauma” de los neuróticos. Hace entonces una comparación con las neurosis de guerra y con las que siguen habitualmente a las catástrofes ferroviarias, ya que, entre todas ellas parece haber un punto de concordancia plena:

Es como si estos enfermos no hubieran podido acabar con la situación traumática, como si ella se les enfrentara todavía a modo de una tarea actual insoslayable (Freud, [1916-17] 1978: 251)

El término “traumático” es aplicado entonces a una vivencia que en un breve lapso provoca en la vida anímica un exceso tal en la intensidad de estímulo que su tramitación por las vías habituales y normales fracasa, de donde por fuerza resultan trastornos duraderos para la economía energética. Estas perturbaciones sempiternas son presentadas por Freud como la imposibilidad de emanciparse de un fragmento del pasado; enajenados del presente y del futuro, los pacientes, señala, están metidos dentro de su enfermedad, “como antaño era costumbre retirarse a un claustro para sobrellevar un aciago destino” (Freud, [1916-17] 1978: 250).

La mención de la fatalidad, de la mala estrella, no es casual. Así lo atestiguan las reflexiones que Freud dedica en 1920 a las neurosis de destino y su comparación con el fenómeno de la reacción terapéutica negativa en el terreno de la transferencia. En efecto, ubicará ambos hechos clínicos entre las manifestaciones que contrarían el principio del placer, testimonios de una compulsión de repetición que se instaura más allá de dicho principio.

La perspectiva económica a la que vuelve Freud una vez más para pensar lo traumático en *Más allá del principio del placer* lo conduce a revisar lo que podríamos denominar la *estructura y función* de los estratos superiores del aparato anímico en su vínculo con la pulsión. Freud destaca un rasgo constante en este armazón: la falta de una protección anti-estímulo que resguarde al estrato cortical superior de estímulos de las excitaciones de adentro. Como consecuencia, los representantes de todas esas fuerzas eficaces provenientes del interior del cuerpo, en razón de las perturbaciones económicas que acarrearán, despiertan una determinada labor en el aparato: la de ligar la excitación de las pulsiones que entra en operación en el proceso primario, desde luego, no en oposición al principio del placer, advierte Freud, pero *independientemente de él y en parte sin tomarlo en cuenta*. En la medida en que la pulsión constituye una exigencia continua, el fracaso en esta ligazón no es contingente, como es el caso en las neurosis traumáticas, sino característico de la actividad del aparato psíquico.

Ambos elementos, el exceso pulsional y el intento de ligarlo, se exteriorizan tanto en las tempranas actividades de la vida anímica infantil como en las vivencias de la cura psicoanalítica, y es allí, nos parece, donde toma todo su relieve el concepto de *compulsión de repetición*.

En *Inhibición, síntoma y angustia*, Freud vuelve sobre este tema, a la luz de su nueva conceptualización de la angustia. Recordemos que allí distingue dos binomios teórico-clínicos: situación de peligro-angustia señal y situación traumática-angustia automática. La perspectiva que los atraviesa es, fundamentalmente, económica. Así, la situación de peligro supone la posibilidad, -a través de un pequeño desarrollo de angustia- de anticipar, discernir, esperar el desvalimiento del trauma. La angustia señal es, entonces, por una parte, expectativa del trauma; por otra, una repetición amenguada de él. La situación traumática, cuyo correlato clínico es la angustia automática, implica en cambio el avasallamiento del yo por un cúmulo de excitación que no puede tramitar.

A estos pares puede sumarse un tercero, que les sirve de fundamento metapsicológico: represión primordial-represión secundaria. Dicha dupla -que

previo al giro de los años '20, Freud trabajó en términos del par represión originaria-represión propiamente dicha-, en 1925 es considerada ahora en íntima relación con eventuales episodios de angustia automática que cobran entonces un peso decisivo en la diferenciación del aparato psíquico de la mano del segundo dualismo pulsional.

“(…) los primeros -muy intensos- estallidos de angustia se producen antes de la diferenciación del superyó. Es enteramente verosímil que factores cuantitativos como la intensidad hipertrófica de la excitación y la ruptura de la protección antiestímulo constituyan las ocasiones inmediatas de las represiones primordiales” (Freud, [1925] 1979: 90).

Estas situaciones tempranas, como ya anticipara Freud en 1915, dan origen a la investidura de ciertos elementos psíquicos que nunca serán susceptibles de conciencia; no obstante, en el marco del giro de los años 20, se subraya la función despejada para tales representantes frontera: a la manera del concepto lacaniano de letra, estas sirven de punto de anudamiento inconciente, reiniciado una y otra vez, entre satisfacción y representación, o, dicho en los términos de Jacques Lacan, tiene el valor de un borde, “*análogo de un germen*” (Lacan, [1972-1973] 1992: 89) entre saber y goce.

En el marco de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933) Freud vuelve una vez más sobre las relaciones entre la angustia y la vida pulsional de los neuróticos. Nos interesa señalar aquí el desplazamiento realizado en su lectura de los episodios de la llamada *angustia expectante* respecto de la perspectiva con la que los abordaba años atrás en *Lo inconciente*. Si en este trabajo metapsicológico la también denominada “angustia flotante” era atribuida a la represión propiamente dicha, el divorcio de representación y monto de afecto, en la conferencia N° 32 del año 1932, equipara esta angustia no ligada a la que acompaña a las neurosis actuales, originada en un desvío no aplicado a la descarga de un monto ingente de libido. Lejos de atenerse al modelo de la histeria de angustia, equipara la neurosis de angustia y las fobias tempranas en su rol de fuentes de angustia por trasmudación directa de libido, ya sea por el carácter frustráneo de la excitación sexual, ya sea por la “endeblez infantil del yo” que arrastra al niño en diversas ocasiones a un desvalimiento efectivo del aparato psíquico.

Por último, en *Esquema del psicoanálisis*, Freud termina por pensar la estructura y función de los “preludios infantiles” a partir del modelo económico con el que considera a las neurosis traumáticas, pero ahora elevado al rango de “puntos débiles” de toda organización normal. La idea de que las fobias son manifestaciones propias del desarrollo infantil encuentra aquí una faceta nueva. El fracaso o la imposibilidad de dominar completamente la pulsión sexual, resulta ser la regla, para todos los niños. Así, la instauración de un modo de funcionamiento del aparato psíquico independiente del principio del placer deja de ser una eventualidad, susceptible de acaecer en cualquier época de la vida, bajo la forma de una neurosis traumática. Ahora pasa a ser una constante, ya no solamente en los psiconeuróticos -como se desprende de las afirmaciones de Freud en sus conferencias de introducción al psicoanálisis-, sino inherente a los primeros años de vida de todo ser humano, y de la cual dan testimonio las fobias infantiles.

Conclusión

A lo largo del recorrido de los textos seleccionados, advertimos una íntima relación entre las fobias infantiles y el problema de la naturaleza de la angustia. Desde los tempranos escritos prepsicoanalíticos a los postreros trabajos de Freud, el tenor heterogéneo de aquellos estados afectivos displacenteros no deja de ser admitido y explorado, en un firme deseo por echar luz acerca de sus complejas conexiones metapsicológicas. Tal como hemos constatado, insiste en las cavilaciones freudianas una especie de diplopía fecunda en su abordaje de la angustia, que le permite obtener una precisión creciente acerca de su estatuto, su causa y sus diversas consecuencias en el entramado psíquico. En tal derrotero, se advierte además la paulatina aproximación del modo según el cual el padre del psicoanálisis concibe las zoofobias infantiles, las antiguas neurosis de angustia y las neurosis traumáticas, bajo la égida del más allá del principio del placer. Este movimiento conceptual parece condensarse en una reformulación del problemático tenor “actual” de las neurosis de la infancia, que adquiere entonces el valor de un intento de amarre

pulsional, normal en su endeblez, y que solo tardíamente revelará su valor de punto de fijación problemático, corolario de la intrusión sin medida de una exigencia de satisfacción.

En este sentido, si bien es cierto que el concepto de peligro de castración introduce un claro avance con respecto a los motivos de la represión propiamente dicha o *esfuerzo de dar caza*, mecanismo con el que lidiaba Freud en el análisis de los neuróticos adultos, la elevación de la zoofobia infantil al rango de paradigma de dicha situación de peligro resulta problemático al momento de cernir su especificidad. De esta manera, quizás tendría mayor pertinencia ubicar la situación de Juanito --en quien sí se verifica un monto de excitación acrecentada- en el primer tiempo lógico, el de la operación de la represión primordial, mojón que hará luego de imán para la represión de los futuros decursos libidinales. Al menos, este es el rumbo que parece seguir Lacan cuando, en el Seminario IV, vincula la irrupción de la crisis de angustia del niño con la emergencia de una pulsión elemental, a la que llama la *irrupción del pene en lo real* y deja la castración del lado del *penis-neid* materno. Es aquel exceso, que tiene lugar en la confluencia imaginaria en la que se encuentra la relación con su progenitora, el que acciona la fobia como arreglo simbólico, en cuyo despliegue va a intervenir la castración como una función ordenadora, que suple la función desfalleciente del padre real. No obstante, Lacan osa dar un paso más. Imagina, en consonancia con la salida particular que el análisis de Juanito proveyó a su síntoma -a la que caracteriza como *atípica e incompleta*- cuál será la posición del sujeto en su futuro encuentro con el sexo. La fobia se acerca así, en esta elaboración lacaniana inicial, más a la piedra de toque estructural que modelará el porvenir de la posición sexuada que a una neurosis de pleno derecho, con todos sus títulos.

Referencias bibliográficas

Freud, S. (1895a [1894]). Obsesiones y fobias. Su mecanismo y su etiología. En *Obras Completas, Vol. III* (pp. 69-84). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria (Dora). En *Obras Completas, Vol. VII* (pp. 1-108). Buenos Aires: Amorrortu Editores
- Freud, S. (1909). Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans). En *Obras Completas, Vol. X* (pp.1-118). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915). Lo inconciente. En *Obras Completas, Vol. XIV* (pp.163-214). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925). Inhibición, síntoma y angustia. En *Obras Completas, Vol. XX* (pp. 83-164). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1932). Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. Conferencia N° 32 Angustia y vida pulsional. En *Obras Completas, Vol. XXII* (pp.75-103). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1938). Esquema del psicoanálisis. En *Obras Completas, Vol. XXIII* (pp.139-210). Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Lacan, J. (1956-57). *El Seminario. Libro IV "La relación de objeto"*, Paidós, Bs.As., 1998.
- Lacan, J. ([1972-1973] 1992). *El Seminario. Libro XX "Aún"*, Paidós, Bs. As.

CAPÍTULO 3

SIGMUND FREUD. LA FOBIA A LOS CABALLOS

Mónica Torres, Martín Sosa, Julia Martin, Maite Lardizábal

Introducción

¿Qué hace de la fobia el paradigma de la neurosis de la infancia? A partir de la lectura del caso Juanito (Freud, [1909] 2003) y de su primera revisión en los textos metapsicológicos, este apartado tiene por objeto abordar este interrogante, situando la construcción del historial en el contexto epistémico de la obra freudiana.

Intentaremos establecer las coordenadas de eclosión, evolución y restablecimiento de esta “histeria de angustia”, y precisar su articulación con el mecanismo de la represión y una etiología sexual tal como se establece a partir de su segunda conceptualización de la causa. Atendiendo a que la fobia no requiere de una “*constitución particular*” (Freud, [1909] 2003: 95) a diferencia de lo que suponía Freud para la histeria y la obsesión.

A continuación, y a partir del interés freudiano por la marcha de la enfermedad y por el “*trabajo psíquico*” (Freud, [1909] 2003: 95) que esta implicaba para ligar el desprendimiento de angustia, indagaremos la estructura y función del síntoma fóbico de acuerdo a lo que se puede situar como primera teoría de la angustia elaborada por el padre del psicoanálisis. Revisaremos puntualmente las elaboraciones correspondientes al caso Juanito, tomando como hilo conductor la delimitación de la estructura y función que Freud logra establecer para la fobia en estos diferentes períodos de su obra.

El historial del pequeño Hans

Juanito y la sexualidad infantil: condiciones de la consulta

Nos encontramos con un historial rico en descripciones tanto fenomenológicas como estructurales de la fobia en un niño de corta edad. El padre de Juanito, quien en palabras de Freud ha llevado a cabo el tratamiento, es el que, además, ha realizado el registro de las manifestaciones del niño. El texto, con la *Introducción*, el *Historial*, el *Análisis clínico* y la *Epicrisis*, fue finalmente establecido por Freud, y titulado *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso Juanito)* ([1909] 2003). Se diferencia de los otros historiales freudianos en el punto en que el sujeto en cuestión es un niño, y plantea por lo tanto un interrogante: ¿qué es el niño para el Psicoanálisis?

En primer lugar, podríamos decir que la dimensión del *niño* hace su entrada muy tempranamente en la obra freudiana a través del recuerdo infantil. Hay un *niño* en función de la reconstrucción, del recuerdo del neurótico y de la rememoración del pasado.

Freud deshecha su primer teoría traumática de la causa que postulaba un niño inocente, víctima de la sexualidad del adulto, cuando descubre que el acontecimiento o supuesto real fáctico en que se sostenía la dimensión causal era una mentira con un núcleo de verdad en el que se sustentaba la *sexualidad infantil*. Este hallazgo freudiano abre la dimensión de otro *niño* posible: un *niño* que despliega una sexualidad propia, y funciona como referencia que sostiene el síntoma neurótico. Es en su necesidad de recoger pruebas fehacientes de la existencia de esta sexualidad infantil postulada por Freud en *Tres ensayos de teoría sexual* ([1905] 2003) que se apela a una observación directa que garantice y confirme los hallazgos de la cura psicoanalítica. Por eso mismo solicita a sus discípulos le envíen testimonios de observaciones directas de niños. El *caso Juanito* nace de la inquietud realista freudiana en busca de confirmación. Y paradójicamente, este *niño* objetivado por la observación directa, deviene un sujeto por derecho propio en el punto en que se transforma en sujeto del síntoma: la fobia.

Construcción del caso: acontecimiento, ocasionamiento, angustia y represión

Encontraremos diferentes formas de relato en el modo en que Freud organiza el caso. En principio, la observación directa que brinda el testimonio del padre, sobre un niño que ofrecería un saber de confirmación o invalidación de lo recogido en el análisis del adulto. En segundo lugar, las reorganizaciones sucesivas del material. Y en tercer lugar, las intervenciones de Freud. Enfatizaremos las discontinuidades halladas en el desarrollo vital de Juanito para presentarlo.

Los datos de la observación que el padre del niño envía a Freud cuando Juanito no ha cumplido aún tres años, se inician con una pregunta que dirige a su madre y que inaugura el historial, en un ida y vuelta entre dos, sostenido en el más flagrante de los malentendidos: “*Mamá, ¿tú también tienes un hace-pipí?*” pregunta el niño. “*Desde luego. ¿Por qué?*”, es la ambigua respuesta materna (Freud, [1909] 2003: 8).

A partir de este disparador, el niño, desde la inferencia, intenta establecer relaciones en función de equivalencias en base a la *cosita*: observa, compara y concluye sostenido no en lo que percibe, sino en determinados axiomas que lo orientan.

De hecho, la primer aparición del *caballo* en el historial, surge en relación de equivalencia con la *cosita* materna: “*eres tan grande que tendrás un hace-pipí grande como el del caballo*” (Ibíd.:10).

La gran curiosidad sexual que despliega se relaciona, evidentemente, con la curiosidad de su propio padre por la sexualidad de Juanito, sostenida en su transferencia con Freud.

Además el niño avanza en un interés que supera lo teórico: ante la realidad placentera de que la *cosita* se ha vuelto fuente de sensaciones, el niño incursiona en la práctica de la masturbación. Aquí es donde puede empezar a ubicarse el inicio de la ruptura del idilio madre-hijo: ella llamará a su *cosita* la “*porquería*”, cuando Juanito intenta que se lo toque en el baño (Ibíd.: 18).

La madre profiere la amenaza de castración: “*Si haces eso, llamaré al doctor A., que te corte el hace-pipí*” (Ibíd.:10). Esta amenaza es conceptualizada por

Freud en sentido empírico, la amenaza de castración está al mismo nivel que la seducción como acontecimiento traumático - es decir, no tiene valor en ese momento, pero lo cobrará *après-coup*.

Además de la realidad placentera de esa *cosita* que se menea, Juanito se ve enfrentado a un evento que Freud designa como “*el acontecimiento de máxima significación*” (Ibíd.:92), grávido en consecuencias para el desarrollo psicosexual: el nacimiento de su hermana Hanna. Este hecho abre la posibilidad de ciertas paradojas o interrogantes que tocan al sujeto en su ser, en tanto que lo sostienen en términos de identificación: ¿qué soy para mi madre? Con el trasfondo de estas preguntas, la relación con su hermana se dibuja en términos de comparación: la niña es deficitaria, no tiene dientes, y por sobre todo, tiene muy pequeña la *cosita*. El arreglo que logra el niño, por equivalencia, es que la *cosita* le crecerá. Lo que parece una percepción defectuosa, lleva en sí un proceso inductivo correcto, en tanto que el niño se apoya en la premisa universal del Falo, que reza que todo ser es fálico. Lo inanimado se diferencia de lo animado en relación a este atributo. Esta lógica atributiva, esta lógica del Falo, es la que organiza y establece un universo, una totalidad a partir de la premisa universal del Falo, universo en el que el sujeto está inscripto, es decir, que tiene una inscripción fálica. Por ende, la pregunta por el ser no surge, porque está respondida de antemano: “soy fálico”. Es la inscripción lograda en un mundo ordenado que ofrece claridad y fijeza, hasta el momento en que el motivo ocasional precipita al niño en la eclosión de la fobia.

Estos dos elementos relevantes son entonces los que coadyuvan en la “*constelación psíquica*” del niño al momento de la eclosión:

1. la realidad de la satisfacción masturbatoria.
2. el nacimiento de Hanna.

Ambos son, respectivamente, consecuencia y causa de lo que Freud designa como privación libidinal. El nacimiento de la hermana somete al niño a la privación del amor materno, que se deriva ahora hacia la recién llegada. Asimismo, abrirá la pregunta por el enigma del origen y reanimará vivencias placenteras.

En relación con esto último, en búsqueda de la satisfacción alguna vez lograda, la libido privada de satisfacción reemprendería el camino regresivo en búsqueda de aquellos puntos de fijación libidinal en objetos y prácticas incestuosas que fueron por lo tanto reprimidas.

En su camino regresivo, la libido no se encontraría de manera directa con el punto de fijación libidinal, sino con su retoño: la fantasía. Esa articulación entre una zona erógena y una representación de deseo, que al ser de este modo sobrecargada por la libido en camino regresivo, amenaza con realizarse; cae bajo la represión y, acorde a la teoría de la angustia imperante en este momento de la obra freudiana, se libera como angustia que la fobia vendría a enlazar y ligar.

Resulta paradójico, de todos modos, que Freud remita la causa de la presentación al esquema de la regresión libidinal, tomando en cuenta que asegura que la fobia es la neurosis que más prescinde de la constitución, es decir, del punto de fijación. Pero esta y otras contradicciones con las que se enfrenta en este historial quedarán más acabadamente resueltas tras el giro de los años '20, cuando cuente con el operador del Complejo de Castración.

En relación con los datos previos a la descripción del historial, es la angustia el elemento que precedió a la fobia, plasmada en un sueño en vinculación con la ausencia materna, pero aún Freud no alterará su teoría de la angustia y la represión; seguirá sosteniendo que la represión es causa de la angustia.

Más tarde, Juanito llorará en la calle de paseo con su nana, y pedirá regresar a su hogar junto a su madre. Son, evidentemente, manifestaciones de angustia, y no de miedo. El niño no logra cernir el malestar ni logra nombrarlo. No es añoranza de la madre, porque se angustiará aun saliendo con ella, dato que diferencia la presentación de Juanito de la de una agorafobia. Se deduce entonces que la angustia ha comenzado a delimitar dos espacios: el afuera y el adentro de la casa. Solo más tarde Juanito podrá nombrar su angustia, es decir, el objeto de su miedo. El elemento intermediario entre la angustia y el miedo será entonces el nombre, el significante "caballo", objeto del miedo. En consonancia con el esquema de las series complementarias que Freud formulará como corolario de la cuestión de la causa hasta el giro de los '20, el

vivenciar accidental será ocasión de eclosión de la fobia: Juanito verá tumbarse en la calle a un caballo, al que creará muerto.

Comenzarán a circunscribirse los dos costados de la fobia: el restrictivo y el productivo. El costado restrictivo es el que genera los movimientos de localización, delimita un afuera y un adentro, determina que el niño ya no puede salir a la calle, etc. El costado productivo, en cambio, es aquél a partir del cual comienzan a establecerse permutaciones, es la fobia que cabalga, que cambia, que se pone en movimiento.

Subrayando que el periodo inicial es el momento más favorable para la comprensión del trastorno, Freud puntualiza dos cuestiones:

La primera es que la relación de amor con la madre se vincula con la transformación en angustia. Bajo la égida de la primera teoría de la angustia, según la cual, la libido estancada por la represión se libera como angustia; Freud señala que: intensificado el deseo erótico hacia la madre – muy tempranamente reprimido - por la vista de los cuidados que ella le prodiga a la hermanita, este amor sucumbe a la represión y se libera como angustia.

Se derivarán varios interrogantes a partir de esta aseveración, a saber: ¿por qué ha de reprimirse el amor por la madre?, ¿cuál es la instancia represora?, ¿cuál es la causa de la represión?, ¿qué es, puntualmente, lo que se reprime?

Muchos de estos interrogantes quedarán irresueltos en este momento de la obra freudiana.

De este modo, la angustia del niño se relacionaría con la ausencia materna, pero el regreso de la madre no la calma. Por lo tanto, puede derivarse que esta madre que regresa, ya no es la misma. Se trata ahora para Juanito de una madre que aparece dibujada en la relación de una posible ausencia, mientras que antes, su madre era toda presencia para él: lo recibía en la cama, lo llevaba junto a ella al baño, se desnudaba para cambiarse frente al niño.

El nuevo estatuto de la madre, la posibilidad de su presencia-ausencia, se manifiesta en los requiebros del niño: *“Cuando dormía he pensado tú estabas lejos y yo no tengo ninguna mami para hacer cumplidos”, “[...] si yo no tuviera ninguna mamá, si tú te fueras [...]”* (Ibíd.:22).

De este modo, aparece la angustia por una insatisfacción que no puede ser convertida nuevamente en satisfacción. La presencia de la madre no revierte la angustia en satisfacción. ¿Qué es lo que impide entonces esta reconversión? La respuesta de Freud será: el caballo. Este animal, objeto del miedo, parece relacionarse con la instancia represora. En tanto objeto fóbico, está secundariamente ligado a la angustia como miedo. Cumple, evidentemente, un papel en el mantenimiento de la represión.

La segunda cuestión de peso en el estado inicial hace referencia a que el niño se encuentra enfrentado a conflictos sin solución, que se circunscriben al problema de su propio valor en relación con su madre, su hermana, y los atolladeros de la función y al rol del padre en la paternidad.

Así planteadas las cuestiones, Freud interpreta el estado inicial imprimiéndole la grilla edípica. Lo no exteriorizado tempranamente, es decir, los impulsos libidinales hacia la madre y el impulso hostil hacia el padre, se transfieren al caballo. La manifestación, la forma de exteriorización que encuentra la rivalidad hacia el padre, es la fobia, donde aparece transformada en miedo.

En ese sentido, la fobia garantiza el triunfo de la represión, y se relaciona con la instancia represora misma. Conlleva una limitación de movimientos que obstaculizarían el acceso a la madre. Transforma el vínculo: permite estar en la casa con la madre; pero, en tanto que la fobia sostiene la represión, permite estar con la madre sin satisfacción libidinal, volviéndose amante inofensivo (Ibíd.:112). Se empieza a vislumbrar su costado de solución que será profundizado luego del giro de los '20.

Entre la madre y el niño se instala la fobia. Si la represión de la sexualidad infantil es el correlato psíquico de la intervención paterna en la interdicción del incesto, se puede colegir el nexo de la fobia de Juanito con la instancia paterna, que en su caso se encarna por un padre desfalleciente que requiere de otro Padre para sostenerse. En este caso, quien ocupa esa función es el propio Freud.

El problema de la metapsicología de la fobia

Para pensar la fobia en la obra freudiana, debemos subrayar que este concepto, al igual que muchos otros, ha sufrido modificaciones a lo largo de los años. Esto responde a las sucesivas transformaciones que el autor realizaba en función del establecimiento de ciertos *impasses* en la clínica. Por tal motivo, se delimitarán los momentos centrales de elaboración teórica de la fobia en la obra freudiana, con los obstáculos extraídos de su lugar peculiar en relación con el resto de sus categorías nosográficas.

En el primer momento, como correspondencia de las elaboraciones de su primera clínica, Freud ([1894] 2002) la circunscribe a una manifestación psíquica de la neurosis de angustia. No le asigna un mecanismo psíquico, y le atribuye la función de utilizar la angustia disponible en la presentación, considerándola por lo tanto irreductible al análisis psicológico y a toda acción psicoterapéutica.

Tanto para la fobia como para la obsesión, Freud intenta asignar un mecanismo psíquico y una etiología. Con respecto a la etiología, el autor no duda en circunscribirla a lo sexual. Pero en relación con el mecanismo, hay una diferencia importante entre sendos cuadros psicopatológicos. Si en la obsesión se trata de la sustitución de una idea inconciliable por otra, en la fobia lo único que hallamos es el “*estado emotivo de la ansiedad*” (Freud, [1894] 2005: 81). Como decíamos, se topa aquí con una imposibilidad: la de poder vislumbrar un mecanismo psíquico específico, cuestión que modificará a partir de su segundo desarrollo sobre la causa luego de 1900, con la caída de la teoría de la seducción.

En cuanto a la nosografía, separa a la fobia del grupo de las neuropsicosis de defensa, justamente por esta ausencia de la defensa. Así distingue:

- a) *Neurosis Actuales*: entre las que se incluye la neurastenia, y las neurosis de angustia (uno de cuyos síntomas será la fobia).
- b) *Neuropsicosis de defensa*: donde agrupa a la neurosis obsesiva, a la histeria, y a la psicosis alucinatoria crónica.

El segundo momento se sustenta en el particular abordaje que establece Freud de la fobia de un niño, en su artículo *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (caso Juanito)* donde las fobias serán consideradas como “*meros síndromes que pueden pertenecer a diversas neurosis*” (Freud, [1909] 2003: 94).

No obstante, el autor sostiene a la vez, que la fobia es la neurosis de la infancia por excelencia, la enfermedad que menos exige una constitución especial. Propone a su vez denominar a la fobia de Juanito como “*histeria de angustia*” por las similitudes que presenta, en relación al mecanismo psíquico, con la histeria. “*Las histerias de angustia son las más frecuentes entre las psiconeurosis, pero sobre todo son las que aparecen más temprano en la vida: son, directamente, las neurosis de la época infantil*” (Ibíd.: 95). Agrega Freud: “*es aquella contracción de la neurosis que menos títulos reclama a una constitución particular y, en consonancia con ello, puede ser adquirida en la mencionada época de la vida con la mayor facilidad*” (Ibíd.: 95).

La inclusión de la fobia en el marco de las presentaciones con mecanismo psíquico quedará definitivamente delimitada en los textos de la Metapsicología, donde la estructura de la fobia responde a una sustitución por desplazamiento que tiene como función permitir la anticipación, la fuga, establecer ligaduras y mantener la represión, en el marco de la primera teoría de la angustia.

Tanto en *La Represión* ([1915a] 2003), como en *Lo inconciente* ([1915b] 2003), es la fobia a los animales lo primero que Freud nombra a la hora de intentar esclarecer el mecanismo de la represión. En el primer texto, se subrayará que la represión intenta eliminar y sustituir la representación reprimida de la moción, haciendo coincidir el mecanismo de formación de sustitutos con el de síntoma. La *fobia en sentido estricto* designará a las evitaciones del desprendimiento de angustia. El segundo texto agrega la noción de contrainvestidura, donde la representación sustitutiva misma en la fobia juega el rol de contrainvestidura.

Por último, aislamos un tercer momento, que se corresponde con los cambios conceptuales que surgen con el giro de los años '20. En este marco, y con la reformulación sobre los conceptos de represión y sexualidad a la luz

de la castración como operador lógico, la función de la fobia consistirá en evitar el conflicto por ambivalencia, permitiendo al yo terminar el desarrollo de angustia. En este período no depende ya del proceso de la represión ni de las cargas de los impulsos reprimidos, sino de los factores represores mismos, estableciéndose de este modo una “causalidad paterna” para este cuadro clínico (Freud, [1925] 2004).

El texto *Inhibición, síntoma y angustia* (Ibíd.) se inscribe en este periodo. Define allí al síntoma como un sustituto de una satisfacción sexual no lograda resultado de la represión. Cuando el yo lucha contra los impulsos del ello, da una “señal” de displacer al yo. Freud se pregunta en este punto de dónde saca el yo la energía para dar esta señal de displacer. Podríamos responder: de la representación a reprimir. Por lo cual la convierte en displacer, manifestado en angustia. El yo se vuelve así un genuino almacén de angustia.

Freud retoma en este texto lo que sería su última revisión del “Caso Juanito”. Se pregunta ¿cuál es el síntoma de Juanito?, ¿de qué sufre este niño? Dirá que no se puede designar como síntoma a la angustia a los caballos. Si el pequeño, que está enamorado de su madre, mostrara angustia frente al padre, no habría derecho alguno a atribuirle una neurosis, una fobia. Responde entonces que lo que constituye un síntoma para el niño es la sustitución del padre por el caballo. Es decir, que la fobia al caballo le permite al niño sustituir el miedo hacia el padre. En vez de temer al padre, teme ahora por el caballo. Esa sustitución es lo que para Freud la torna un verdadero síntoma: *“Lo que la convierte en neurosis es, única y exclusivamente, como rasgo, la sustitución del padre por el caballo. Es pues, este desplazamiento lo que se hace acreedor del nombre de síntoma”* (Ibíd.: 99).

Ahora bien, el miedo de la fobia es en definitiva el miedo a la castración, miedo a un peligro inminente. Por eso mismo, Freud modifica su teoría de la angustia: ya no es la represión la que la genera, sino que es la angustia la que crea la represión. Luego de los años '20, Freud se esforzará, además, por demostrar que toda angustia es angustia de castración.

Inhibición, síntoma y angustia en Juanito

Tras el impacto que genera el cambio del dualismo pulsional en los conceptos fundamentales de la teoría, Freud intentará precisar el mecanismo de la fobia.

El objetivo del autor es situar cuál es el impulso reprimido, cuál el motivo de la represión y la estructura del síntoma sustitutivo.

Delimitando como síntoma el miedo al caballo, la fobia, que logra la localización de la angustia devenida miedo, tiene entonces como antecedente o estado anterior a la histeria de angustia. Se acompañará de fenómenos de inhibición (restricciones funcionales del yo), además del miedo.

Los fenómenos de *inhibición* –la defensa secundaria– consisten en evitaciones, prohibiciones, restricciones. Freud delimita y diferencia así:

- la *angustia*, en tanto que estado anterior;
- el *síntoma fóbico*, el miedo al caballo;
- y la *inhibición*, los fenómenos de restricción.

La situación psíquica que precede a la aparición de la fobia es el conflicto de ambivalencia en relación con la grilla edípica, es decir, el amor-odio hacia el padre. El síntoma fóbico cobra valor de “*intento de solucionar*” (Ibíd.: 99) este conflicto de ambivalencia. El impulso reprimido, la hostilidad hacia el padre nacida de la rivalidad inherente al Complejo de Edipo, que nunca tuvo exteriorización, estará íntimamente vinculado a la figura del caballo agresor, el caballo que muerde, porque es un equivalente disfrazado, un sustituto del padre hostil. El miedo al caballo toma su justo valor, porque habría proyección sobre el caballo de los impulsos hostiles. La rivalidad con el padre como impulso reprimido evidencia que la represión de la relación incestuosa se vincula con la fobia. Esta se constituye como una neurosis porque, como dijimos, hay sustitución del padre por el caballo, porque se conforma un producto –el miedo mismo al animal– que se puede descifrar.

La fobia se erige entonces como una solución porque supone un dispositivo, un andamiaje que se organiza como un obstáculo al miedo del yo ante las exigencias de la libido. El miedo surge ahora en relación a su sustituto (el animal). La fobia resume en el caballo las exigencias libidinosas y desvanece

las relaciones incestuosas. Existe entonces una equivalencia entre el miedo al caballo y el miedo al padre.

Si bien los dos son objetos externos, el niño ama a su padre. Por lo tanto, es preferible temer al caballo. La fobia resuelve una situación triangular: detiene la situación incestuosa localizando el peligro afuera, y regula la relación con la madre. Porque lo reprimido, lo que nunca aparece como tal, es el temor a ser castrado por el padre.

De este modo, a raíz de la causa ocasional – la vista del caballo caído – la angustia en su estatuto de señal asimilada al psiquismo, causa la represión. Queda de este modo formulada la nueva teoría de la angustia.

Interpretaciones del síntoma fóbico

Con el desarrollo freudiano de la fobia afirmamos que el síntoma de Juanito es el miedo a que el caballo lo muerda. Pero nos preguntamos ¿qué dice Juanito de su propio síntoma?, ¿cómo explica este miedo? *Lo que dice* Juanito de su síntoma, ¿no es acaso una interpretación que todo sujeto realiza acerca de lo que le sucede en un momento particular? Partimos así de la idea de que todo síntoma es una interpretación que el sujeto hace de su sufrimiento. Es un ciframiento, vía sustitución, que implica para Freud una satisfacción sexual.

En este sentido, el caso Juanito interpela la cuestión de cómo el niño es hablado por el otro. Son los padres, la escuela, los hermanos, los que poseen un saber acerca de lo que al niño le sucede, pero el psicoanálisis otorga la palabra al despliegue de la singularidad; es decir, se hace una apuesta al sujeto en la dirección de poder recortar con el analista ¿de qué sufre este sujeto?, ¿cuál es, para él mismo, su síntoma?

En el historial se puede situar: lo que los padres de Juanito dicen que le sucede, lo que Freud interpreta, y lo que el propio niño va construyendo como síntoma.

Ya en la *Introducción*, Freud aclara que Juanito no era paciente suyo (sabemos que era el hijo de un analizante de él). Por eso se encarga de revisar sistemáticamente todas las observaciones que el padre registraba de su hijo,

orientando así el tratamiento. El padre del niño, cuya transferencia al psicoanálisis y a Freud es innegable, estaba interesado en toda manifestación sintomática de Juanito. Le preguntaba acerca de sus teorías sexuales infantiles, interpretaba sus síntomas, anotaba el relato que hacía de sus sueños, y registraba textualmente los diálogos entre él y su hijo, entre el niño y su madre. De hecho, tenemos noticias de la fobia de Juanito gracias a él, quien se encargaba además de remitir todas esas observaciones e interpretaciones a Freud. Asimismo, se observa el esfuerzo de Freud por deslindar dichas observaciones e interpretaciones de las del propio niño, analizándolas en su conjunto.

¿Qué dice Juanito acerca de su síntoma? Para responder esta pregunta hay que separar varios momentos antes de la formalización del síntoma por parte del niño, que están intrincados con la conceptualización de la fobia propiamente dicha formalizada por Freud en *Lo inconciente* (Freud, [1915b] 2003).

Se puede aislar un primer momento, donde aparecen relatos del padre acerca de las exteriorizaciones del niño respecto a sus teorías sexuales infantiles: su vivo interés por su propio miembro, que Juanito llama su “*hace-pipi*”. Este momento anterior a la formalización del síntoma fóbico es un esfuerzo de Juanito por diferenciar quiénes lo tienen y quiénes no, se pregunta qué animales lo poseen, y si sus padres tienen uno como el de él. Diferencia entre lo vivo y lo inanimado, entre lo que se mueve y lo que no. Además es en esta época donde Juanito se angustia y no sabe ante qué. La angustia no está aún ligada a un objeto.

Diferenciamos un segundo momento que coincide con el desarrollo del Historial propiamente dicho. En la *Introducción* de este Historial, en una carta del padre del niño a Freud, este le escribe preocupado por algunas manifestaciones de su hijo, diciéndole que había expresado su miedo a que un caballo lo muerda. La historia de angustia liga aquí la angustia a un objeto privilegiado: el caballo, y sus sucesivos desplazamientos (que el caballo lo muerda, que entre en su habitación, que se tumbe, etc.). Pero será el miedo a que un caballo lo muerda lo que se le antoja al niño como algo tonto. Y de ahí

el nombre original y singular que Juanito utiliza. Lo que le sucede con los miedos es “*una tontería*” (Freud, [1909] 2003: 83). Nombre singular del desarreglo que Juanito vivencia. Un síntoma que además, está en plena consonancia con la definición de síntoma de la época: una satisfacción sexual sustitutiva, que presenta un costado pulsional y otro de sentido.

El nombre que Juanito da a su fobia expresa el carácter fundamental e infundado de la fobia, en donde sabiendo lo irracional del miedo y de la “tontería” que este representa no puede dejar de vivirlo con angustia. Cada vez que Juanito se acerca a su objeto fóbigeno el afecto angustioso se impone. Será a través de la construcción de la muralla protectora (inhibiciones, limitaciones, evitaciones) que convertirá esta histeria de angustia en una fobia propiamente dicha.

De las interpretaciones de Freud, podemos decir que si bien están sesgadas por sus conceptualizaciones sobre el Complejo de Edipo y la sexualidad infantil, no dejan de tener valor por el hecho de ubicar muy tempranamente el costado de arreglo que la fobia introduce. La producción de la fobia resultó benéfica porque “*orientó la atención de los padres hacia las inevitables dificultades que depara la superación de los componentes pulsionales en la educación del niño para la cultura, y porque esta perturbación suya le requirió la asistencia del padre*” (Ibíd.: 115). Entrevemos aquí lo que Lacan retomará como función de la fobia en términos de suplencia de la metáfora paterna desfalleciente. Asimismo, si bien no lo subraya como supo hacerlo Lacan, la irrupción del pene en lo real es tangencialmente aludida por el padre del Psicoanálisis en su insistencia sobre el empuje pulsional del que Juanito se encarga hasta que su madre sanciona la “*porquería*”.

La lectura de Lacan a la altura del Seminario IV

Lacan se interesa por la fobia en varios momentos de su enseñanza, pero sin dudas es inaugural el modo en que la aborda en su Seminario sobre *La Relación de Objeto* (Lacan, [1956-1957] 2012), y es allí donde, a fines didácticos, nos detendremos. Realiza una crítica a los desarrollos

postfreudianos de la época por el hecho de considerar al sujeto en correspondencia con el objeto, lo cual daba una idea de perfección en la relación objetal. Como si luego de un desarrollo libidinal, el encuentro con el objeto se correspondiera de una feliz manera para todos y por igual.

Lacan parte de la idea freudiana de que el objeto está perdido por estructura, y que todo intento de recuperación de ese objeto es un re-encuentro fallido, puesto que ya no es el mismo, se ha transformado. Se instala así la idea de una repetición mediante la cual el sujeto intenta una y otra vez reencontrar ese objeto fruto de una primer experiencia de satisfacción. Rompe de esta manera con una tradición dentro del psicoanálisis mediante la cual se reduce la experiencia del análisis a la dimensión imaginaria, y en este sentido, el objeto que tratan de aprehender es solo el imaginario; olvidando por lo tanto el análisis de los otros registros. Dirá Lacan:

Está claro que por el solo hecho de esta repetición se instaura una discordancia. El sujeto está unido con el objeto perdido por una nostalgia, y a través de ella se ejerce todo el esfuerzo de su búsqueda. Dicha nostalgia marca al reencuentro con el signo de una repetición imposible, precisamente porque no es el mismo objeto, no puede serlo (Ibíd.: 15)

Serán los tres registros *Real*, *Simbólico* e *Imaginario* los que le permitirán a Lacan ordenar el caso Juanito. Con estos operadores propone la hipótesis de que el objeto tiene como correlato el falo y la castración. En esa línea, retoma el caso para mostrar el valor del objeto de la fobia como una suplencia de la función paterna fallida. Pero para llegar a esta afirmación comienza el capítulo XIII de este seminario preguntándose: “¿Qué es un Padre?” (Ibíd.: 207), y ligada a ello, ¿qué es la castración?

Afirma que la castración está en todas partes en la obra freudiana (al igual que el Edipo) y de hecho es el signo del drama del Edipo. Lacan se ocupa de distinguir tres formas de la falta de objeto: castración, frustración y privación, en relación al registro del que se trate el objeto y a los agentes que la ocupan (padre real, madre simbólica y padre imaginario).

Resumiremos, para finalizar, lo que consideramos tres aportes fundamentales de Lacan en relación al caso Juanito, teniendo presentes los conceptos de *metáfora* y *metonimia*. Estos aportes son: la fase previa a la

fobia, la estructura y función de la fobia y la resolución del síntoma fóbico de Juanito.

La fase previa a la fobia constituye todos los detalles que el autor recupera del historial, la relación preedípica con la madre. Se trata aquí del “*paraíso del seño*” (Ibíd.: 228). ¿Por qué “*seño*”? Porque en definitiva ese paraíso es un engaño, una trampa. Juanito se ofrece todo él como objeto de amor de su madre, como siendo todo- falo para su mamá. Nos encontramos en el plano imaginario a- a’. Juanito se vuelve la metonimia del falo de su madre. Y es a partir de la irrupción del pene en lo real que este paraíso se rompe, razón por la cual constituye una trampa. Ya no podrá ser el falo de su madre, puesto que lo que tiene para ofrecerle es algo miserable, chiquito, inservible. Allí aparece la angustia y la fobia se vuelve necesaria en su función.

Lacan propone diferenciar el sentimiento de angustia y el de miedo en función del objeto. Lo que Juanito vivencia no es angustia, ya que la angustia no tiene objeto; en cambio, el miedo se articula, se nombra: es el miedo a que el caballo lo muerda.

La función de la fobia será para Lacan, entonces, la de suplir la metáfora paterna fallida, es decir, el significante del padre simbólico, siendo su estructura significativa. Lo que se suplen son significantes, por ende, la metáfora se lleva a cabo.

Para culminar podemos decir, respecto a otro de los aspectos más importantes del aporte de Lacan a la altura del Seminario IV, que la cura llega para el autor en el momento en que la castración se articula en su función significativa. A partir de la fantasía del instalador, Juanito tiene un falo más bonito, y más grande que el de antes.

La salida de la fobia de parte de Juanito es vía la identificación al ideal materno. Testimonio de esto es la fantasía mediante la cual casa al padre con su abuela y él queda con su madre.

Freud transcribe las palabras del padre de Juanito:

30 de abril. Como Juanito vuelve a jugar con sus hijos imaginarios, le digo:
“¿cómo que todavía viven tus hijos? Ya sabes que un varón no puede tener hijos”.
Juanito: “Lo sé. Antes yo era la mami, ahora yo soy el papi”
Yo: “¿Y quién es la mami de los niños?”
Juanito: “Bueno, mami, y tú eres el abuelo”

Yo: O sea, te gustaría ser tan grande como yo, estar casado con mami, y que ella tuviera entonces hijos”.

Juanito: “Sí, eso me gustaría, y la de Lainz” (mi madre) “es entonces la abuela””.

(Freud, [1909] 2003: 80)

Juanito, en vez de eliminar a su padre, le da el lugar de abuelo. Pero, como contracara, queda casado con su mamá. Así, para Lacan esta salida es atípica: no es la salida vía identificación al padre, sino a la madre. Estas son las palabras del padre de Juanito que pueden relacionarse con ello: "El resto no solucionado es que Juanito se devana los sesos para averiguar qué tiene que ver el padre con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo. No tiene clara la razón por la cual me pertenece y no tengo pruebas de que, como Ud. opina, haya podido espiar un coito" (Ibíd.: 83).

Otra cuestión interesante a subrayar es que Lacan toma a Juanito luego de haber pasado por Schreber: algo los acerca. No dudará en hablar en Juanito de delirio (Lacan, [1956] 2012: 290-291), así como resuenan los postulados de Freud del delirio como intento de curación y de la fobia como intento de solución. Sin duda en ambos casos se trata de suplencia, pero con ciertas diferencias. En el caso de la psicosis, hay forclusión del Nombre-del-Padre y la metáfora delirante viene a intentar suplir esta falla, mientras que la fobia de Juanito promueve la instalación de la metáfora paterna fallida, no suple el Nombre-del-Padre sino la carencia del padre como agente de la castración. Años más tarde, Lacan dirá "Todo el mundo es loco, es decir, delirante" (Lacan [1978] 2011): de este modo, la neurosis también será un delirio.

Es en la “Conferencia en Ginebra sobre el síntoma” (Lacan, J. [1975] 2001), donde Lacan destacará el síntoma de Juanito como una respuesta a un goce que no se le presenta como autoerótico sino *hétero*, un goce extraño que viene con las primeras erecciones y romperá el juego del señuelo con la madre.

Para concluir: usos de la fobia como paradigma

Luego de este recorrido por la fobia a los caballos, retomamos el interrogante respecto del significante *paradigma* articulado al de *fobia*.

Sin dudas, Freud destaca la fobia de Juanito en términos de “*significado típico y paradigmático, como si la multiplicidad de los fenómenos de la represión neurótica y la riqueza del material patógeno no obstaran para derivarlos de muy pocos procesos relativos a idénticos complejos de representación*” ([1909] 2003: 117). No solo hará alusión a que se trata de la neurosis más temprana de la infancia, sino que se vuelve modelo de la neurosis del adulto, esto a pesar de su ya delineado lugar problemático en la nosografía. Servirá en sus textos metapsicológicos a los fines de explicar la naturaleza de la represión y su funcionamiento, y en *Inhibición, síntoma y angustia* ([1925] 2004) quedará claro su valor en la demostración de su tesis sobre la ligazón entre angustia y represión, permitiéndole formular su enmienda a la teoría de la angustia.

En la *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma* (Lacan, [1975] 2001), Lacan toma a la fobia de Juanito como paradigma del síntoma neurótico, en el marco de su reformulación de la articulación entre registros, propia de ese momento de su enseñanza.

Podríamos decir entonces que la *fobia como paradigma* puede tener varios usos: de la neurosis al mostrar su estructura de sustitución; de la neurosis de la infancia en el sentido no solo de su frecuencia sino de su modo de articular la represión; del síntoma en tanto intento de encadenar un real sin ley. Paradigma, en suma, de la solución que el síntoma provee al encuentro contingente con el sexo y la muerte.

Referencias bibliográficas

Freud, S. ([1894] 2005). “Obsesiones y fobias”. En *Obras completas*, tomo III. Bs. As.: Amorrortu.

--- ([1894] 2002). “Las neuropsicosis de defensa”. En *Obras completas*, tomo III. Bs. As.: Amorrortu.

--- ([1909] 2003). “Análisis de la fobia de un niño de cinco años”. En *Obras completas*, tomo X. Bs. As.: Amorrortu.

--- ([1915a] 2003). "La represión". En *Obras completas*, tomo XIV. Bs. As.: Amorrortu.

--- ([1915b] 2003). "Lo inconsciente". En *Obras completas*, tomo XIV. Bs. As.: Amorrortu.

--- ([1925] 2004). "Inhibición, Síntoma y angustia". En *Obras completas*, tomo XX. Bs. As.: Amorrortu.

Lacan, J. ([1956-1957] 2012). *El Seminario. Libro IV. La relación de objeto*. Bs. As.: Paidós.

--- ([1975] 2001). "Conferencia en Ginebra sobre el síntoma". En *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires: Manantial.

--- ([1978] 2011). "Lacan por Vincennes!". En *Revista Lacaniana nro. 11*. Buenos Aires: Grama.

CAPÍTULO 4

UN PEQUEÑO HOMBRE GALLO. SANDOR FERENCZI

Gastón Fazio, Martín Sosa, Mauricio Abal

Introducción

Hemos elegido revisar los desarrollos teóricos que consideramos centrales en la obra de un autor, Sandor Ferenczi, y la elaboración que realiza acerca de las llamadas zoofobias infantiles a partir de la presentación y comentario del caso de un niño de 5 años llamado Arpád.

Leído desde la perspectiva freudiana, nos proponemos indagar la manera en que el autor intenta establecer la envoltura formal del síntoma y sus determinantes causales, herramientas indispensables para sopesar la particularidad de sus intervenciones en el marco de la dirección de la cura que propone para el caso.

El presente capítulo se organiza tomando como punto de partida la presentación del autor a partir de una reseña biográfica. En segundo lugar, se realizará la presentación del caso y posteriormente una articulación teórico-clínica sustentada en el contrapunto entre los casos de Hans y Arpád.

Un autor a partir de otro autor. Ferenczi desde Freud

En “Escritos breves” ([1923] 1996), Freud escribe un texto llamado “Doctor Sandor Ferenczi (En su 50° cumpleaños)”. Homenajea allí al autor en su 50 aniversario, destacando muy cordialmente aspectos de su vida personal, científica y profesional. Pero no es la primera vez que se refiere a él de este modo en su Obra.

En los “Escritos breves” (Freud, [1909] 1992) encontramos el prólogo que el autor escribe al libro de Sandor Ferenczi denominado “Estudios del alma: ensayos en el campo del psicoanálisis”. Dice Freud:

el autor de los presentes ensayos, ligado a mí por una íntima amistad y familiarizado como pocos con todas las dificultades del psicoanálisis, es el primer húngaro que se haya propuesto interesar por el psicoanálisis a los médicos y al público culto de su nación mediante trabajos redactados en la lengua materna de él y de ellos. Deseo que este ensayo prospere y tenga por resultado conquistar nuevas fuerzas, surgidas entre sus compatriotas, para este nuevo ámbito de trabajo (Freud, [1909] 1992: 229)

En otra oportunidad (Freud, [1914] 1996) diría por ejemplo que:

Hungría, tan íntimamente enlazada a Austria desde el punto de vista geográfico como ajena a ella científicamente, no nos ha aportado hasta ahora más que un solo colaborador: S. Ferenczi; pero tal, que vale por una asociación entera. (Freud, [1914] 1996: 32)

Sin embargo, en el año 1923, Sigmund Freud afirma que luego de la aparición de “La interpretación de los sueños” en el año 1900, este texto cae en las manos de un “joven médico de Budapest”. Nuevas posibilidades de trabajo y aprendizaje lo llevan a encontrarse con el maestro vienés, con quien desde ese entonces “se anudó una larga, íntima y hasta ahora incommovible amistad, en virtud de la cual también él emprendió en 1909 el viaje a Estados Unidos para pronunciar conferencias en la Clark University, de Worcester, Massachusetts” (Freud, [1910] 1994). Freud se refiere aquí a las conocidas “Cinco conferencias sobre psicoanálisis” del año 1910 (es llamativo cómo el Freud se refiere a sí mismo, en este escrito, en tercera persona).

Según Freud, Sandor Ferenczi contribuyó a la conformación de la Asociación Psicoanalítica Internacional como recurso defensivo contra el desprecio del análisis por parte de la medicina. Mientras duró la República Soviética de Hungría (país en el que Ferenczi nació) se confiaron a él las funciones de profesor universitario, y sus conferencias atraían a multitud de oyentes. Asimismo, sus escritos son “universalmente conocidos y apreciados” (Freud, [1923] 1996: 288). Entre estos, destaca para nuestro interés: “Un pequeño hombre gallo” en 1913, que define como “comunicaciones clínicas de aguda observación”, e “Introyección y Transferencia” en 1909, que incluye un

examen de la técnica de la hipnosis. Los cuales ordena de forma cronológica, según su relevancia científica.

Señala Freud que el interés del autor avanza de la situación psicológica al condicionamiento somático, y en relación al psicoanálisis, un vivo interés por la técnica (hace referencia a la Técnica Activa).

Como intentamos demostrar, Ferenczi ha sido considerado por el padre del psicoanálisis como un “paladín secreto”, por un lado, y como su “futuro sucesor” por el otro.

Nace en Hungría en el año 1873, en un contexto social y político de una gran libertad de pensamiento, lo cual posibilitó el desarrollo de sus ideas. Estudia Medicina en Viena y se especializa en Neurología y Psiquiatría. Se acerca por primera vez al trabajo de Freud con Breuer, sintiendo una gran curiosidad por la histeria, que en ese momento estaba en pleno auge debido a los desarrollos freudianos al respecto.

En la I Guerra Mundial, Ferenczi fue reclutado por el ejército húngaro y nombrado médico jefe de guarnición militar. Poco tiempo antes había fundado la Sociedad Psicoanalítica Húngara. Como señala Freud en el homenaje a Ferenczi, si bien rechaza en un primer momento el texto inaugural del psicoanálisis sobre “la interpretación de los sueños” (Freud, [1900] 1996), empieza a interesarse posteriormente en él en 1908, gracias a Jung.

Los distintos biógrafos coinciden en que había nacido una rápida amistad entre ellos, que se deja entrever en la correspondencia entre ambos autores, y en las constantes citas en las Obras Completas del padre del psicoanálisis. Incluso, Ferenczi llega a ser analizante de Freud en un corto lapso (tres semanas, en el año 1914).

Su obra es muy extensa, y las ideas que allí se desarrollan abarcan aspectos del psicoanálisis, de la psicología y de la psicósomática. Sus textos se difundieron parcialmente, y comenzaron a conocerse mucho después de su escritura, en primer lugar por la dificultad misma del idioma, y en segundo lugar, por las sucesivas críticas a las que Ferenczi fue sometido por su principal detractor: Ernest Jones.

Respecto a su obra pueden localizarse diferentes momentos o periodos de producción, que permiten ordenar la pluralidad de los escritos ferenczianos.

Un primer período se puede delimitar entre los años 1899 y 1907. Allí se encuentran los famosos “Escritos de Budapest”. Escritos pre- analíticos, entre los que se destacan temas como la histeria y la medicina social. Es una etapa en la que Ferenczi se interesa por la defensa de los oprimidos y de los marginales, así como de los homosexuales, impulsando también reformas legales e intentando sensibilizar a sus colegas por estos temas.

El segundo período, propiamente “analítico”, se recorta entre 1908 y 1909. Incluye seis trabajos que el autor selecciona para difundir el psicoanálisis en su país de origen (Hungría). El mismo los bautiza como “cura del alma” o “estudio del alma”. Pero por una sugerencia de Freud que lo instaba a que figure la palabra “Psicoanálisis”, cambia esta compilación por “Estudio del alma: ensayos en el campo del psicoanálisis”. En estos escritos aboga por una reforma pedagógica que permita evitar el rechazo de las propias ideas y emociones para lo cual el psicoanálisis resultaba una herramienta útil.

Entre 1919 y 1926 (coincidente con la segunda tónica freudiana y la modificación en algunos de los conceptos como pulsión, angustia, castración, principio de placer, etc.) ya hay una separación tajante con el pensamiento freudiano. Es una etapa en la que Ferenczi comienza a teorizar sobre la Técnica Activa. Si bien el tema de la técnica del psicoanálisis siempre ha sido de un gran interés para él, las sucesivas modificaciones que ha realizado lo llevaron a distanciarse de las hipótesis freudianas. En 1920, presenta esta técnica de manera descriptiva, en el Congreso de Psicoanálisis de la Asociación Psicoanalítica Internacional celebrado en La Haya (Países Bajos), institución de la que Ferenczi fue Presidente en ese año.

Brevemente podemos decir que esta técnica era un recurso, un procedimiento, mediante el cual se podían disolver los momentos en los que el tratamiento analítico parecía estar en un impasse. La misma se desplegaba en dos tiempos:

- 1) Órdenes: cuyo fin era transformar las mociones pulsionales en una satisfacción consciente.

2) Prohibiciones: las nuevas manifestaciones son prohibidas para que el analista pueda relacionarlas con las actividades y afectos concomitantes.

A estos años de gran producción sobre la técnica psicoanalítica, le sigue un periodo que va desde 1926 hasta su muerte, donde Ferenczi desarrolla nuevas líneas de investigación. Entre ellas, la técnica en el análisis con niños aplicada al análisis con adultos.

Profundizaremos ahora en el historial del pequeño Arpád, sus puntos de encuentro con el historial de Hans, en relación con los desarrollos freudianos acerca del totemismo y del tabú, para poder, finalmente, arribar a alguna conclusión posible.

Antes de ahondar en el mismo podemos destacar que este caso se lo envía una ex analizante de Ferenczi (Arpád era un paciente de aquella); y Ferenczi se lo envía a Freud para trabajarlo en relación a tótem y tabú. Decide titularlo "Un pequeño Hombre gallo" y del mismo dice: "tengo en este momento un caso sensacional, un hermano del pequeño Hans por su importancia" (Cosentino, 1999: 3). Se refiere aquí al caso Juanito, trabajado por Freud en "Análisis de la fobia de un niño de 5 años" ([1910] 1996):

"Le envío (escribe Ferenczi) el pequeño Hombre gallo, le ruego servirse como mejor le parezca. Me sentiré muy feliz si puede utilizarlo para el trabajo sobre el Tabú" (Cosentino, 1999: 3).

Según Juan Carlos Cosentino, en la carta del 1 de febrero de 1912 que le envía a su discípulo leemos:

Comencemos por su hombrecito gallo. Es un regalo y tendrá un gran porvenir. Espero que no vaya a creer que quiero simplemente confiscarlo para mí; eso sería una bajeza de mi parte. Pero no habrá que publicarlo antes de que yo haya podido sacar el retorno infantil del totemismo, a fin de que allí, entonces, me refiera a ello. (Cosentino, 1999: 3)

A continuación transcribiremos el caso completo, para no efectuar recorte alguno, y para apreciar los pequeños detalles que son aquellos de los cuales nos serviremos para realizar una lectura comparada.

Un pequeño Hombre Gallo

Una dama ex paciente mía que retuvo su interés en el psicoanálisis, llamó mi atención hacia el caso de un niño, que supuso sería de interés general. Se trataba de un niño de cinco años de edad llamado Arpád que, de acuerdo al informe unánime de sus parientes, se había desarrollado hasta la edad de tres años y medio regularmente. Tanto física como mentalmente había sido un niño perfectamente normal, hablaba fluidamente y demostraba considerable inteligencia.

De pronto cambió visiblemente; en el verano de 1910 la familia fue a un balneario de Austria donde también había estado el verano anterior y tomó habitaciones en la misma casa del año pasado. Inmediatamente luego de arribar la conducta del niño cambió de modo curioso. Hasta entonces se había interesado por todo lo que sucedía adentro o afuera que puede atraer la atención de una criatura, a partir de ese momento solo se interesó en una cosa, el gallinero en el patio de la casa. A la mañana temprano se apresuraba a ir al corral, observaba las aves con incansable interés, imitaba sus sonidos y movimientos, y lloraba cuando era sacado por la fuerza del gallinero. Pero aun cuando no estaba allí no hacía nada más que cacarear y cloquear. Lo hacía ininterrumpidamente por horas, y contestaba a las preguntas solo con esos gritos animales, de modo que su madre estaba seriamente preocupada porque el niño perdiese su capacidad de hablar.

Esta peculiar conducta del pequeño Arpád duró toda la estadía del verano. Cuando la familia retornó a Budapest volvió a hablar humanamente, pero su charla era casi exclusivamente de gallos, gallinas y pollos, cuando más agregaba patos y gansos. Su juego habitual repetido interminablemente todos los días era el siguiente: arrugaba todo periódico en la forma de gallos y gallinas, y los ofrecía a la venta, entonces tomaba algún objeto (generalmente un pequeño cepillo plano) llamémosle cuchillo, llevaba su "gallo" a la pileta (donde la cocinera realmente acostumbraba a matar las aves), y le cortaba el pescuezo a su gallina de papel. Mostraba cómo el gallo sangraba y con su voz y gestos hacía una imitación excelente de la agonía de su muerte. Siempre que se ofrecían en venta aves de corral en el patio, el pequeño Arpád estaba inquieto y no dejaba tranquila a su madre hasta que ésta compraba alguna. Quería presenciar cuando la mataban; sin embargo tenía mucho miedo de los gallos vivos.

Los padres muchísimas veces le preguntaban por qué le tenía tanto miedo a los gallos, y Arpád siempre les relataba la misma historia: Una vez él se había metido en el gallinero y había orinado en un nido, luego de lo cual el gallo de plumas amarillas (a veces decía marrones), vino y le dio un picotazo en el pene, entonces Llona, la sirvienta, le vendó la herida. Luego le cortaron el pescuezo al gallo y murió.

Ahora bien, los padres recordaban este incidente que había ocurrido el primer verano en el balneario cuando Arpád tenía dos años y medio. Un día la madre había escuchado al pequeño chillando temerosamente y se enteró por la sirvienta que estaba asustado de un gallo que había querido aplicarle un picotazo en el pene. Desde que Llona ya no estaba en el servicio de la familia no se pudo tener certeza de si en la ocasión Arpád había sido lastimado realmente, o bien (como creía recordar la madre), solo lo había vendado para calmarlo.

La parte curiosa de la cuestión era que los efectos posteriores de este acontecimiento se habían manifestado en el niño luego de un período latente de todo un año, en su segunda visita a la residencia de verano, sin que nada hubiese ocurrido en el interín que pudiese ser atribuido por los parientes como causa de esta repentina recurrencia del miedo a las aves de corral y su interés por ellas. Sin embargo, no dejé que la naturaleza negativa de esta evidencia me impidiera hacerles una pregunta, suficientemente justificada por la experiencia psicoanalítica, la pregunta de que si durante el curso del período latente, el niño no había sido amenazado

con la sección de su pene a causa de su jugueteo voluptuoso con sus genitales.

La respuesta que fue dada de mala gana, fue en efecto que al presente el niño era afecto a jugar con su miembro por lo que frecuentemente era castigado, y que también “era posible” que alguien “bromeando” lo hubiese amenazado con cortárselo, más aún, que Arpád tenía ese mal hábito desde hacía “mucho tiempo”, pero que no sabían si en el año latente ya lo tenía.

Resultó ser que en realidad Arpád no se había salvado de esta amenaza ni aun posteriormente, de modo que podemos considerar probable la presunción de que fue la amenaza experimentada en el ínterin, la que había excitado al niño tanto al visitar la escena de la terrible primera experiencia, en la que el bienestar de su miembro había estado en peligro de modo similar. Por supuesto no puede excluirse una segunda posibilidad: la de que su primer temor ya había sido exagerado por amenazas de castración previas, y que la excitación al visitar el gallinero debe ser atribuida a un aumento del “hambre sexual” que se había experimentado mientras tanto.

Desdichadamente ya no era posible reconstruir estas relaciones temporales y debemos contentarnos con las probabilidades de su conexión causal.

La investigación personal del niño no produjo nada notable o anormal. Inmediatamente de entrar en mi habitación le llamó la atención un pequeño bronce de un gallo de montaña que se hallaba entre mis numerosos objetos, lo trajo y me preguntó: “¿Me lo va a dar?”. Le di un lápiz y un papel e inmediatamente dibujó un gallo. Pero ya estaba aburrido y quiso volver a sus juguetes. Dado que la investigación directa psicoanalítica era imposible, tuve que limitarme a lograr que la dama interesada en el caso, que era una vecina y amiga de la familia que lo podía observar por muchas horas a la vez, anotase sus gestos y comentarios curiosos. Sin embargo, pude establecer, para mí, que Arpád era mentalmente alerta y no sin talento, sin bien era cierto que su interés mental y su talento estaban centrados de modo peculiar alrededor del género plumífero de las aves de corral. Cloqueaba y cacareaba de un modo magistral, a la mañana temprano despertaba a toda la familia, un verdadero gallito de vigoroso cacareo. Arpád era musical pero solo cantaba canciones populares en las que aparecían gallos, gallinas o aves similares, le gustaba especialmente la canción que dice:

“Debo correr a Debreczen a comprar un pavo”

Y también las canciones:

“Pollo, pollo, ven, ven, ven” y:

“Bajo la ventana hay dos pollos

Dos gallitos y una gallina”.

Podía dibujar como ya fue dicho, pero se limitaba exclusivamente a pájaros de largo pico, haciéndolo con considerable habilidad. De este modo podemos ver la dirección en que buscaba de sublimar su interés patológicamente fuerte en estas criaturas. Finalmente los padres tuvieron que aceptar sus hobbies viendo que sus prohibiciones no servían de nada, y le compraron varios pájaros de juguete hechos de un material irrompible con los que llevaba a cabo toda clase de juegos fantasiosos.

En general Arpád era un muchachito agradable, pero muy desafiante cuando recibía reprimendas o era castigado. Difícilmente lloraba y nunca pedía perdón. Sin embargo aparte de estos rasgos de carácter, no había rastros de rasgos verdaderamente neuróticos que pudieran reconocerse. Se asustaba fácilmente, soñaba mucho (con aves por supuesto) y frecuentemente dormía mal (Pavor nocturnus).

Las acciones y dichos curiosos de Arpád que fueron anotados por la dama observadora, desplegaban mayormente un inusitado placer en fantasías sobre la cruel tortura de las aves de corral. Su juego típico

imitando la matanza de las aves ya ha sido mencionado, a esto debe agregarse que hasta en sus sueños sobre pájaros, lo que más veía eran gallos y gallinas “muertas”. Daré aquí una traducción literal de sus dichos característicos:

“Me gustaría tener un gallo vivo desplumado” —dijo una vez espontáneamente. “No debe tener plumas, ni alas, ni cola, solo la cresta, y tiene que poder caminar así”.

Una vez estaba jugando en la cocina con un ave recién sacrificada por la cocinera. De pronto fue a la habitación vecina, recogió unas pinzas de rizar de un cajón y gritó: “Ahora voy a clavar esto en los ojos ciegos del ave muerta”. La matanza de las aves de corral es para él toda una fiesta. Es capaz de danzar horas y horas, excitado, en torno del animal muerto.

Otra vez alguien señalando a un ave sacrificada le preguntó: “¿Te gustaría que volviese a despertar?” “Me gustaría un cuerno, la volvería a matar yo mismo”.

Frecuentemente jugaba con papas o zanahorias (que decía eran aves), cortándolas en pequeños trozos con un cuchillo. Difícilmente se le podía impedir que tirase al suelo un vaso que tenía aves pintadas.

Los afectos desplegados con relación a las aves, sin embargo, de ninguna manera eran simplemente el odio y la crueldad, sino claramente ambivalentes. Muy a menudo besaba y acariciaba al animal muerto o bien “alimentaba” a su ganso de madera con maíz, como había visto hacer a la cocinera; al hacerlo cloqueaba y piaba continuamente. En una oportunidad arrojó su muñeco de madera irrompible en el horno porque no lo podía romper, pero luego lo sacó de inmediato, lo limpió y lo acarició. Sin embargo, las figuras de animales de su libro de figuras tenían peor suerte, las rasgó en pedazos y luego naturalmente no pudo volver a reconstruirlas y se disgustó.

Si tales síntomas fuesen observados en un paciente insano adulto, el psicoanalista no dudaría en interpretar el excesivo amor y odio concerniente a las aves de corral como una transferencia de afectos inconscientes que, en realidad, se refieren a seres humanos, probablemente parientes cercanos, pero que fueron reprimidos y solo pueden ser manifestados de este modo desplazado y distorsionado. Más aún interpretará el deseo de desplumar y cegar a los animales como simbolizando intenciones de castración, y considerará el síndrome total como una reacción del paciente a la idea de su propia castración. La actitud ambivalente despertará entonces en el analista la sospecha de que en la mente del paciente se balancean sentimientos mutuamente contradictorios, y sobre la base de numerosos hechos de experiencia tendrá que suponer que esta ambivalencia probablemente se refiere al padre, quien aunque honrado y respetado, al mismo tiempo es también odiado a causa de las restricciones sexuales que impone severamente. En una palabra, la interpretación analítica sería: El gallo representaba en el síndrome al padre (1).

En el caso del pequeño Arpád podemos ahorrarnos la molestia de hacer una interpretación. El trabajo de represión todavía no era capaz totalmente de ocultar el significado de sus peculiaridades; la cosa original, las tendencias reprimidas, todavía podían discernirse en su charla y más aún se hacía a veces evidente con sorprendente y abierta crudeza.

Su crueldad también se evidenciaba con frecuencia respecto de los seres humanos, y estaba dirigida notablemente a menudo contra la región genital de los adultos. “Te daré una en las heces, en tu trasero”, gustaba decirle a un muchachito algo mayor que él. Más claramente dijo una vez: “Te corto por la mitad”. La idea de cegar lo ocupaba muchas veces, una vez le preguntó a su vecino: “¿Puede uno cegar a una persona con agua o con fuego?”. (También estaba muy interesado en los genitales de las aves. En cada ave que era sacrificada tenían que aclararle el sexo, si era un gallo, una gallina o un pollo).

Una vez corrió a la cama de una muchacha adulta y dijo: “Te cortaré la cabeza, la pondré en tu panza y la comeré”. Otra vez dijo repentinamente: “Me gustaría comer guiso de madre” (por analogía con el guiso de gallina); “tienen que poner a mi mamá en la cacerola y cocinarla; entonces sería guiso de madre a la cacerola y yo la podría comer” (mientras gruñía y bailaba). “Le cortaré la cabeza y me la comería de este modo” (haciendo movimientos como si comiese algo con un cuchillo y un tenedor).

Luego de deseos canibalísticos de esta índole, inmediatamente tenía un ataque de remordimiento, en el que masoquísticamente anhelaba crueles castigos: “Quiero ser quemado”, decía; o “Romperme un pie y ponerlo en el fuego” o “Me voy a cortar la cabeza”. “Me gustaría cortarme la boca así no la tengo”.

No cabe ninguna duda que por aves, gallo, pollo, él significaba su propia familia; una vez dijo espontáneamente: “Mi papá es el gallo”. En otra ocasión: “Ahora soy pequeño, ahora soy un pollito, cuando crezca seré un pollo, cuando sea más grande aún seré un gallo, y cuando sea el más grande de todos seré cochero”. (El cochero que guiaba el carruaje le impresionaba aún más que su padre).

Luego de esta admisión independiente y no influenciada del niño, podemos comprender mejor la enorme excitación con la que nunca se cansaba de observar lo que pasaba en el gallinero. Allí podía observar convenientemente todos los secretos de su propia familia sobre los cuales no le era brindada ninguna información en su casa; los “útiles animales” le mostraban abiertamente todo lo que quería ver, especialmente el movido comercio sexual entre el gallo y la gallina, la puesta de los huevos y la salida de los pollitos del cascarón. Las condiciones de vivienda de Arpád eran tales que sin duda él había sido testigo auditivo de procedimientos similares entre los padres. Entonces, tenía que satisfacer la curiosidad de ese modo despertada, observando insaciablemente a los animales.

También le debemos a Arpád la confirmación final de mi presunción de que el terror morboso a los gallos debía ser relacionado últimamente a la amenaza de castración por su onanismo.

Una mañana le preguntó a su vecina: “Dime, ¿por qué muere la gente?”. (Respuesta: Porque envejecen y se cansan). “¡Hm! ¿Así que mi abuela también era vieja? ¡No! Ella no era vieja y sin embargo se murió. Oh, si hay un Dios ¿por qué siempre deja que me caiga y por qué la gente tiene que morir?”

Entonces empezó a interesarse por ángeles y almas, se le explicó que solo eran cuentos de hadas. Ante esta respuesta se puso rígido de miedo y dijo: “¡No! ¡Eso no es cierto! Hay ángeles. He visto uno que lleva los niños muertos al cielo”. Entonces preguntó horrorizado: “¿Por qué mueren los niños?”. “¿Cuánto puede vivir uno?”. Solo con gran dificultad se calmó.

Resultó que ese mismo día temprano, la mucama había levantado sus sábanas repentinamente y lo había encontrado manipulando su pene, ante lo cual lo amenazó con cortárselo. La vecina trató de calmarlo y le dijo que no le harían ningún daño, que todos los niños hacían eso, ante lo cual Arpád gritó indignado: “¡No es cierto! ¡No todos los niños! Mi papá nunca hizo nada igual”.

Ahora comprendemos mejor esa rabia inextinguible hacia el gallo que había querido hacer con su miembro lo que los adultos habían amenazado hacerle, y ese temor por ese animal sexual que se atrevía a hacer todo lo que le aterrorizaba; también comprendemos los crueles castigos que se aplicaba a sí mismo (a causa del onanismo y las fantasías sadistas).

Para completar el cuadro, por así decir, más tarde comenzó a ocuparse grandemente con pensamientos religiosos. Viejos judíos barbudos lo llenaban de una mezcla de respeto y temor. Rogaba a su madre que invitase a esos mendigos a su casa. Sin embargo cuando realmente uno vino, se escondía y lo miraba a una distancia respetable; cuando uno de

ellos se iba, el niño dejó que su cabeza colgase hacia abajo y dijo: “Ahora soy un ave mendiga”. Los judíos viejos le interesaban, decía, porque vienen “de Dios” (del templo).

Para concluir daré otra expresión de Arpád que demuestra que no había observado a las aves tanto tiempo en vano. Un día le dijo con toda seriedad a la vecina: “Me casaré con usted, y con su hermana, con mis tres primas y la cocinera; no, en lugar de la cocinera, prefiero a mi madre”.

Evidentemente quería ser un verdadero “gallo en el gallinero”.
(Ferenczi, [1913] 1959)

Freud con Ferenczi

La publicación en 1910 del caso del pequeño Hans, permite a Freud dejar de lado cierto escepticismo acerca de la aplicación del psicoanálisis a niños, aunque con cierta resistencia aún, dejando en manos de sus discípulos y continuadores esta tarea.

Ambos niños, Hans y Arpád, no eran analizantes de Freud. Del primero, se sirve de los relatos del padre como material clínico (paciente de Freud) y en el segundo, del material aportado por su discípulo Ferenczi.

No es solo la interpretación del niño acerca de lo que le pasa, sino una serie de otros que intentan aprehender algo de su sufrimiento. En Hans: su padre, Freud, el propio niño. En Arpád, sus padres, su analista, Freud, Ferenczi. El niño se vuelve así objeto de interpretaciones, por lo cual el análisis de los historiales se torna dificultoso en la cuestión de distinguir qué es lo propio del niño y qué de los otros.

La aguda observación de Freud acerca de la conducta de los niños se corresponde con momentos diferentes de su elaboración teórica, “Tres ensayos de teoría sexual” (Freud, [1905] 1996), “El creador literario y el fantaseo” (Freud, [1908] 1992), el caso de “El pequeño hombre gallo” (Ferenczi, [1913] 1959), y “Tótem y tabú” (Freud, [1913] 2010), ambos de 1913, entre otras. Referencias de las cuales se sirvió para la elaboración de la noción de neurosis infantil como núcleo de la neurosis posterior.

Tanto en “Tótem y tabú” (Freud, [1913] 2010) como en el caso del pequeño Hans, “Análisis de la fobia de un niño de cinco años” ([1909] 1996), Freud nos advierte acerca de la singularidad de la conducta del niño hacia el animal, parecida a la conducta del primitivo. El niño no muestra todavía ninguna huella

de esta arrogancia que luego moverá al hombre adulto deslindar con una tajante frontera la naturaleza humana de la del animal (Freud, [1913] 2010: 129).

En esta notable concordancia entre el niño y el animal, no es raro que sobrevenga una curiosa perturbación. El niño empieza de pronto a tenerle miedo a una determinada especie de animales y a guardarse de tocarlos. Así se establece el cuadro clínico de una zoofobia, una de las enfermedades neuróticas más frecuentes en esta época de la vida y quizá su forma más temprana.

La fobia recae por regla general sobre animales hacia los cuales el niño había mostrado hasta entonces un interés particularmente vivo y nada tiene que ver con el animal individual. La opción de donde el niño extrae los animales que pudieran volverse objeto de la fobia no es grande en las condiciones de vida urbana: caballos, gallinas, perros, gatos, etc. Muchas veces animales de los que el niño ha tomado conocimiento por los libros e ilustraciones de cuentos se vuelven objeto de angustia disparatada y desmedida que se muestra entre estas fobias.

En la misma línea, resulta interesante la apreciación freudiana sobre las fobias de los niños, como tema que hasta 1913 no habría resultado de una indagación atenta y profunda por el psicoanálisis. Freud mismo ubica el motivo de dicha omisión en las dificultades que ofrece el análisis con niños a tan tierna edad (Freud, [1913] 2010: 130). Si bien es cierto, continúa Freud, que no es posible aseverar que conozcamos el sentido general de la contracción de estas enfermedades, pues no es un sentido unitario, en algunos casos de tales fobias, dirigidas a animales de mayor tamaño han demostrado ser accesibles al análisis y de este modo revelaron su secreto al indagador (analista).

En todos los casos era lo mismo: la angustia se refería en el fondo al padre cuando los niños indagados eran varones y solo había sido desplazada al animal.

Respecto al caso Hans, el análisis revela las vías de asociación, tanto las de contenido sustantivo como contingentes, por las cuales se consuma un desplazamiento así. El odio al padre, proveniente de la rivalidad con la madre

no puede difundirse desinhibido en la vida anímica del niño: tiene que luchar con la ternura y admiración que desde siempre le suscitó la misma persona, descrita por Freud como ambivalencia hacia el padre: en este conflicto de ambivalencia se procura un alivio, si desplaza sus sentimientos hostiles y angustiosos sobre un subrogado del padre.

En tal sentido, no es nuestra intención hacer aquí una lectura causal-explicativa, una reducción binaria positivo-negativa, ni reducir a una lógica simplona la presencia física del padre o la madre, a manera del cuento del Edipo, pues no es a las personas reales a las que nos referimos, sino a los efectos que dicha función representa.

Freud destaca el valor de la fobia de Juanito. La angustia ante el caballo y el desarrollo de la fobia, no eran otra cosa que una manifestación del complejo de Edipo, complejo nuclear de las neurosis; por el cual Hans, en el excesivo amor a su madre, sentía a su padre como un competidor. El éxito de la fobia en Hans consiste en el desplazamiento del temor al padre al temor por un animal (el caballo).

Veremos ahora respecto a los desarrollos freudianos sobre el tótem y el tabú, las consecuencias clínicas que arroja tanto en Hans como en Arpád.

Tótem y tabú: de Hans a Arpád

¿Qué es el tótem? ¿Qué es el tabú? ¿Por qué Freud incluye estos términos antropológicos, sociológicos, en la óptica del psicoanálisis?, ¿qué analogías y diferencias encuentra Freud ante el comportamiento del niño hacia el animal temido o venerado, con el de las tribus hacia su animal totémico?

Si hay un propósito claro en *Tótem y Tabú* ((Freud, [1913] 2010), es el de poder vislumbrar los efectos que la cultura y la sociedad generan en el sofocamiento de las pulsiones. El texto realiza un recorrido por estos conceptos, y desarrolla la tan mencionada hipótesis acerca de la horda primordial y el asesinato del padre, como momento mítico, primitivo y estructural, a partir del cual provienen las instituciones sociales y culturales ulteriores.

Ya en el prólogo Freud define al totemismo como “una institución religiosa y social enajenada de nuestro sentir actual, en realidad hace mucho tiempo caducada y sustituida por formas nuevas...” (Freud, [1913] 2010: 8).

El totemismo es un sistema que Freud rastrea en algunos pueblos primitivos de Australia, América y África, en donde se encontraban tribus que llevaban como nombre el de su tótem. Es decir, el de un animal comestible, inofensivo o peligroso y temido (Freud, [1913] 2010: 12), que forma parte de los antepasados y la historia de su estirpe. El animal cumple la función de ser un “espíritu guardián y auxiliador que envía oráculos” (veremos las consecuencias que esto tiene en el niño). El nombre del animal totémico además nomina a la tribu con la cual queda identificada. Por eso el tótem no está ligado a un territorio específico, ni a algún rasgo de sus miembros, sino al particular vínculo que cada estirpe mantiene con su animal.

Freud nos invita a pensar en tribus que no construyen chozas, que no labran la tierra, que desconocen reyes o príncipes, que tienen que luchar con duras condiciones de vida, pero que sin embargo, en su vida sexual, se imponen ciertas restricciones, como la de evitar relaciones sexuales incestuosas: “casi en todos los lugares donde rige el tótem existe también la norma de que miembros del mismo tótem no entren en vínculos sexuales recíprocos, vale decir, no tengan permitido casarse entre sí. Es la exogamia, conectada al tótem” (Freud, [1913] 2010: 13).

Este último es hereditario por vía paterna o materna, y desde el momento en que se hereda, se asumen por parte del clan una serie de prohibiciones y cultos al animal totémico, con el cual se mantiene un vínculo similar al del parentesco.

Algunas de las prohibiciones y obligaciones hacia el animal totémico señaladas por Freud, son:

- no está permitido matarlos ni comerlos
- si el animal muere, recibe los mismos honores que reciben los miembros del clan
- si el animal es sacrificado en un ritual, se lo llora de manera solemne.

- los clanes deben llevar el nombre de los animales totémicos.
- el animal protege a los integrantes.
- si el animal es temido y peligroso, se supone que respeta a los integrantes de la tribu
- el animal totémico tiene una función oracular: anuncia el futuro a sus fieles y les sirve de conductor
- los miembros de un linaje totémico creen que están enlazados con el animal totémico por una descendencia común.

Se observa así como el sistema totémico se liga directamente con el tabú del incesto, y el efecto que tiene en la tribu en su función de prohibición, de obligación, de culto, como así también de organización de la vida social de la tribu.

Freud rastrea la etimología del término “tabú”, que designa por un lado “sagrado”, “santificado”, y por otro, “ominoso”, “peligroso”. Su antónimo sería lo acostumbrado, lo familiar. El tabú sería una especie de “horror sagrado” que se manifiesta en prohibiciones, limitaciones y restricciones.

El autor invita a homologar el tabú o los tabúes de las tribus (respecto a lo social) con el del neurótico obsesivo (individual). En un texto titulado “Acciones obsesivas y prácticas religiosas” (Freud, [1908] 1992) afirma que quien padece de una compulsión obsesiva se comporta como si estuviera gobernado por una conciencia de culpa de la cual nada sabe, y en la que haya un cierto “refrescamiento” en la tentación. Sin embargo, el ceremonial obsesivo para Freud comienza como una acción de defensa o de aseguramiento, como una medida protectora. Observamos de este modo cómo la conciencia de culpa del neurótico obsesivo se corresponde con “la solemne declaración de los fieles” (Freud, [1908] 1992). Ellos saben que son pecadores, por eso el conjunto de prácticas religiosas tales como ceremoniales, rezos, invocaciones, parecen tener el valor de unas medidas de defensa y de protección (ganarse el cielo o expiarse del pecado, por ejemplo) de la misma forma que las tiene el obsesivo.

Algunos de los puntos en común que se pueden extrapolar del tabú a la neurosis obsesiva son:

- 1- el carácter inmotivado de los mandamientos
- 2- su desplazabilidad, y el peligro de contagio por lo prohibido y
- 3- la causación de acciones ceremoniales, mandamientos, que provienen de prohibiciones.

De hecho en ese texto, Freud propone denominar “enfermedad de los tabúes” (Freud, [1908] 1992: 107) a la neurosis obsesiva. Doble movimiento freudiano en el que se sirve de lo social para pensar lo individual, y viceversa. Calificando a la neurosis obsesiva como una religión individual, y a la religión, como una neurosis obsesiva universal.

Asimismo, mencionamos anteriormente el estatuto particular que adquiere la relación del niño con el animal. Vínculo que Freud trabaja en el texto en relación a las fobias, para distinguir casos de totemismo positivo y totemismo negativo. Se refiere al primero, como aquellos casos en los que la relación del niño con el animal es de plena identificación (egosintónico, es decir, en sintonía con el yo). Y deja el segundo para aquellos en los que la relación con el animal totémico está signada por el peligro y el temor, correlato de la función totémica de la interdicción (¿y del padre?).

Freud se sirve de esta diferencia, en “tótem y tabú” ([1913] 2010), para distinguir lo que ocurre en el historial de Juanito, y en el de Arpád.

De Juanito dirá como desarrollamos anteriormente, que presenta hacia el caballo sentimientos ambivalentes. Es decir que no solo siente angustia ante ellos sino también por momentos, respeto e interés. Cuando la angustia se mitiga, continúa Freud, se identifica con el animal totémico, galopa como un caballo y ahora él muerde al padre.

Sin embargo no duda en aseverar que Juanito es un fiel reflejo de un caso de totemismo de sello negativo. “debemos a S. Ferenczi (1913a) la excelente observación aislada de un caso que solo admite la designación de totemismo positivo en un niño” ([1913] 2010: 131).

Si en Juanito el acento está puesto en la función de la fobia como solución (la fobia despierta el complejo de Edipo), en Arpád los intereses del tótem no

despiertan el Edipo, sino la angustia. En Arpád vemos una plena identificación con los gallos y gallinas.

Entre el incidente del corral en el cual Arpád fue picoteado por el ave y la exacerbación de su conducta, hay un espacio temporal de un año. Este interín señalado en la escritura del caso, es de gran importancia, puesto que comienza a ligarse aquel suceso con la amenaza de castración (el onanismo por parte del niño). Cuestión que en ese año, había despertado un gran interés en él. Ferenczi afirma que fue esa amenaza experimentada en ese lapso la que había excitado al niño tanto al revisitar la escena de la terrible primera experiencia, en la que el bienestar de su miembro había estado en peligro de modo similar. Luego de ello su vida se redujo a ese tema: “A la mañana temprano se apresuraba a ir al corral, observaba las aves con incansable interés, imitaba sus sonidos y movimientos, y lloraba cuando era sacado por la fuerza del gallinero. Pero aun cuando no estaba allí no hacía nada más que cacarear y cloquear” (Ibíd. pág. 5). Sus juegos, sus producciones, su lenguaje, eran en relación a este animal. Su comportamiento hacia su animal totémico, dice Freud, era ambivalente por excelencia, un odiar y un amar desmedidos.

La matanza de las gallinas, especie de ritual (propio del totemismo) era una muestra del odio, pero que se pregnaba luego con el excesivo amor (en sus juegos las besaba, las acariciaba). También aparece el miedo en relación a las gallinas y gallos: “Quería presenciar cuando la mataban; sin embargo tenía mucho miedo de los gallos vivos” (Ibíd. pág. 6).

Para Ferenczi el gallo representaba un animal sexual, por su valor como objeto pulsional, y por su función en relación al Complejo de Edipo y al Complejo de castración.

Freud llega a una conclusión: el animal totémico (y los sentimientos de ambivalencia que genera en el niño) es un sustituto del padre. Es decir, que el conflicto de ambivalencia no se tramita directamente en la persona, sino que “se lo esquivo, por así decir, deslizando una de sus mociones hacia otra persona como objeto sustitutivo” (Freud, [1925] 1996: 99).

En este sentido los dos principales mandamientos del totemismo (no matar al animal totémico y no usar sexualmente a ninguna mujer que pertenezca a él)

coinciden con los dos crímenes del Edipo (matar a su padre, y tomar por mujer a su madre). Interesante analogía para pensar la función que cumplen en el desarrollo libidinal del sujeto la ambivalencia hacia el padre y la prohibición del incesto, cuestiones fundamentales para lograr una posición sexuada y el acceso a la cultura.

En Juanito, el temor a los caballos y la constitución de la fobia propiamente dicha, se vuelven una solución en relación al complejo nuclear de la neurosis. El temor al caballo, despierta el complejo de Edipo, pero no sin angustia, y sin un conjunto de prohibiciones y restricciones en el pequeño Hans (no querer salir de su cuarto, no querer salir a la calle, etc.). En Arpád, sin embargo, el tótem está vivo, no cumple una verdadera función de interdicción (pensemos aquí en un padre que prohíbe pero que al mismo tiempo habilita). Por eso decíamos, que en este historial, la relación con el animal es egosintónica y por ende, se trata de una “solución más exitosa”. No despierta angustia, sino que se fija como un rasgo de carácter.

En Juanito sucede todo lo contrario. En lugar del odio hacia el padre o del ser castrado por el padre, el afecto se muda hacia su propia persona (lo cual se expresa en su miedo a ser mordido por el caballo).

Arpád es él mismo un gallo. Ferenczi insiste en que el terror a los gallos debía ser relacionado a la amenaza de castración por su onanismo. Cuestión que, junto con la escena en la que él es picado por el animal, constituyen grandes datos para el autor. Además la actitud ambivalente que el niño tiene hacia el animal, de amor y odio a la vez, es consecuente con la relación que los primitivos tenían con el tótem, en el sentido que, a pesar de su muerte, seguía imprimiendo en sus miembros constantes restricciones y adoraciones.

Sobre el final del historial de Arpád observamos de qué manera Ferenczi resalta este punto al decir que el psicoanalista debe suponer que la ambivalencia probablemente se refiera al padre “quien aunque honrado y respetado, al mismo tiempo es también odiado a causa de las restricciones sexuales que impone severamente. En una palabra, la interpretación analítica sería: el gallo representaba en el síndrome al padre.

Tanto en el historial de Hans como en el de Arpád, hay una constante referencia a los juegos de los niños. Nos preguntamos ¿Qué función cumple el juego en el psicoanálisis con niños?

Lo primero que podemos decir es que el juego representa para el psicoanálisis una manifestación del inconsciente del niño, que se pone en serie con otras manifestaciones (sueños, chistes, actos fallidos, síntomas). Pero el juego tiene un estatuto particular. Freud en “el creador literario y el fantaseo” ([1908] 1992: 127) dice que el niño en el juego inserta las cosas de su mundo en un nuevo orden que le agrada, y en el que invierte grandes montos de afecto. Juanito juega a ser un caballo, Arpád a vender y cortarle el cuello a las gallinas. En este último, en el historial además se observa claramente la gran carga de afecto con la que el niño lo realizaba: “Mostraba cómo el gallo sangraba y con su voz y gestos hacía una imitación excelente de la agonía de su muerte” O “besaba y acariciaba al animal muerto o bien “alimentaba” a su ganso de madera con maíz, como había visto hacer a la cocinera; al hacerlo cloqueaba y piaba continuamente. En una oportunidad arrojó su muñeco de madera irrompible en el horno porque no lo podía romper, pero luego lo sacó de inmediato, lo limpió y lo acarició”.

Conclusión

A lo largo del capítulo, hemos transmitido aquellos puntos de encuentro entre ambos historiales clínicos. La apreciación que sobre el totemismo establece Freud en “Tótem y tabú” ([1913] 2010) así como el contrapunto que establece con el análisis del caso Juanito, permite pensar a la fobia a los caballos como un caso de totemismo negativo, en tanto señala el valor del tótem, en este caso el animal, como el punto de sostén de ciertas prohibiciones y de regulación de la problemática relación del niño con el deseo materno.

Para Freud, el caso Arpád (Ferenczi, [1913] 1959) ejemplifica al totemismo positivo, donde el tótem a diferencia de la fobia, no prohíbe sino más bien empuja y lo lleva a enfrentarse, identificado con el animal temido.

No obstante, ambas fobias en sus puntos de encuentro, colocan a la neurosis de angustia como respuesta a “una castración inminente” situación traumática de la indefensión.

Juanito parecía tener una verdadera fobia. Por el material que arrojan sus juegos, su discurso, sus sueños, los elementos constitutivos de la misma estaban presentes: al comienzo una angustia libremente flotante, que luego se anuda a un objeto exterior, con el cual aparecen temores y miedos, pero acompañado de rituales y conductas evitativas hacia el mismo.

Ahora bien: ¿se trata en Arpád de una verdadera fobia? Es Freud en “Tótem y tabú” ([1913] 2010) quien se refiere a “la zoofobia de Juanito” y a la “perversión del pequeño Arpád”, dejando abierta la posibilidad de que en este pequeño se pongan en juego otras coordenadas. En principio podríamos preguntarnos por qué se referiría Freud a Arpád como una perversión. Se podrían situar al menos dos rasgos de la misma: la fijeza, en relación a la detención y regreso a un punto de satisfacción anterior en el desarrollo de la libido, y por otro lado la exclusividad, con respecto al lugar privilegiado que se le otorga al objeto (en el caso de Arpád: las gallinas).

Freud destaca con esto el papel estructurante que tiene la angustia de castración en todas las fantasías imaginarias de Arpád, le interesa la comparación entre el animal totémico y la gallina en Arpád, a la vez que destaca la fijeza del objeto en el niño, considerando el problema como la “perversión del gallinero” manifestada por este rasgo peculiar.

La lectura de las escenas de juego de ambos niños (Arpád y Hans) permiten identificar cómo poco a poco se construye la dimensión de la ficción, aunque por momentos parecería realizarse en la crudeza de la satisfacción pulsional.

Freud diferencia a lo largo de su obra, la neurosis de la infancia de la neurosis infantil reconstruida en el análisis del adulto. En “Inhibición síntoma y angustia” (Freud, [1925] 1996) habla por primera vez de la neurosis de la infancia, mientras que el concepto de neurosis infantil aparece en el historial del hombre de los Lobos (Freud, [1917] 1996) reservando la neurosis infantil para la reconstrucción hecha en el análisis del adulto.

Así en ambos casos estamos hablando de una neurosis en la infancia. Será necesario un segundo tempo en el que se cristalice el complejo nuclear de la neurosis y la conformación de la neurosis infantil capturada por el après-coup.

Para concluir, algunos interrogantes posibles invitan al lector a dejar abiertas las siguientes preguntas: ¿Se trata en Arpád acaso de una manifestación sintomática que no tiene estructura de fobia?, ¿es una manifestación sintomática o una manera de estructurar el mundo que actuaría como pivote? Las coordenadas de ambos casos permitirían pensar más bien en cómo el niño construye su neurosis.

Notas

1. En gran número de análisis de sueños y neurosis la figura del padre es descubierta tras la de un animal. Ver Freud, *Schriften*, etc., Cap. I y el *Internat. Zeitschr. f. Psychoanalyse*, Jahrg. L. Heft 2. El profesor Freud me ha dicho que una de sus próximas obras en "Imago" hará uso de esta identidad para explicar el totemismo. (Este ha aparecido desde entonces en forma de libro bajo el título de *Tótem y Tabú*).
2. Remitirse para ello a los comentarios del autor en los casos príncipes como de El hombre de los Lobos (1917) El hombre de las Ratas (1910) y caso Dora (1907), entre otros.

Referencias bibliográficas

Cosentino, J. C. (1999). *El pequeño Arpád* [en línea]. Consultado el 5 de diciembre de 2013 en: http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/electivas/659_clinpsicoa2/material/fichas/Arpád.rtf>

Freud S. ([1907] 1996). "Tres ensayos de teoría sexual". En *Obras Completas. Tomo VII*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1907] 1992). Acciones obsesivas y prácticas religiosas. En *Obras Completas. Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1908] 1992). El creador literario y el fantaseo. En *Obras Completas. Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1909] 1992). Escritos breves. En *Obras Completas. Tomo IX*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1909] 1996). Análisis de la fobia de un niño de 5 años (el pequeño Hans). En *Obras Completas. Tomo X*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1913] 2010). Tótem y tabú. En *Obras Completas. Tomo XIII*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1914] 1996). Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico. En *Obras Completas. Tomo XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1917] 1996). De la historia de una neurosis infantil (el caso del “Hombre de los lobos”). En *Obras Completas. Tomo XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.

Ferenczi, S. ([1913] 1959). Un pequeño hombre gallo. En *Sexo y psicoanálisis* (pp. 171-8). Buenos Aires: Hormé.

Hartmann A ([1992] 2009). Los caminos abiertos por Freud. En *En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología* (pp. 37-39). Buenos Aires: Letra viva.

Instituto de Desarrollo Psicológico de Chile (Indepsi). *Ferenczi* [en línea]. Consultado el 5 de diciembre de 2013 en <http://www.indepsi.cl/ferenczi/>.

CAPÍTULO 5

MELANIE KLEIN: EL CASO FRITZ

Analía Basualdo, María Florencia Gómez

Introducción

En este capítulo se presenta y analiza el desarrollo de una fobia en Fritz, caso observado por Melanie Klein. El análisis se realiza rescatando los conceptos fundamentales de la lectura kleiniana y otras lecturas actuales, superadoras de las limitaciones de algunas de sus premisas.

Se elige este caso de Klein porque supone la inauguración de un nuevo campo de aplicación del Psicoanálisis, signado por disputas teóricas y de poder. En este trabajo inaugural de la autora se evidencia su descubrimiento fundamental, que es la posibilidad de análisis temprano en el niño, y se bosquejan las divergencias teóricas con la lectura freudiana. Respecto del análisis temprano, sitúa el inicio del conflicto edípico a los seis meses de edad, como resultado del abandono del pecho por tornarse este peligroso por el sadismo expulsado sobre él, frustración oral atribuida al destete. Ubica, de esta manera, al sadismo como primario, pulsional y fuente del impulso epistemofílico, que llevará a la búsqueda de saber.

Contrariamente al niño freudiano, que reprime este deseo elaborando teorías sexuales infantiles que le permitan seguir sosteniendo el desconocimiento de la diferencia de los sexos, el niño de Klein sostiene un deseo de saber y satisfacer las preguntas sobre la existencia o no de Dios, sobre la diferencia de los sexos y cómo nacen los niños. Esta autora basa sus ideas en la premisa de que un niño informado no reprimirá y, por lo tanto, no será neurótico. No obstante, su clínica le demuestra lo contrario: Fritz desarrolla una fobia. Rechazo de “saber” que señala una nueva dirección en la cura al determinar el

abandono de la posición pedagógica y dirigir su escucha hacia una posición analítica.

Melanie Klein: su posición respecto del Psicoanálisis en la infancia

Ernest Jones, en el prefacio de *Contribuciones al psicoanálisis* (Klein, 1983), introduce a Melanie Klein (Viena, 1882 - Londres, 1960) en la historia del psicoanálisis, como quien extendió los desarrollos de las teorías psicoanalíticas “al corazón del niño” y al estudio de las psicosis.

Fue la cuarta hija de Moriz Reizes y Libussa Deutsch, descendientes de familias de rabinos, pero educada de manera liberal. Hacia los 17 años decide estudiar medicina, y paralelamente se compromete con Arthur Stephen Klein. No obstante, abandona su idea de estudiar por la caída de la fortuna de su familia; decide casarse, alejándose más del estudio con el nacimiento de su primera hija, Melitta en 1904. El hecho de haberse retirado tempranamente de su carrera le pesó siempre y sirvió de motivo a algunos miembros de las sociedades psicoanalíticas para atacarla. Con su esposo tuvo otros dos hijos varones: Hans, que nace en 1907 y Erich, en 1914. Después del nacimiento de su segundo hijo, es afectada por un prolongado estado depresivo -sostenido desde el fallecimiento de su hermano en 1902-, que se agrava con la muerte de su madre hacia fines de 1914. Así, inicia su análisis con Sandor Ferenczi en Budapest, interesándose también en la misma época por los escritos de Sigmund Freud acerca de los sueños.

De su actividad intelectual en estos años destacamos que durante el análisis con Ferenczi, este le señala su habilidad para trabajar con niños y la alienta a interesarse en este nuevo campo del Psicoanálisis. También asiste al V Congreso de la Asociación Psicoanalítica Internacional [IPA: International Psychoanalytical Association] en 1918 con la presidencia de Karl Abraham, en el que Freud lee *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica*. En ese mismo año, Ferenczi la asigna como asistente de Anton von Freund para organizar la enseñanza del Psicoanálisis en la Sociedad de Investigación Infantil.

En 1919, Klein expone en la Sociedad Psicoanalítica de Budapest su primer trabajo *Der Familienroman in statu nascendi (Una novela familiar en statu nascendi)*, su primer estudio de un caso dedicado al análisis de las observaciones de un niño de 5 años -Caso Fritz- que en realidad era su propio hijo Erich. Allí, es aceptada como miembro de la Sociedad Psicoanalítica Húngara.

En 1920, participa en el VI Congreso Internacional de la IPA en la Haya (Holanda). Allí conoce a Hermine von Hug-Hellmuth quien lee su trabajo sobre la técnica del análisis infantil y, sobre todo, por recomendación de Ferenczi, conoce a Karl Abraham, entonces Presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Berlín. Este, con la ayuda de Max Eitingon, acababa de fundar el famoso Policlínico del Berliner Psychoanalytisches Institut (Instituto de Psicoanálisis de Berlín), donde se atendía a numerosos pacientes traumatizados por la guerra. Abraham invita a Klein a trabajar en dicha ciudad; ella toma su oferta y se traslada a esa ciudad en 1921. En 1922, Klein se convierte en miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica de Berlín y un año después pasa a ser miembro pleno y a trabajar en el Instituto. En ese mismo año de 1922, Anna Freud se convierte en miembro de la Asociación Psicoanalítica Vienesa.

En 1924, expone en el VIII Congreso Internacional de la IPA en Salzburgo (Austria), en donde presenta por primera vez en un Congreso. Su trabajo, titulado "La técnica del análisis de niños pequeños", inicia también su cuestionamiento a ciertos aspectos del complejo de Edipo, y fue una comunicación muy discutida. Unos meses después, inicia un nuevo tratamiento con Abraham y conoce a Alix Strachey. Su análisis, que solo duró unos meses, produce gran impacto en la lectura de Klein sobre la clínica infantil. Abraham estaba desarrollando el concepto de pulsión de muerte en sus propias ideas acerca de las pulsiones sádicas oral y anal en la infancia, propuestas que Klein incorpora pronto en sus interpretaciones de juegos infantiles.

Con la ayuda de James Strachey, Klein ingresa en la British Psychoanalytical Society (Sociedad Británica de Psicoanálisis). Hacia fines de ese año, presenta en la Wiener Psychoanalytisches Vereinigung (Conferencia de Psicoanalistas Alemanes) una comunicación sobre el psicoanálisis de niños

titulada "Una neurosis obsesiva en una niña de 6 años" -Caso Erna. En ese encuentro, enfrenta directamente a Anna Freud, y se inicia el debate sobre qué debía ser el psicoanálisis de niños: si suponía una forma nueva y mejorada de pedagogía -posición defendida por Anna Freud-, o debía ser el espacio de la exploración psicoanalítica del funcionamiento psíquico desde el nacimiento - como lo sostenía Klein. Ese mismo año, von Hug-Hellmuth, la primera terapeuta y eminente directora del Centro de Orientación Infantil de Viena, es asesinada por un sobrino de 18 años, hijo de una hermanastra, que de niño había sido su paciente. Esto conllevó una mala predisposición en la opinión pública para con la Clínica Psicoanalítica con niños.

A principios de 1927, Anna Freud presenta su lectura de la técnica del análisis infantil ante la Sociedad de Berlín, en clara oposición a Klein. En mayo, Jones organiza un Simposio sobre Psicoanálisis Infantil entre los miembros de la Sociedad Británica, en el cual se exponen los principales temas de la polémica entre el grupo británico y el vienés. El acontecimiento es considerado como la piedra fundamental del psicoanálisis de niños, dando un vigoroso impulso a la Sociedad Británica de Psicoanálisis (Niño, 2010).

La obra de esta autora está compuesta por alrededor de cincuenta artículos y un libro titulado *El Psicoanálisis de niños*, y ha sido traducida a unos quince idiomas. También se le suman su autobiografía inédita y su correspondencia. En Londres, Klein encontró su hogar intelectual entre los psicoanalistas británicos, que abrazaron sus nuevas ideas y estaban deseosos de aprender la técnica del juego y sus novedosas propuestas, organizándose en lo que actualmente se conoce como la Escuela Inglesa.

En síntesis, Klein fue una pionera en la defensa del psicoanálisis con niños pequeños, considerándolo parte integral de la educación y de la crianza, tal como concluye en las observaciones psicoanalíticas del desarrollo de Fritz. Así, no cree necesario recurrir al análisis solo si el niño manifestaba una neurosis, criticando una de las ideas básicas de Anna Freud. Para Klein, el niño es autónomo, tanto en su demanda como en la cura.

Conceptos fundamentales en la obra kleiniana

En esta sección consideramos algunos conceptos centrales de Klein, elaborados en distintos momentos de su obra y productores de avances en la teoría y en la técnica en el psicoanálisis con niños, pero también generadores de grandes disputas conceptuales.

Ya en los albores del siglo XX, los conceptos por ella desarrollados han sido sometidos a enérgicas discrepancias, como son los conceptos de inconsciente, sexualidad infantil, postular la conformación del Complejo de Edipo y de un Superyó temprano, su lectura de la transferencia, la posibilidad de analizar a niños pequeños y profundar el análisis de las fantasías originarias, y darle valor clínico a la adhesividad libidinal o satisfacción pulsional en la infancia.

Sus contribuciones, aun con revisiones inescrutables, han introducido valiosos aportes al psicoanálisis con niños en nuestro país en el campo de la clínica. La aplicación del dispositivo terapéutico en niños, la utilización del psicoanálisis en pacientes con trastornos severos y su intervención temprana, abrió una nueva orientación al favorecer la creación de dispositivos de prevención en la infancia. Las conceptualizaciones de Klein, si bien deben su origen a la práctica clínica, han tenido también un impacto significativo en el ámbito educativo, al otorgar capital importancia a los procesos de simbolización en el niño, lo que permitió leer los problemas de aprendizaje desde una perspectiva novedosa y medir los alcances de sus distintas manifestaciones en la práctica clínica.

Antecedentes en el contexto de descubrimiento y desarrollos teóricos en Klein

En este apartado, nuestra propuesta es presentar a grandes rasgos la teoría kleiniana y reordenar sus conceptos a partir de sus antecedentes y sus críticos, para poder echar luz a la cuestión que nos ocuparemos en una segunda parte de este capítulo: por qué Fritz desarrolla una fobia.

Una de sus ideas centrales en *El desarrollo de un niño*, artículo que reúne las primeras observaciones sobre Fritz, es la necesidad de introducir el análisis

en la crianza de los niños desde muy pequeños, “*así podrían removerse las inhibiciones y rasgos neuróticos en cuanto empiezan a desarrollarse*” (Klein, s/f [1921]: 48). Esta es una tesis que tomó de Ferenczi, defensor de la educación basada en el psicoanálisis o *educación del principio de realidad*, donde no se reprime la curiosidad sexual de los niños y no se castiga, pero tampoco se inventan cuentos sobre temas como Dios, brujas, papá Noel, etc. Klein se dedica a demostrar estas afirmaciones a través de las observaciones sistemáticas de Fritz. Sostiene que el análisis en niños más pequeños de 3 años es posible porque el niño presenta vívidos intereses y es intelectualmente capaz de comprender las interpretaciones analíticas, sumado a que las resistencias no están cristalizadas aún, como en niños mayores de 5 años. En producciones de los años siguientes, abandona la idea de la educación guiada por los descubrimientos psicoanalíticos, convirtiéndose en una defensora del uso del psicoanálisis en la niñez temprana. Así, afirma que la actividad del juego en el niño es un símbolo del material inconsciente, y puede ser interpretada de la misma manera que los sueños, los chistes y las asociaciones libres en análisis de adultos. Esto último se fundamenta también en su tesis de los estadios precoces del conflicto edípico y de sus elementos constitutivos como por ejemplo del interrogante freudiano sobre el lugar del padre y el desarrollo de un superyó temprano, tal como desarrollaremos más adelante en este apartado.

Otro aspecto que resulta indudable, es la injerencia que ha tenido la llamada Teoría de las Relaciones de Objeto (TRO) en la construcción de un corpus teórico original, lo que constituye un aporte específico a la formación académico-profesional de especialistas en el extenso campo de la salud mental. El concepto de objeto es otra de las claves en el desarrollo de la obra de Klein, puesto que su teorización amplía el alcance de una TRO.

La contribución de Abraham al estudio de los diferentes estadios del desarrollo imprime gran influencia en Klein. Un famoso artículo de Abraham “*Un breve estudio de la evolución de la libido, considerado a la luz de los trastornos mentales*” ([1924] 1959) constituye la deuda teórica en las elaboraciones en torno a la TRO. En este texto aparecen ordenadas las dos

series freudianas del objeto, en una articulación única entre las etapas de la organización libidinal y las que el autor distingue como etapas del “amor objetal”, expresión esta que en Freud designa la “elección de objeto”. De hecho, y Freud hace de eso un reconocimiento a su discípulo, cada una de las etapas libidinales clásicas es separada en dos, y clasificadas de acuerdo a la ambivalencia pulsional, con la confusión inherente entre pasivo-activo y amor-odio. Distinguirá, en el estadio oral, un estadio precoz de succión ambivalente y un estadio sádico-oral, que se corresponde con la aparición de la primera dentición. La ambivalencia pulsional entre la libido y la agresividad se manifiesta sobre el mismo objeto. Otras dos fases marcarán también dos comportamientos opuestos en relación al objeto en lo que llamará estadio anal. El erotismo anal se vincula a la evacuación, y la pulsión sádica a la destrucción del objeto. La segunda fase marca el erotismo anal con la retención y la pulsión sádica al control posesivo. Así, el interés para Abraham resulta del pasaje de una fase a otra como un progreso en relación al amor objetal, los movimientos regresivos y de fijación que la libido describe, lo que arroja para el autor una nosotaxia peculiar de las patologías mentales. Es decir, los estadios de la organización de la libido se corresponden con estadios evolutivos de las fijaciones objetales, lo que desemboca en puntos de fijación prevalentes en los trastornos psicopáticos. Esta interpretación de las fases libidinales y de la elección del objeto elimina el carácter intrínsecamente perverso polimorfo de las pulsiones parciales freudianas. Así, para Abraham, quedan reducidas a un déficit madurativo, “*formas primitivas*” a las que el adulto accede al recuperar la noción de “*amor realista*” ([1924]1959).

Más allá de la filiación de Klein con el enfoque abrahamiano del objeto bajo la dupla parcial-total, la autora recupera el análisis detallado sobre la melancolía, como un aporte clave para la noción de depresión en su obra. Pero los trabajos de Klein llegan mucho más lejos que los planteos de Abraham, en un punto porque también siguen a la lectura de Freud.

El concepto de objeto resulta inseparable del conjunto de la obra de M. Klein, al observar su articulación con otras vías conceptuales que le son solidarias.

La segunda tónica freudiana y la introducción de la primacía del falo como el ordenador de las pulsiones parciales, es un desarrollo insuperable en cuanto a una nueva perspectiva desde donde el objeto es examinado. El concepto de falo en tanto objeto que aparece de manera tardía en Freud, es el articulador de la serie pulsional con sus estadios y la serie de la elección de objeto que comprende al autoerotismo, narcisismo hasta la culminación en la elección del objeto sexual. Así como el objeto perdido del deseo, resulta la condición de elaboración lógica del objeto pulsional en la elaboración freudiana, el autoerotismo resulta el punto de partida común de ambas series. Pero el objeto implica también la clave en la diferenciación: mientras que en la elección de objeto requiere un otro en tanto que “persona”, el objeto de la serie pulsional necesita de un soporte en tanto otro, y hace de una parte seleccionada del cuerpo un “*placer de órgano*”. Asimismo, el Complejo de Castración resulta esencial como articulador de estas dos series, y su importancia radica en incluir el carácter estructural de la angustia de castración y la operación de la elección de objeto. Aquí, demarcar los ejes primarios de la teoría del objeto en Freud implica fundamentalmente considerar la pérdida del objeto como no equivalente a una pérdida accidental del destino, sino que obedece a la estructura misma del hombre en lo concerniente a su relación con el objeto de deseo, bajo la luz de ubicar la pérdida como consustancial a la naturalidad del objeto. Es así que no alcanza a diferenciar la pérdida en su acontecer fenoménico de la pérdida estructural. Basta con revisar *La negación* de 1925, para confirmar que el objeto perdido es condición en Freud para el examen de la realidad

[...] el fin primero y más inmediato de la realidad no es hallar en la percepción objetiva un objeto que corresponda a lo representado, sino reencontrarlo [...] discernimos una condición para que se instituya el examen de realidad: tienen que haberse perdido objetos que antaño procuraron una satisfacción objetiva [real]. (Freud, [1925] 1997: 252)

De este modo Freud instituye una condición en la estructura misma del ser humano en lo tocante a su relación con el objeto de deseo.

La teoría kleiniana del objeto se inscribe en la serie de la elección de objeto, es decir, en el ámbito del objeto narcisista; su desarrollo teórico la lleva a enfatizar el pasaje desde el objeto parcial al objeto total, sin descubrir la

diferencia entre las dos series detalladas por Freud, la serie pulsional con sus estadios y la serie de la elección de objeto. La especificidad del concepto de deseo en Freud así como la consideración del objeto perdido es diluida en la obra de Klein, dando paso a una fenomenología de lo imaginario en torno a su conceptualización del objeto.

En Klein, el caudal de sus descripciones al explorar las fantasías infantiles obtuvo la lectura minuciosa y privilegiada de Jacques Lacan. El camino recorrido por esta autora, “*su genial hallazgo*” y sus propios impases, obtuvieron ganancias en Lacan al ofrecerle los insumos conceptuales en la elaboración de la dimensión imaginaria del objeto en los comienzos de su enseñanza. No obstante, retomó la lectura del objeto perdido en Freud y se distanció categóricamente de Klein; ella, por su parte, se extravió centrándose en la función del duelo a falta de poder inscribir la falta como condición de posibilidad del objeto mismo.

Concepto de Posición en la obra kleiniana

Si coincidimos en apreciar la escritura de Klein como muy fenomenológica y ágilmente transferida a la formación de conceptos, también advertimos dos marcos teóricos en una tensión permanente. Estos se licuan, se distancian, y convergen. Así, Alicia Hartmann (1992) ubica un periodo genético-evolutivo en Klein cuyos conceptos de fase y estadio dan cuenta de ello, con marcada discrepancia aunque no tan evidente, en una lectura superficial, de otro modelo de pensamiento que estableció la base de su noción de posición. Esto muestra al concepto de posición basculando entre las nociones de estructura y desarrollo.

En el artículo *Algunas conclusiones teóricas sobre la vida emocional del lactante* (1952), se encuentra una expresión acabada en torno al concepto de posición de esta autora, al distinguirlo de estadio y estructura. Klein designa con ese término a la movilidad o la alternancia de un sitio psíquico a otro, desafiando con ello la cronología. Las posiciones actúan durante toda la vida: en la infancia, la adolescencia y la adultez. Lo esencial reside en las distintas

maneras en que se articulan estos elementos en el concepto de posición, que son la angustia, las relaciones objetales, la estructura del yo y las defensas específicas. De su combinatoria y disposición se establece la especificidad de los fantasmas del sujeto, resultando las posiciones un cuadrante en la disposición de la vida psíquica.

Sin detenernos en profundidad sobre las posiciones en Klein, nuestro análisis requiere presentar algunas consideraciones generales que nos permitan contextualizar otros conceptos claves en su teoría. La posición primera, esquizo-paranoide, comprende la disociación como operación básica que recae sobre el yo. En su precocidad, el yo se ve aprisionado entre dos duetos: el par pulsional Eros y Tánatos, y el accionar de las funciones fantasmáticas, a contrapelo de las llamadas "*funciones realistas*". Disociación del yo placer-yo realidad, y división del objeto en el interior del yo; objeto bueno idealizado, objeto malo persecutorio con su desdoblamiento; yo idealizado-yo perseguidor. En esta posición se encuentran de manera solidaria los destinos del objeto parcial y del yo, e inscribe una primera relación objetal que culmina vía la operación de introyección.

El paso del objeto parcial al objeto total se lleva a cabo en una segunda operación psíquica, que permite teóricamente la superación de la posición esquizo-paranoide. Con ella, la disociación da paso a la integración, y la síntesis asume, junto con la función de la angustia, el papel preponderante en esta segunda fase. Esta posición es clave en cuanto a la integración del yo, e ilustra la resonancia de la experiencia del duelo y de toda pérdida. A diferencia de la posición anterior, donde primaba la angustia paranoide o persecutoria con la disociación como defensa, en la posición depresiva se aúnan los sentimientos de amor y odio hacia un objeto unificado que recorta un tipo de angustia, la depresiva, y una defensa, la maníaca. No obstante, para Klein hay una oscilación permanente entre el funcionamiento de las defensas, operando regresiones a anteriores posiciones a lo largo de la vida de un sujeto.

Si bien Klein teoriza sobre la pérdida empírica del objeto como tal -casi ignorando que Freud se ha referido a la pérdida de naturalidad del objeto-, la noción de duelo resulta lo más cercano a un acuerdo teórico de la autora

inglesa con el concepto de objeto perdido freudiano. La importancia de la posición depresiva hace necesaria la introducción de otras nociones como el Edipo temprano, el duelo, la simbolización.

El espacio teórico creado por Klein nos presenta un Edipo temprano, correlativo a la posición depresiva, donde aparecen los objetos sucedáneos de las frustraciones producidas por el pecho materno. Hace aparición el padre como persona y el pene, como sustitutos de la persona total de la madre y el pecho materno, e intentan hacer superar la angustia depresiva. En este sentido el Edipo en Klein es reparador de duelos anteriores y no implica culminar en una pérdida.

A estas ideas kleinianas, Lacan presenta un primer señalamiento. Observa que para Klein el patrón de medida de los objetos es el seno materno, al otorgar la significación del pecho como aquello que da significado al sujeto en su vinculación con el Otro. El Edipo aquí se desarrolla casi a expensas del concepto de significación fálica o, en tal caso, aparece como un sucesor de la significación del pecho materno. Así, en Klein la posición depresiva fija con una trayectoria creciente las etapas libidinales a partir de la solidaridad entre las posiciones primeras y la oralidad. La lectura de *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica* (Rabinovich, 1990) nos aporta consideraciones comparativas notables al señalar que la posición depresiva en Klein cumple la función de la metáfora paterna pero el punto de almohadillado no culmina en la significación fálica, ni bajo la órbita del falo se resignifica el conjunto de las etapas libidinales. Será el pecho materno el que al acuñar todos los objetos posibles hace circular, por anticipación, a las demás etapas pulsionales, incluida la fálica. El campo de la realidad para el sujeto kleiniano queda constituido a causa de la elaboración del duelo por el pecho, a diferencia de Freud, quien nos advierte que por acción del campo simbólico el objeto perdido del deseo se pierde de entrada, y no debido a la experiencia de pérdida de un objeto empírico.

Desde la perspectiva freudiana el inconsciente está fuera del tiempo cronológico. Se trata de un tiempo no lineal, que implica una discontinuidad en la cronología. Un tiempo retroactivo, *nachträglich*, dirá Freud en el *Manuscrito K*

(1896), al ubicar el displacer nuevo que pueden producir ciertas representaciones aun siendo recuerdos, es decir, habiéndose producido en otro tiempo. Los accesos al inconsciente, sus formaciones, se presentan siempre como una interrupción, un efecto a destiempo. Por esta vía de análisis la estructura es ubicada en una disimetría lógica entre el acontecimiento y su significación, un desfase, un destiempo que enarbola el concepto de *nachträglich*, o retroacción. En cambio, podemos leer en Klein cómo introduce cierta inversión en la perspectiva cronológica del acontecimiento donde siempre hay una ante-datación de las etapas, un *avant-coup* inicial. Al ubicar de modo evolutivo la posición esquizo-paranoide entre el nacimiento y los 6 meses de vida, el relevo de la posición depresiva que se ubica en continuidad, abre el juego al Edipo precoz. Ubicar sus descubrimientos cada vez más temprano, conduce al riesgo de considerar su cuerpo teórico dentro de las filas del innatismo, donde la estructura obedece a una causalidad de origen biológico que dirige todo el desarrollo posterior.

Construcción del objeto fóbico a partir del aporte de Lacan leyendo a Freud

El carácter del objeto en la fobia es el eje de variadas conceptualizaciones - objeto oral para muchos autores, objeto aterradorante o fetiche para otros-, que han proliferado a la hora de señalar la particularidad que tiene el objeto de la fobia en psicoanálisis.

El Seminario *La Relación de Objeto* ([1956-1957] 1994) le permite a Lacan precipitar en los años 1956-57 una afirmación nodular: el objeto en psicoanálisis debe caracterizarse como la falta de objeto. Esta aseveración hace resonar la propuesta del objeto perdido del deseo freudiano, tal como se mencionó antes.

Al cuestionar los antecedentes postfreudianos en torno a la conceptualización del objeto, Lacan introduce una serie de aportes fundamentales: reorganiza la clínica de la relación de objeto de manera original; articula tres formas de la falta (frustración, privación y castración) con

los tres órdenes (*Imaginario, Real, y Simbólico*) junto con otra tripartición, a saber, la acción, el objeto y el agente. Estas herramientas conceptuales pondrán de relieve el axioma freudiano desde donde parte Lacan, es decir, el objeto del psicoanálisis es el objeto perdido. Define las tres formas de la *falta de objeto* en relación con la *intervención paterna*: el padre amenaza, frustra o priva al niño de la madre, haciéndose preferir a la madre.

Sin poder detenernos en el desarrollo de estos ejes, mencionaremos que Lacan articula con estas tres formas de la falta el lugar del objeto alrededor del falo. Este Seminario otorga mayor énfasis a dos operaciones, a saber, la privación y la frustración llamando a la primera como falta fundamental. Notemos que definir a la mujer como privada del pene real, eleva esta falta a un nivel simbólico, dado que en lo real nada falta. El Otro materno sufre una falta en lo real, pero esta falta trata de un objeto que aporta el símbolo, y será el niño quien estará tentado en colmarla. Un primer binario, la presencia-ausencia materna, resulta nodular en la noción de frustración, entendida no como la denegación de un objeto de satisfacción, sino como la negación de un don, en la medida en que el don es símbolo del amor. El punto esencial es la asunción o no de la privación, ya que la privación materna es fundamental para la operación siguiente, la Castración, y en última instancia, la asunción o no de la castración materna, ya que el niño no es efectivamente el castrado. El falo como objeto simbólico de la estructura deviene imaginario gracias a la articulación entre estas dos operaciones: *Privación y Castración*. La falta, entendida en términos de Castración materna, alude a lo que se presenta como deseo en la madre. En otros términos, alude a su Castración. Esto es, la madre en tanto que sujeto correlativo a una falta, no la falta de ser, sino la falta de un objeto. En relación a la privación materna se sitúa la dialéctica atributiva de ser o no ser el objeto que obture dicha falta; es así que si lo es, el sujeto se coloca en una posición en la que obtiene ser un cebo, un señuelo del deseo del Otro, aquí materno. En esta dimensión se despliega la exploración de Lacan sobre el caso Juanito, que implica la respuesta del sujeto niño al enigma del objeto del deseo materno. Remitimos al lector al minucioso estudio que Rabinovich ha

establecido sobre este tema en su libro *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica* (Rabinovich, 1990).

La consideración del valor fálico del niño para la madre es visualizada por Lacan como momentos lógicos constitutivos, siendo la fobia y el fetichismo respuestas del sujeto a la Castración materna. El objeto fetiche y el objeto fálico deben leerse articulados a aquellos hitos subjetivos y sus resoluciones; como caminos sintomáticos posibles de la neurosis de la infancia, constituyéndose solo la fobia como el cierre de ese proceso. El objeto fetiche vela la ausencia y obtura la falta en la madre, ocupando el niño el lugar de objeto fetiche para ella. Un objeto de estructura metonímica, en oposición al objeto metafórico de la fobia que marca la disyunción, la distancia con el objeto del deseo materno a través de un significante fálico.

Distintas lecturas de la fobia infantil: niño lacaniano y el niño kleiniano

El abordaje de Lacan sobre el estatuto de la fobia en Freud articula dos lecturas: junto con los problemas originales que plantea el caso Juanito, capitaliza el desarrollo que hará en el Seminario IV sobre las relaciones de objeto (Lacan, ([1956-1957] 1994). Las orientaciones que presenta del caso resultan una vía regia a la hora de evaluar esa fuente enigmática del temor y sus conclusiones aportan una perspectiva luminosa para explorar qué nos ofrece Klein acerca del estatuto del objeto fálico en el marco de su teoría. Nuestro propósito en este apartado es poner en relieve en Lacan una teoría de la falta de objeto, en oposición a los teóricos de la relación de objeto, entre los cuales se inscribe nuestra autora.

El movimiento en esta época se localiza para Lacan en definir las coordenadas simbólicas del objeto, especialmente en su articulación con el significante, para culminar con la producción del objeto fálico a partir del análisis del Caso Juanito. La búsqueda conceptual de Lacan apunta a nombrar al objeto privilegiado del deseo, el falo como objeto significante, en el contexto de recrear la noción de inconsciente estructurado como un lenguaje. El lugar

del enigma frente al deseo de la madre tal como lo descubre Freud en Juanito, gira en torno a ser o no ser el objeto que colme ese deseo, en relación a un punto de falta en aquella.

El recorte que se hace aquí del Caso Juanito intenta articular, siguiendo a Lacan, dos líneas conceptuales que del historial se desprenden: el Complejo de Castración freudiano y la significación fálica. En tanto el Complejo de Castración es situado como nudo de la neurosis y como acceso del sujeto al deseo, puesto que está profundamente ligado al concepto de padre (Freud, [1925] 1996a). Así, Lacan introduce la función del padre articulada a la posición inicial del niño sosteniendo que

El niño se encuentra enfrentado a esta oscilación entre los dos polos de la relación imaginaria primitiva, de una forma que podemos llamar bruta, antes de la instauración de la relación en su legalidad edípica por la introducción del padre como sujeto, centro del orden y de posesión legítima (Freud, [1956-57]1994: 162)

Vale decir, esta cita nos presenta en la vida precoz del sujeto la alternancia de sus posiciones y sus significaciones respectivas, cuando es entregado el niño a la relación imaginaria, ya sea por la vía de la identificación con la mujer, ya sea ocupando el lugar del falo imaginario, ambas consecuencia de una simbolización insuficiente de la relación tercera. Alrededor de este punto se articulará para Lacan toda la dialéctica del progreso de la relación madre-niño, y sostendrá la hipótesis de que el niño no está solo en su entorno, que no es biológico sino un orden simbólico y legal. Serán estas particularidades las que darán entonces predominio a ese elemento de lo imaginario, que es el falo. Juanito se encuentra en un juego de engaños con su madre en torno al falo imaginario, siendo el falo en el momento de la escritura del Seminario IV, el objeto del deseo. Lacan muestra un desarrollo exhaustivo de la función de la madre en la estructura, sin olvidar el peso de la función paterna, desarrollo conceptual que gira en torno a la dialéctica fálica.

Lacan nos advierte que el sujeto niño se encuentra en plena perspectiva falicista imaginaria en la etapa pre-fóbica del desarrollo de Juanito. Juanito está fantaseando sobre el falo constantemente, no solo alrededor de su propio hace-pipi, sino también interpela a su madre sobre la presencia del falo en ella, en su padre, en los animales. El falo es el eje que organiza el mundo del niño,

siendo la situación fundamental que prevalece la relación pre-edípica del niño con la madre. Es por ello que el niño se sitúa entonces en distintas posiciones por las cuales se ve llevado a mantener este deseo de la madre, es decir,

[...] exactamente camelándola [...] como si él mismo le ofreciera el falo, en posiciones y grados diversos, puede identificarse con la madre, identificarse con el falo, identificarse con la madre portadora del falo, o presentarse como portador del falo [...] hay aquí la relación imaginaria que llamamos tramposa mediante el cual el niño le asegura a la madre que puede colmarla, no solo como niño, sino también sino también en cuanto al deseo y, por decirlo todo, en cuanto a lo que falta (Freud, [1956-1957]1994: 208)

Esta constelación fálica adquiere para Lacan el valor de situación estructurante para la economía psíquica del niño y releva su pregunta acerca del momento en que algo pone término en Juanito a la relación que así se sostiene. En esta dialéctica imaginaria se trata de una identificación del niño con el falo, identificación en este momento imaginaria. No solo se identifica con el falo, sino con la madre como portadora del falo, siendo el falo el pivote de su universo.

La madre hasta aquí es el personaje central en el despliegue de los elementos que juegan un papel clave en el desarrollo de la fobia de Juanito. El niño no sale de su dominio, del imperio de lo que permanece en las teorizaciones de Lacan como la madre real, una madre insaciable, que busca a quien devorar; es la madre de la fobia que nos ocupa, y la relación oral con la madre como devoración, en los dos modos del verbo, ser devorado por ella y devorarla. La ecuación niño-falo, como sustitución del falo que falta, en la pluma de Freud viene a completarse con la referencia de Lacan acerca de que el niño viene a ubicarse en el lugar de solución a esa falta femenina.

La fobia señala un momento decisivo para el niño, el problema es dónde se detiene el sujeto niño en relación al deseo materno, en un momento crucial que se asimila al juego del pavoneo sexual con toda la instrumentación cautivante y de seducción entre ambos partenaires. El valor clínico del concepto de engaño resulta en su máxima expresión en los juegos imaginarios que este niño desarrolla en el transcurso de su fobia. Juanito prolongaba su juego tramposo con esta madre mezclado con su identificación con ella, dando rienda suelta a toda clase de imaginarizaciones; estas expresaban desarrollos novelados

sobre sus relaciones con los niños que adopta como propios, mantiene una gama de relaciones presentadas en el plano de la ficción. La situación de Juanito en relación a su madre es esta: para satisfacerla fantasea todo el tiempo en ser el falo faltante, en una *situación de engaño*. El niño se encuentra en el paraíso del señuelo. Tal como lo sintetiza Lacan sobre el comportamiento de la madre con Juan “*a quien se lleva desde el baño hasta la cama, indica que el niño es para ella un apéndice indispensable (...) se las arregla para colocar al niño en un objeto de su placer*” (Lacan, ([1956-1957] 1994: 228). Es decir, el niño es tomado como una metonimia del deseo del falo de la madre. Lo cual introduce una cuestión que quedará fuera de nuestro alcance -la posición del niño en relación a la sexualidad femenina-, pero sitúa el comienzo del *drama* (Lacan, ([1956-1957] 1994: 244), donde la angustia es correlativa al *momento de suspensión del sujeto* (Lacan, ([1956-1957] 1994: 228).

Esta madre tan liberal, que sigue junto a su marido los preceptos psicoanalíticos a rajatablas, el laxismo educativo que parece haberse desprendido de una juntura poco feliz entre el psicoanálisis y la pedagogía, contribuía para brindarle a Juanito un clima de libertad. Pero, hay que situar cómo pasa de esta situación tan feliz al tropiezo de la fobia. Esta transformación se opera sobre un elemento esencial, el falo, otorgándole un momento de aparición bien localizado. En dos direcciones hace irrupción ese elemento pero en un estatuto novedoso, en tanto real, ya sea en el goce fálico del niño, ya sea en el nacimiento de su hermana, lo que prepara en alto grado la posibilidad de *quedar fuera de juego* (Lacan, 1994: 246). No obstante, la crisis se abre sobre un fondo más profundo, produciendo una desestabilización importante en la posición del pequeño con relación al falo. Estos elementos no son unívocos, y le permiten a Lacan privilegiar la intervención del pene real, que ya estaba en juego desde hacía un año antes del desarrollo de la fobia, cuando Juanito confiesa verbalmente a sus padres sus ejercicios de masturbación. Lo cierto es que esta madre tan liberal en materia de educación, se muestra horrorizada cuando interviene la cosita de hacer-pipi como real para el niño, es decir, cuando es convertido en un objeto de satisfacción sexual. Si el movimiento progresivo de aquella relación tramposa sostenía una identificación

perfecta del niño con el objeto del amor materno, un elemento aparece y produce la confrontación con el crecimiento: el fenómeno de la turgencia.

Algo se introduce, “*algo que se menea*”, que produce sensaciones orgásmicas para el niño y juega un papel como elemento de difícil integración. Aquí dirá Lacan en cuanto “*interviene su pulsión*”, su pene real, el niño cae engañado por su propio juego, ver como una trampa, lo que antaño fue el paraíso, confrontado a un dilema entre cumplir con una imagen y tener algo real que ofrecer. Más bien lo que tiene para su madre es algo miserable (Lacan, 1994: 240) y ello lo expresa junto a la amenaza proferida de cortarle la cosita de *hacer-pipi*. El registro real donde su pene se localiza ahora no concuerda con aquello por lo cual él era amado, quedando expulsado del campo imaginario donde, por el lugar que él ocupaba, la madre encontraba la forma de satisfacerse.

En la fase pre-edípica y en los albores del Edipo, se trata de que el niño asuma el falo como significante y de una forma que haga de él instrumento del orden simbólico de los intercambios, rector de la constitución de los linajes. Se trata en suma de que se enfrente al orden que hará de la función del padre la clave del drama. El problema aquí se define como un hecho de estructura: el ser o no ser el objeto que colme dicha falta y los modos de cubrirla imaginariamente, tal como son ilustrados por Freud en el Caso que eleva al estatuto de paradigma. Juanito se enfrenta a una hiancia abierta en él, que lo deja en un estado de pura pasividad, prisionero, a merced de las significaciones del Otro. Entonces, ¿cómo sale de este dilema sin ser devorado, o mordido? Crisis que, como sabemos, la resuelve la fobia que en Juanito ha tomado esta forma: “*tuve miedo de que un caballo me mordiera*”. (Freud, [1909] 1990: 22).

El niño lacaniano es un niño bajo una amenaza que encarna el caballo (Miller, 1993), derivación conceptual que desprendemos del desarrollo que Lacan establece en el transcurso del *Seminario IV*. Acaso la observación que Freud nos brinda de Juanito no pone en relieve la pregunta acerca de “¿*Qué es ser un padre?*”. En efecto, vemos cómo el síntoma fóbico resalta el defecto del padre que intenta suplir; al no existir otro elemento de mediación metafórica, el

caballo para Juanito es el significante elegido para suplir ese elemento tercero ausente y lo que importa en relación al padre en todo el recorrido del Seminario, es su función en el Complejo de Edipo. El caballo de Juanito es el objeto imaginario de su miedo, es el significante de “*su síntoma*”, “*su tontería*” como así lo enuncia (Freud, [1909]1990: 18). Es, sobre todo, un objeto que señala los límites del sujeto y da forma significativa a la angustia, precaviendo su relación con esta. El caballo prohíbe algo, en la medida en que la fobia es una protección contra la angustia; el caballo marca un umbral, esta es su función esencial. Ese elemento de umbral, de primera estructuración simbólica de la realidad, es la fobia.

El objeto de la fobia es un objeto animado, cobra vida, y el carácter significativo del objeto, radica en que son objetos concedidos por el lenguaje, por lo tanto estructurados por el lenguaje. El objeto fóbico es desplegado en su realidad imaginaria, pero es un significante entre otros, en tanto obedece a las leyes combinatorias de la cadena significativa.

Avancemos un paso más para visualizar que la fobia es considerada en el contexto del *Seminario IV* como una respuesta subjetiva, al ofrecer una distancia al sujetamiento materno a través de un objeto comodín (el caballo) donde se coagula una forma metafórica del falo. Es así que Lacan arriba hacia el final del Seminario al lugar del padre como significante, señalando que las diversas formas de responder al enigma del deseo materno revelan la insuficiente simbolización de esta relación tercera.

Lacan diversifica al padre en su articulación con los tres registros en Juanito. Desplaza en importancia al padre imaginario, ligado a la dialéctica de la agresividad, y acentúa la intervención del padre real en la resolución de la fobia, teniendo por detrás a Freud como padre simbólico. Nos dice

[...] el padre real debe asumir el juego de ganar [...] asumir la función de padre [...] en la medida en que cumpla su función imaginaria cuando se deja sentir su incidencia castradora, solo en esta perspectiva se vive el complejo de castración (Lacan, ([1956-1957] 1994: 267)

Siguiendo estas reflexiones podemos preguntar cómo Juanito puede soportar su pene real, la asunción de la función sexual viril, cuando en toda la

observación no aparece nada de la estructuración, de la fantasmática, de algo que se llame Castración.

Si la Castración merece ser distinguida en la historia de un sujeto, esta siempre está vinculada con la intervención del padre real. Esta operación puede estar profundamente marcada por su ausencia que, cuando se da, requiere de la sustitución del padre real por otra cosa y eso caracteriza su atipia. El Complejo de Castración es atravesado pero no plenamente asumido por Juanito (Lacan, ([1956-1957] 1994: 419), y el sujeto se introduce en una relación edípica atípica. No hay ninguna fase de simbolización del pene y Juanito podrá integrar su masculinidad darle legalidad heterosexual de su objeto, pero eso no legitima su posición. Esto es así por el mecanismo de la formación de la identificación con el falo materno, que es de un orden muy distinto y cuya desembocadura sería la formación de un Superyó típico vía la función del ideal de yo. En este Caso, sigue siendo el ideal de la madre, es decir, un sustituto del falo.

Miller (1993) nos introduce en la cura de Juanito como un proceso de simbolización sobre un elemento esencial: el falo, en resumen un pasaje del falo como imaginario al falo simbólico. El último fantasma de Juanito y el que cierra la cura y la observación, da cuenta de dicho pasaje. Siguiendo el texto freudiano del Caso, leemos el siguiente texto "*Yo estoy en la bañera, entonces viene el instalador y la destornilla (...) entonces toma un gran taladro y me lo mete en la panza*" (Freud, [1909] 1990: 55). El instalador desarrolla para Juanito una de las funciones del castrador al desmontar la bañera, y logra a través de la ficción un esquema de simbolización fundamental del Complejo de Castración (Miller, 1993). El proceso de creación de los fantasmas de Juanito debe pensarse como un mito en desarrollo, como un discurso. Juanito prosigue su elaboración sobre la incidencia significante que está ahí, no para representar la significación sino para completar las hiancias de una significación que no significa nada. Lo que a un nivel profundo representa la creación mítica para nuestro pequeño, es la de confrontarse a una situación de callejón sin salida y elaborar una respuesta. Lacan acentúa cómo a través de los mitos forjados por Juanito asistimos a una transición entre el paso de lo imaginario a lo simbólico,

donde el niño debe integrar lo real de su genitalidad. La fobia se produce en la medida en que Juan debe afrontar su Complejo de Edipo y ello exige una simbolización particularmente difícil.

Lo cierto es que es el análisis el que produce esa proliferación mítica y en ello encontramos a este padre, que no solo cumple con anotar las expresiones de su hijo para llevárselas a su maestro, sino que también interviene y, en ocasiones, con beneficiosos efectos. En el fragor de la fobia en marcha, el problema y su complejidad recaen sobre ambos. Creyendo a pie juntillas los instructivos que Freud le aportaba, este padre que por su carencia desanima Juanito, entre otras cosas acerca de la curación de su *"tontería"*, e interviene con algo de retraso. De hecho y a medida que progresa en el manejo de una técnica que ejercita sobre su hijo, paulatinamente se desprende de las certezas y verdades absolutas atribuidas a su maestro. En una observación final, padre e hijo están jugando y Juanito se contradice al hablar bajo las formulas *"Es verdad, no es verdad, da risa, pero aun así es muy serio"*, y casi esgrimiendo su propio fracaso le responde *"al fin y al cabo me tenías rencor"* (Lacan, 1994: 420). Intervención diferida que produce sus efectos en el niño, ya deja caer su caballito mientras el padre le está hablando. El diálogo ha caducado y Juanito se ha instalado en su nueva posición en el mundo; un hombre en potencia de concebir niños, capaz de engendrarlos en su imaginación. Una resolución curativa que va de la mano con la elaboración de la metáfora paterna (Miller, 1993: 17), que es acompañada por una sustitución; el dominio simbólico del significante padre por sobre el dominio imaginario de la madre. Hemos indicado cómo en la presente fobia la metáfora no se constituye de manera plena, sino oblicua, desviada.

La importancia que el objeto falo tiene en la obra de Klein ha ido más allá de lo que ella se ha propuesto, haciendo del objeto falo (derivado originario del pene paterno) el sucesor del pecho que llega a la experiencia del niño. Si hay algo que Lacan remarca en su lectura de los años 1956-57 es que en la concepción kleiniana hay algo mítico, al construir una situación originaria y caótica en el niño cuyo anárquico gobierno es establecido por el furor de la agresividad de las pulsiones. La luz que arroja Lacan es que este origen

fantasmático solo tiene un carácter retroactivo, “y que es en la construcción del sujeto donde lo vemos proyectarse sobre el pasado, a partir de puntos que pueden ser muy precoces” (Lacan, 1994: 67).

En este recorrido, podemos vislumbrar las dificultades en la teorización de Klein en el abordaje de la fobia, en la medida en que su teoría no puede delimitar la función paterna como legalizando el deseo materno. La metáfora productora de esta significación, el objeto como metafórico en relación a un Otro no barrado, enmarca una angustia que no se distingue del miedo. La importancia otorgada por Klein a las fobias en su despliegue teórico resulta imprecisa, y deja vacante el lugar otorgado al objeto y su articulación con el deseo. Esto lo mostraremos con la revisión de la fobia en el interior del Caso Fritz y los aportes conceptuales que se desprenden de esta rica experiencia clínica, recortada según los tres ejes conceptuales de síntoma, dirección de la cura y transferencia.

Caso Fritz: primeras observaciones psicoanalíticas en Klein

Tal como se mencionó antes, su primer trabajo presentado para ingresar a la Sociedad Psicoanalítica Húngara, consistió en el estudio de uno de sus hijos, Erich, -nombrado como Fritz-. Una versión refundida de esa intervención, se convirtió en su primer escrito, publicado a finales de 1920 con el título “La novela familiar *“in statu nascendi”* en el Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse. Un año después, una tercera versión de ese mismo trabajo apareció en Imago, bajo el título “El desarrollo de un niño”. Este artículo permite una lectura peculiar, puesto que ciertos desarreglos conceptuales conviven con la riqueza de sus descripciones, sin ocultar la fusión sin solución de continuidad entre los desarrollos freudianos, con los intercambios de Abraham y las conceptualizaciones a las que ella arriba. Entre los años 1919 y 1926, Klein presenta distintas viñetas del desarrollo del niño en conferencias y artículos, con el mismo nombre de Fritz.

En este apartado, presentaremos la caracterización de la fobia de Fritz, desde el artículo titulado *El desarrollo de un niño*, de 1921. Este trabajo de

Klein está dividido en dos grandes secciones. En la primera parte, introduce la idea de que el esclarecimiento sexual temprano y progresivo al niño pequeño permite prevenir represiones de la sexualidad infantil y sus elementos, siendo esto el fundamento de la salud mental, con el progreso del pensamiento a través de la independencia de los impulsos epistemofílicos de la autoridad paterna, y el desarrollo positivo del carácter posterior. Klein nos presenta los esclarecimientos dados a Fritz, como confirmación de su premisa, no obstante nos detendremos en los elementos que dan origen y solución a los síntomas que desarrolla el niño, mostrando cómo su clínica va a contramano de sus propias ideas. En la segunda parte del artículo, plantea la tesis del psicoanálisis temprano con niños menores de 6 años -a diferencia de lo sostenido por Hug-Hellmuth y otros analistas de la época- como una consecuencia lógica del análisis con adultos, ya que siempre retrotraen las causas de la neurosis a su vida sexual infantil.

Para demostrar las premisas tomadas de Ferenczi en relación al psicoanálisis y su influencia en la educación, da un ejemplo extenso de "*crianza con rasgos analíticos*" (Klein, s/f [1921]: 45), donde se presentan una serie de observaciones sobre el desarrollo mental de su hijo con ocasionales interpretaciones psicoanalíticas. Así, nos presenta a Fritz como un niño con un desarrollo mental lento antes de los 3 años, y con una clara curiosidad intelectual en distintos aspectos de su vida cotidiana y afectiva hacia los 4 años y medio. Esto es registrado por la autora como el desarrollo de un impulso epistemofílico, que se manifiesta en preguntas sobre distintos temas que dirigía a su madre analista -la propia Klein-, aunque en su artículo desdoble su figura en dos: la de la madre y la de la observadora psicoanalista. A estas preguntas se le respondía con "*la verdad absoluta, y, cuando era necesario, con una explicación científica adaptada a su entendimiento, pero tan breve como fuera posible*" (Klein, s/f [1921]: p. 4). Los temas de estos interrogantes varían en distintos momentos de la charla con su madre analista; en un primer período fueron preguntas relacionadas con el nacimiento, que surgen recurrentemente en las charlas en la forma de "*¿Cómo se hace una persona?*"; también el niño se interesa intensamente por averiguar cómo están hechas las cosas y su

funcionamiento interno, sobre la existencia de Dios y de las cosas en general. Klein sostiene que estas preguntas por el nacimiento remiten a preguntas por el origen, puesto que solo se le había explicado el papel de la madre en la concepción y el crecimiento en el cuerpo materno, y no el rol del padre.

Aquí debemos introducir un detalle que relata la propia autora. Cuando Klein presenta el caso en la Sociedad Psicoanalítica de Budapest en 1919 en este punto de sus observaciones, recibe la crítica de parte de Anton Freund de no haber tomado en cuenta el inconsciente, puesto que se había dedicado a analizar las preguntas conscientes, pero no aquellas inconscientes. Poco tiempo después de este señalamiento, Fritz comienza a mostrar cambios en su comportamiento, y presenta los verdaderos síntomas: se presenta taciturno y con inhibiciones, se aferra más a su madre aunque se aburría con su compañía y charla, presenta desagrado en hacer preguntas y en escuchar cuentos, deja de jugar solo y con sus amigos, presenta angustia al dormir y teme cruzar la calle.

Klein vuelve entonces sobre sus pasos, y retoma las preguntas estereotipadas que ahora forman parte de la rumiación del pensamiento del niño, y llega a la conclusión de que el impulso epistemofílico había entrado en contradicción con las tendencias a la represión y se decide a agregar la información faltante respecto de la función del padre en el acto de fecundación. Esto lo hizo a través de la idea de la fecundación en las plantas. Sin embargo, el niño mostró poco interés por la cuestión, y cuando ya estaba por abandonar el tema, Klein vuelve a la cuestión a través de un chiste y un pequeño cuento al darle una confitura al niño. Lo introdujo luego de un cuento infantil¹, que desde entonces el niño pidió que se le volviera a contar una y otra vez.

Así Fritz inició un período en que comenzó a contar con gran placer largas historias fantásticas y sueños diurnos, que reflejaban una actitud edípica hacia sus padres; también volvió a jugar con sus hermanos y sus amigos. En esta época las observaciones de Klein la llevan a detectar en Fritz la teoría infantil de que los niños se hacían con comida y que son como las heces. Esta ocasión es utilizada por la madre analista para explicar la diferencia entre los sexos e introducir la interdicción del incesto. En las conversaciones en este punto, el

niño cuenta la fantasía de dos motores (Klein, s/f [1921]: 36), que Klein interpreta reintroduciendo los impulsos dirigidos a la madre y al padre. El niño comienza a jugar intensamente junto al relato de sus fantasías. A los dos meses de esta charla, deja de jugar a sus juegos favoritos (indios y ladrones, y a jugar con otros chicos), y reaparece la angustia. Fritz, quien presentó terrores nocturnos entre los 2 y 3 años, ahora muestra miedo al dormirse y sobresaltos durante el sueño; también, en esa época disminuye su interés en contar cuentos y jugar, y muestra un empeño exagerado por aprender a leer. Asimismo, en el cierre de su observación incluye lo que Klein denomina una fobia ligera a los niños callejeros y miedo a cruzar la calle solo. Durante este período final de la observación, Klein comenta que había tenido pocas oportunidades para abordar estas angustias y preocupaciones en su hijo.

El niño freudiano y el niño de Klein: simetrías y contrastes

Como ya fue señalado, hacia fines de la Primera Guerra Mundial Klein comienza un análisis con Ferenczi en Budapest, experiencia que la joven analista capitalizará tiempo después. La transmisión de la “técnica activa” resulta una de las herramientas que su discípula expandirá, basándose en una determinada concepción de la realidad, al ofrecer instrumentos novedosos para la educación de los niños. Maravillada por los aportes de su analista, y prisionera de aquellas opiniones, se asigna la tarea de predicar y publicitar sobre los beneficios de una educación guiada por los principios del Psicoanálisis. Para darle fuerza probatoria a estos enunciados, de inmediato los importa a su actividad clínica y escribe con fervor resultados que aspira sean victoriosos. En el trabajo aquí comentado, su pluma lo testimonia en la primera parte con el subtítulo *La influencia del esclarecimiento sexual y el relajamiento de la autoridad en el desarrollo intelectual de los niños*; veremos después que hay grandes diferencias con la segunda parte, donde la penetración de Klein produjo virajes inusitados puesto que orienta el trabajo sobre el eje del esclarecimiento sexual y el correlato de las fantasías que produce el niño. Pero al interpretarlas, homologa las diferencias evolutivas sin

hacerlas corresponder con la singularidad de la estructura; así, las producciones infantiles resultan sin diferencias en un niño de cuatro años como en uno de doce. La relación entre cronología y estructura, que en Freud siempre fue estimada en dos tiempos requeridos para comprender las vicisitudes que la sexualidad importa a la vida psíquica, desaparecen. Para ella ha desaparecido el paraíso de la infancia, y los niños son movidos por impulsos sexuales por los que atraviesan con fuertes desilusiones. El trabajo de Klein, si bien otorga significación a esa producción fantástica, permite inscribir en una configuración simbólica las fantasías originarias: castración, seducción y escena primaria, adquieren para Klein valor particular con relación a la “*ontogenia de lo simbólico*” (Hartmann, 1992). Su noción de Edipo temprano constituyó la prueba mayor en la historia del psicoanálisis de la eficacia en la operación de estas fantasías universales.

Lo cierto es que el niño freudiano y el niño de Klein no fueron concebidos en la misma urdimbre teórica; en lo que sigue intentamos mostrar los aspectos más salientes de esas diferencias.

Tanto para Juanito como para Fritz, hay una sexualidad de la infancia y es en respuesta a su claudicación, que en determinado momento, confeccionarán una neurosis. Este también es el contexto de nuestro niño, Fritz.

Hay para Klein y para Freud un lugar anterior al amor, que es el odio, producto de la remoción de la pulsión de muerte: primero expulsa el pecho y después -como se verá más adelante- todas esas posesiones maternas. La curiosidad por estas posesiones será llamada por Klein impulso epistemofílico en la medida en que sería un deseo de conocer el interior del cuerpo materno. Ambos autores ubican, entonces, el sadismo como primario y fuente pulsional del impulso epistemofílico, que conduce a la búsqueda de saber. La autora presenta el deseo de saber en el niño, como un dato primario, y recurre a Fritz para corroborarlo. En esa amalgama de madre-analista se ve a Klein hurgando en las producciones de su hijo para identificar en él, los signos de la curiosidad sexual infantil, respecto a las figuras parentales, estando ella misma incluida.

El vocablo alemán *Wisstrieb* que traducimos como “*pulsión de saber*” es introducido por Freud para dar cuenta de la solución que puede encontrarle el

sujeto al enredo edípico. En este punto la consideración del misterio que para el niño supone la sexualidad, queda articulada con un rasgo propio de lo infantil, la curiosidad, puesto que toda curiosidad es sexual, al decir de Freud. El niño ha configurado de manera unívoca las respuestas a sus preguntas al acudir a la significación del falo como medida sobre la división de los sexos, y única política infantil acerca de un saber sobre el sexo.

El niño que nos presenta Klein en la figura de Fritz es un niño inmaduro y que a sus 4 años no habla como la media de su edad, argumento que la justifica para realizar su “observación analítica”, con el objeto de ampliar el mundo del niño a través de un diálogo al servicio de lo que Ferenczi denomina *principio de realidad*. Pero había en Klein -madre- un interés particular a la hora de indagar “el deseo de saber” de Erich (Fritz) y era que no sufriera las malas influencias que habían padecido sus hijos mayores, como consecuencia de la religión que profesaba su padre.

Fritz pregunta sobre las cosas que desea saber y Klein responde a todo lo que el niño interroga. El pequeño comienza con preguntas sobre la existencia o no de Dios, la diferencia de los sexos, cómo nacen los niños, interroga al mundo, se interesa por las heces y la orina. Interviene y asocia en ese espacio de diálogo con su hijo, la curiosidad *metafísica* del niño relativa a la existencia de Dios con la curiosidad *sexual (pulsión de saber)* que experimenta y al mismo tiempo reprime. La analista resuelve la confusión del pequeño y, ahorrándoles a los padres sus disputas ideológicas, hace decaer la autoridad de ellos como premisa para el desarrollo del libre pensamiento de su hijo-paciente. Una vez que Fritz supera la creencia en la omnipotencia de su pensamiento infantil y expresa cada vez mejor su deseo, Klein concluye con una visión optimista acerca de la vida infantil, y sostiene que el niño ha llegado a una inteligencia totalmente satisfactoria.

Ella veía, en esta estereotipia de las preguntas, nuevamente una detención en el desarrollo intelectual de su hijo, razón por la cual decide informarle “*sobre el desarrollo del feto dentro del cuerpo de la madre y el proceso del nacimiento, con todos los detalles que le interesaban*” (Klein, s/f [1921]: 28). Pero Fritz reacciona mal a esta información, no quiere escuchar demasiado la

explicación, dándole la razón a Freud, cuando dice que ante este tipo de explicaciones el niño o no las acepta o no las entiende. Sin embargo, Klein, persuadida de que la educación reprime la sexualidad infantil y determina la inhibición del pensamiento, recomienda la participación del psicoanálisis en la educación y extiende su militancia bajo el supuesto que un niño informado no reprimirá, y en consecuencia, no será neurótico.

Pero mientras que para Freud, el niño reprime este deseo de saber, como uno de los destinos de la pulsión, y construye las teorías sexuales infantiles que le permitan prescindir de un saber sobre la diferencia de los sexos, Klein va en un camino inverso. Su postulado educativo la conduce a poner en tensión el saber inconsciente del niño frente a la ilustración de los padres. Alimentar ese impulso epistemofílico en el niño, implica olvidar que el saber inconsciente se sostiene por un desconocimiento estructural como condición para la elaboración infantil y que la represión que sufre Fritz como ícono de lo infantil, no se confunde con la represión secundaria impuesta por la educación moralizante. La desorientación en Klein radica en no advertir que el resorte del Complejo de Edipo, no está ligado a la educación, sino íntegramente al inconsciente; esto es a la represión que lo funda, y que se reprime porque se habla, y no su inversa.

En efecto, el análisis de Fritz interpela justamente el lugar que Klein le otorga al deseo de saber del niño en la medida en que su clínica resulta ejemplificadora de un rechazo a ese saber. Después de presentar el caso en la Sociedad Psicoanalítica de Budapest, observa que el niño empieza a tener graves inhibiciones. Fritz desarrolla síntomas a pesar de haber “liberado sus fantasías” y ello anticipa una nueva dirección en la posición de Klein en la cura al determinar el abandono de la posición pedagógica y dirigir su escucha hacia una posición analítica.

Toda una sintomatología típica de la enfermedad natural de la infancia descrita por Freud (1990) hace aparición en el pequeño Fritz. Preguntas estereotipadas que se repetían, junto con una creciente rumiación denotaban un cambio. Su tristeza, rechazo hacia su madre, y desinterés generalizado la desorientan a Klein. Se volvió taciturno, mostró un marcado desagrado por

jugar, por escuchar los cuentos que lo deleitaban y un temor por salir a la calle, todo el inventario de lo que Klein llamaba fobias tempranas. Llegado este momento, podemos interrogar acerca de cuáles son los criterios de salud y enfermedad que la autora admite, cuáles sus propuestas terapéuticas, en la medida en que sugestivamente para esta autora los objetivos de un tratamiento psicoanalítico se confunden con una mera aplicación del psicoanálisis en el área pedagógico-educativa. De hecho atesoraba la ilusión de instaurar escuelas para niños dirigida por psicoanalistas, quienes con los conocimientos recién horneados, evitarían la predisposición patológica en la infancia.

La segunda parte de su trabajo *La resistencia del niño al esclarecimiento sexual* fue presentada en 1921 a la Sociedad Psicoanalítica de Berlín y se observa a diferencia de la anterior una visión mucho menos optimista acerca de la vida infantil. Este niño, al que sus padres ilustrados nunca habían reprimido o amenazado por sus juegos sexuales, se resistía sin embargo a todos los esclarecimientos, se negaba sencillamente a recibirlos. Leemos en Klein “*me convencí de que el poderoso impulso de investigación del niño había entrado en conflicto con su igualmente poderosa tendencia a la represión*”. (Klein, s/f [1921], p. 30). Pero acaso este detenimiento en pleno apogeo del Complejo de Edipo, y de la curiosidad sexual ¿no sufre un detenimiento frente a la confrontación del niño con la diferenciación sexual?

Klein nos ofrece una hipótesis clásicamente freudiana convertida en certeza: el inconsciente del niño nos confronta con otro saber, un saber enigmático que obedece a la fantasía y es rebelde al esclarecimiento, resistente al conocimiento en el sentido adaptativo de la realidad. El innatismo de este saber hace a su origen en la filogenia. Como madre era ella misma el objeto de deseo inconsciente para su hijo, y como analista fue gestora de la inhibición, al menos de una negativización sublimatoria de ese deseo de saber, por el sesgo de la interpretación. La búsqueda de Klein por hallar lo que inaugura la relación transferencial y hace posible el trabajo ulterior, la hizo creer en que era posible un contacto directo con la verdad inconsciente. Buscará entonces la ocasión propicia para brindarle a Erich lo que llama “*la información faltante*”.

¿No ha sido acaso esta amalgama madre-analista lo que podría explicar que no hubiera ninguna alusión al papel del padre? Esa falta de referencia a la función paterna se completa con la reducción del pene al papel de apéndice, en esa hipóstasis de la imagen materna, que encontramos y que siempre seguirá siendo extraña a Lacan. Es ella misma quien sospecha que a la etapa anterior de la educación analítica le faltó aclararle a Fritz cuál era el papel del padre en la fecundación, y eso lo atestiguan las preocupaciones obsesivas por el “origen”. Durante una conversación acerca de los distintos recorridos que realizan las cacas según Erich, llegará la desaparición de los síntomas.

Tal como se desglosa del presente trabajo, la madre kleiniana es una madre que contiene en su interior todos los objetos valiosos con los cuales el niño teje innumerables fantasías: el pene como objeto parcial, los órganos de procreación, el pecho, las heces, los niños, todos incluidos en el cuerpo materno. Madre evocada por Lacan en el *Seminario IV*, a propósito del desencadenamiento de la fobia de Juanito, como equiparable al padre de la horda primitiva; en la medida en que ella goza de todos los objetos que como posesiones maternas, la disponen más allá de lo fálico, como un objeto angustiante por excelencia en tanto poseedora de todo goce.

Si indagamos ciertas nociones en la obra kleiniana veremos, sin forzarlas, cómo el concepto de retaliación, ocupa la función que para Freud asume la Castración. Ambas operaciones psíquicas, sin ser sustituibles, revisten elementos diferenciales a nivel estructural. La Castración en Freud implica la castración de la madre y ella determinará la salida del Edipo del varón y por decepción, la entrada en la niña, determinando las posiciones sexuales para ambos en su salida del Edipo. Pero esta asimetría se produce solo a condición de la función del padre. Para Klein, de cuya teoría se desprende la sugestiva ausencia de la función del padre, el alejamiento de la madre se produce por temor a la retaliación, venganza de la madre que ha sido “descompletada” por el sadismo del niño. La Ley del Talión de donde deriva retaliación propone un juego (Fleischer, 1994).

Nos encontramos con un cuadro inhibitorio donde no aparece, como en Juanito, el nombre con que se denomina al sujeto de la angustia, en un

significante que sustituye al Nombre-del-padre, como medida de protección frente a los embates de la proximidad materna. Ningún comodín le fue al paso a Erick. Requirió de su propia elaboración y de ese movimiento donde la madre sede paso a la analista y al padre. Literalmente, cierra la boca y da curso a las elaboraciones de Fritz. Las inhibiciones de Fritz operaron como estructura que ordena los límites del mundo, al igual en su función, que la fobia de Juanito. Un cuarto elemento debió operar para habilitar las ficciones que pudo fabricar vía su fobia.

El papel inhibitorio de la fobia de Juanito que destaca Freud, es correlativo a su primera teoría de la angustia, donde la represión crea la angustia. Una concepción muy atrayente para impulsar lo que llamaríamos una “*liberación sexual*”, en lo tocante a la educación de los niños. Es en el desarrollo del historial donde Freud deja en reserva el complicado lugar de encuentro entre la educación y el psicoanálisis y si derivará en consecuencias prácticas para el pedagogo, los esclarecimientos obtenidos por el psicoanálisis. Concluirá treinta años después (Freud, [1933] 1991), que la profilaxis de la neurosis es una tarea irrealizable y que la única medida profiláctica más eficaz para el niño es el análisis personal de los educadores. Freud mismo ha propuesto desligar el desarrollo de Hans de los “*pecados educativos*” de sostener sin reservas el deseo investigativo y epistemofílico del niño, al divisar los abusos de saber que la asimetría del rol indudablemente favorece y estimula (Borgogno, 2006).

Conclusiones

En la revisión de términos que hemos hecho en este capítulo, los distintos autores coinciden en definir a Klein no como una puericultora sino por elevar al niño a la dignidad del discurso analítico al tomarlo por el sesgo del sujeto; también, al identificar en este los puntos de goce, en una lectura peculiar de la pulsión de muerte freudiana. Mediante los juegos con esta analista, los niños hacían carne de las fantasías freudianas casi sin disfraz. Klein trabajaba sin saber, para cernir lo irrepresentable en un intento siempre renovado de lo que escapa a la articulación simbólica y su dialéctica. Será Lacan ([1954]1998)

quien la elogie por considerar que, con su práctica, esta autora se ubicó más cerca del eje del descubrimiento freudiano.

Su lectura puede resultar latosa para quienes no penetren en su universo teórico, pero su valor y su insistencia en la clínica adquiere una dimensión nueva al leerla desde el contexto histórico de su época y advertir que el sostener los hallazgos del psicoanálisis promoverían la creación de una nueva Psicología del Niño.

Inicialmente esta autodidacta -dado que Klein no tenía títulos académicos-, atesoraba la ilusión de instaurar escuelas dirigida por psicoanalistas, quienes con el criterio y los conocimientos psicoanalíticos recién horneados, pudiera ayudar a que los niños tuvieran menos dificultades en su desarrollo intelectual y una vida anímica sin sobresaltos. No obstante, es notorio ver como Klein varía de la posición pedagógica inicial a la analítica en el devenir mismo de su escucha, lo que le permite superar la inquebrantable rigidez de Anna Freud en torno a su modalidad de intervención. En efecto, emancipa, dentro de su cuerpo teórico, los conceptos fundamentales que dan forma a ese mundo interno en el niño, donde un Superyó temprano, fantasías originarias y la envidia primaria conforman un a priori cuasi embrionario. Su noción de Edipo temprano constituyó la prueba mayor en la historia del psicoanálisis de la eficacia en la operación de estas fantasías universales.

El niño kleiniano no es inocente a la manera de Rousseau, ni perverso polimorfo a la manera de Freud. La excitación y la curiosidad sexuales efectivamente perversas polimorfas que subtienden la neurosis según Freud, en Klein se abren hacia la grieta del inconciente *“de la represión primaria, tal como se hace oír en el niño, tal como fracasa en el psicótico, tal como se pone de manifiesto en los estados límite”* (Kristeva, s/f [2008]: 38). El aporte que esta autora desarrolla acerca del abordaje del niño en tanto objeto, resulta inestimable en el punto en que la construcción de las fantasías y el inicio de la neurosis infantil se configuran en el marco del Edipo temprano como estructurantes. Esta modalidad de goce en el niño -cuyo inicio Klein la ubica en relación a las teorías sexuales- ingresa al sumario del Edipo temprano. En ese

punto podríamos decir que cuando un análisis termina para Klein, comienza para otras lecturas psicoanalíticas.

Notas

1. Cuento de *Los tres deseos*, donde a la mujer de un granjero le crece una salchicha en la nariz por el deseo de su marido.

Referencias Bibliográficas

Abraham, K. (1959). *Un breve estudio de la evolución de la libido, considerado a la luz de los trastornos mentales. Psicoanálisis Clínico*. Buenos Aires: Hormé.

Borgogno, F. (2006). El “Pequeño Hans” revisado: homenaje a “un hombre invisible”. *Rev. Psicoanálisis APdeBA, Vol. XXVIII, N° 1*.

Fleischer, D. (1994). *Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del Superyó*. Versión Digital. Recuperado de: http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/electivas/051_inglesa1/descargas/primeros_estadios.doc.

Freud, S. ([1896]1998a). Manuscrito K. Las Neuropsicosis de defensa. En *Obras Completas. Vol. 1*. (pp. 260-273). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1925]1997). La negación. En *Obras Completas. Vol. XIX*. (pp. 249-257). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1925]1996a). Presentación Autobiográfica. En *Obras Completas. Vol. XX*. (pp.1-70). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1926]1996b). Inhibición, Síntoma y Angustia. En *Obras Completas. Vol. XX*. (pp. 71-164). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1933]1992). Nuevas Conferencias de Introducción al Psicoanálisis 34^a Conferencia: Esclarecimientos, aplicaciones, orientaciones. En *Obras Completas. Vol. XXII* (pp. 126-145). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1915]1992) Pulsiones y destinos de pulsión. En *Obras Completas*. Vol. XIV (pp. 105-134). Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1909]1990). Análisis de la fobia de un niño de 5 años. En *Obras Completas*. Vol. X (pp. 1-18). Buenos Aires: Amorrortu.

Hartmann, A. (1992). *En busca del niño en la estructura*. Colección Estudios de psicoanálisis. Buenos Aires: Manantial.

Klein, M. ([1952]1997). *Algunas contribuciones teóricas sobre la vida emocional del lactante*. Buenos Aires: Paidós.

--- (1983). *Contribuciones al psicoanálisis*. Tomo II. Buenos Aires: Paidós.

--- (s/f [1921]). *El Desarrollo de un Niño*. Versión digital. Recuperada de: <http://espanol.free-ebooks.net/ebook/El-desarrollo-de-un-nino/pdf/view>.

Kristeva, J. (s/f [2008]). *El genio femenino. La vida, la locura, las palabras. Tomo 2: Melanie Klein*. Versión digitalizada. Recuperado de: <http://bit.ly/1iPtc5L>.

Lacan, J. ([1956-57]1994). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro 4: La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós.

--- (1998/ 1954). *El Seminario de Jacques Lacan. Libro I: Los Escritos Técnicos de Freud*. Buenos Aires: Paidós.

Miller, J.-A. (1993). II Jornadas anuales de la EOL, *La lógica de la cura*, 27 a 29 de agosto.

Niño, M. V. (2010). "Melanie Klein. Su vida y su obra". *Rev. Psicoanálisis XXII* (2); 51-58.

Rabinovich, D. (1990). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Manantial.

CAPÍTULO 6

ANÁLISIS DE DOS VERSIONES DE LA ZOOFobia INFANTIL EN EL MARCO DEL *SEMINARIO IV* DE LACAN

Nora Cecilia Carbone, Gastón Pablo Piazzese, María Cristina Piro

Introducción

El objetivo de este capítulo es examinar las coordenadas del surgimiento y la función de la fobia infantil, así como las diferencias que encuentra esta particular respuesta en la niña y en el varón.

Para ello tomaremos como referencia el *Seminario IV* de Lacan, en donde este aborda, en el marco de su teoría de la falta de objeto, dos casos clínicos: Sandy y Juanito. Definida la fobia como “*una muralla contra el abismo de la castración materna*”, intentaremos precisar cómo se singulariza el crucial encuentro del sujeto con esta dimensión de la falta en cada uno de ellos. Así, partiendo de una premisa común, se pondrán en juego tanto “*algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica*” como lo propio de una respuesta cuya tipicidad o atipicidad habrá que establecer.

Contextualización del *Seminario IV*

Como es sabido, en los años 56-57, Lacan dedica su seminario al estudio de *la relación de objeto*. En las primeras clases del mismo introduce la cuestión del objeto destacando lo que esta noción le debe al propio Freud. Retoma entonces la última parte de los *Tres ensayos para una teoría sexual*, en donde su maestro hacía referencia al *reencuentro del objeto*:

Freud insiste en que para el hombre, no hay ninguna otra forma de encontrar el objeto sino la continuación de una tendencia en la que se trata de un objeto perdido, un objeto que hay que volver a encontrar. No se trata en absoluto del

objeto considerado por la teoría moderna como objeto plenamente satisfactorio, el objeto típico, el objeto por excelencia, el objeto armónico, el objeto que da al hombre una base para una realidad adecuada, prueba de madurez –el famoso objeto genital [...] sino de un objeto perdido [...] el sujeto está unido con el objeto perdido por una nostalgia, y a través de ella se ejerce todo el esfuerzo de su búsqueda (Lacan, [1956-1957] 2012: 14-15)

El párrafo citado demuestra que, en sintonía con el espíritu freudiano, Lacan se opone a toda idea de complementariedad entre el sujeto y el objeto. El análisis, tal como él lo concibe, supone introducir una noción funcional del objeto de una índole muy diferente a la de un mero correlato del sujeto. No se trata entonces de una simple coaptación del objeto con determinada demanda del sujeto, sino, por el contrario, de una discordancia, de una distancia que solo tiene lugar sobre un fondo de angustia. En esa perspectiva, se perfila la función del objeto encontrado: un instrumento destinado a enmascarar, a modo de una protección, el fondo fundamental de angustia que caracteriza a la relación del sujeto con el mundo. La fobia freudiana vendrá a ilustrar, como lo veremos, esta tesis.

Se evidencia de este modo cómo, para Lacan, la cuestión esencial de la teoría del objeto gira en torno a la falta. Esto lo conduce, inevitablemente, a plantear el problema de la castración, lo que significa que el elemento prevaeciente es el falo.

Ahora bien, el *Seminario IV* nos ofrece una clave para pensar la constitución de la relación de objeto y sus nexos con el falo freudiano: la castración materna. Es esto lo que Lacan captura en su matema DM, que se refiere al Deseo de la Madre como mujer. Es decir, a la castración femenina, o sea a la madre como sujeto correlativo de la falta de un objeto. A partir de allí, la cuestión infantil y, en la misma medida, el problema fundamental del psicoanálisis con niños, reside en cómo el infante se inscribe en esa relación, es decir, cómo sacia el deseo de la madre con respecto a su falta. De esta manera, cuando en la primera parte del seminario elabora los distintos modos de esa falta -castración, frustración, privación-, lo que se propone es desarrollar la teoría según la cual resulta determinante para un sujeto la relación de la mujer con su falta.

En efecto, tal como lo afirma Jacques-Alain Miller, este es un seminario sobre la sexualidad femenina, a saber, sobre la mujer en relación con el falo, o sea, con el significativo falo que hace de ella un ser en falta. Pero por ello es también un seminario sobre el niño, en la medida en que, como lo indica la conocida ecuación freudiana, este es una solución a esa falta femenina. Solución insuficiente, cuyos avatares serán cruciales para la constitución de la posición sexuada del niño, tanto el macho como la hembra.

Se advierte de esta forma que la noción de falta de objeto es lo que permite a Lacan organizar la experiencia preedípica de la que hablaba Freud en Tres ensayos:

[...] no hay nada en el desarrollo del niño, y precisamente en su relación con las imágenes sexuales, que indique que ya están construidos los carriles del libre acceso del hombre a la mujer y viceversa. No se trata en absoluto de un encuentro obstaculizado tan solo por los accidentes que puedan producirse por el camino. Lo que dice Freud es todo lo contrario, o sea que las teorías sexuales infantiles, cuya huella quedará impresa en el desarrollo de un sujeto, en toda su historia, todo lo que será para él la relación entre los sexos, están relacionadas con la primera maduración del estado genital, la cual se produce antes del desarrollo completo del Edipo, o sea la fase fálica (llamada así) porque en el plano imaginario solo hay una representación primitiva del estado, del estadio genital –el falo en cuanto tal (Lacan, [1956-1957] 1994: 52)

El *Penisneid*, como uno de los datos fundamentales de la relación preedípica, supone que una vez advertida la falta materna, el niño se consagra a un juego en donde se presenta a la madre cómo si él mismo le ofreciera el falo, en posiciones diversas, intentando colmar, o más bien engañar, a su deseo. Esta situación, definida como *estructurante*, llega a su fin cuando el complejo de castración traslada al registro simbólico todo lo que estaba en juego con el falo en el plano puramente imaginario. Para ello se requiere de la intervención del padre real, quien introduce el orden simbólico con sus defensas. Nos encontramos en el punto culminante del complejo de Edipo, momento a partir del cual la madre es vivida y considerada en función del padre:

Por una parte, en las relaciones con la madre ocurre algo que introduce al padre como factor simbólico. Él es quien posee a la madre, quien goza de ella legítimamente [...]. Por otra parte, hay algo cuya función es hacer entrar en el juego de los instintos del sujeto y en la asunción que éste hace de sus funciones una significación especial (Lacan, [1956-1957] 1994: 399)

Lo dicho expresa de modo contundente la función normativa del Edipo, como aquella que, a la vez que deja al niño al margen de la pareja parental, sienta las bases fantasmáticas de las futuras relaciones de objeto e instala al sujeto en un compás de espera hasta su segundo encuentro con el sexo.

Sin embargo, Lacan destaca el carácter problemático de esta función que a veces puede debilitarse o fragmentarse, lo que pone de relieve el sesgo más patógeno que normativo del Edipo. Es allí en donde las neurosis, e incluso la perversión, encuentran su estructura y su función. El caso de la fobia infantil, privilegiado por Lacan, constituye una vía de acceso fecunda para la exploración de las vicisitudes de la constitución de la relación de objeto y de la asunción de la posición sexuada. Nos ocuparemos de ello a continuación.

Un caso de fobia en una niña: del temor a los perros a la *girl-phallus*

Tomemos en primer lugar a Sandy. Es un caso al que Lacan recurre para ejemplificar y distinguir los tres niveles de la falta de objeto, a saber, privación, frustración y castración. Para ello se vale del relato que una de las alumnas de Anna Freud, Annelise Schnurmann hace sobre el desarrollo de una fobia en una niña de dos años y medio. La observación, registrada en 1942, en plena segunda guerra mundial, comienza en el momento en que la pequeña Sandy descubre los genitales masculinos: constata que los varones tienen un “hace-pipi” e inmediatamente se ubica en posición de rivalidad -quiere imitarlos y manipularles el miembro-. Cabe destacar que si bien esta asunción por parte del sujeto de la diferencia anatómica en términos de falta, origina el drama que Freud formalizó bajo el nombre de “*penis-neid*” (“*me falta y quiero tenerlo*”) no acarrea sin embargo el nacimiento de la angustia.

Por otra parte, la niña se encuentra en una *nursery*, separada de su madre, quién la visita regularmente, presentándose con pequeños juegos de aproximación, como acercarse en puntas de pie o hacer notar su llegada con ocultamientos y apariciones, al modo del cucú. Es en este juego de presencia-

ausencia regular donde Lacan ubica la función de la madre simbólica, aquella por la cual el niño se incluye como objeto de su amor y aprehende a su vez que él también le procura placer. Verificación que se produce en la medida en que su presencia controla, por poco que sea, la presencia de quién le es necesaria. Una noche, Sandy despierta presa del terror: hay un perro en su cama. Días más tarde, esa primera nominación de la angustia se articula en una expresión clara, "*perrito morder pierna niño malo*" y se transforma en un miedo a los perros en la calle.

Al respecto, Lacan se formula dos preguntas. En primer lugar, se interroga sobre las coordenadas que hacen posible la aparición de la fobia. En segundo lugar, se plantea el por qué el perro como objeto fóbico.

El mes precedente a la eclosión de la fobia, la madre había dejado de acudir a visitar a su hija debido a una enfermedad por la cual tuvo que ser operada. Cuando vuelve, ya no es la misma: está débil, se apoya en un bastón, no tiene la alegría ni la presencia acostumbradas y, por sobre todo, sus visitas pierden su regularidad semanal. Es la conjunción de esta ruptura en el ritmo alternado de las idas y venidas de su madre con el afalicismo de la niña descubierto un tiempo antes lo que se sitúa como la coyuntura eficaz para la precipitación de la fobia. Toda la situación, ocurrida en el límite de la relación edípica, muestra el interjuego de una doble decepción imaginaria: localización por parte de la niña del falo que le falta y luego, en un segundo tiempo, percepción de que la madre también carece de falo. Relación insostenible que solo encuentra salida en la inclusión de un nuevo término que instaure un universo concebible, simbólicamente vivible para el sujeto.

Así, para Lacan, la fobia surge a partir del momento en que se verifica la carencia fálica de la madre, y cumple la función de posibilitar a la niña el atravesamiento de la crisis en la que esta había entrado ante la impotencia materna. El objeto fóbico, el perro mordedor, constituye el elemento simbólico que permite cernir el afecto desmesurado que embarga al sujeto en el momento del pasaje de la madre simbólica a la madre real y sustituirlo por miedo. Se trata de un articulador esencial que actúa como el agente que retira algo cuya ausencia había sido ya admitida.

Hasta aquí, la lectura del caso tal como la propone Lacan. Si se siguen los ejes planteados por él respecto de la eclosión de la fobia, sorprende que no haya tomado en cuenta un aspecto reportado por Schnurmann en la observación: días antes de la irrupción de la fobia, mientras la niña era bañada, se metió un trozo de jabón en el sexo. Al respecto, la analista señala que *“el dolor que le ocasionó hizo que estuviese trastornada y asustada durante un buen rato y (que) se necesitara un buen tiempo para calmarla”*.

Cabe interrogarse sobre el estatuto de este “dolor” que la analista supone que está a la base del susto. ¿Acaso podría acercarse a la experiencia a la que Lacan llama, en Juanito, la *irrupción del pene en lo real*? En términos del Freud de los años ‘20, ¿no se trataría de volúmenes hipertróficos de excitación que provocan la ruptura de la barrera de protección antiestímulo y dan lugar a un esfuerzo del aparato por ligar el excedente pulsional? Si así fuera, la fobia podría considerarse como una respuesta en la niña, no solo a la encrucijada simbólica-imaginaria relativa a las vicisitudes del vínculo con su madre, sino también a un goce que se presenta en su propio cuerpo como disruptivo. Volveremos sobre ello más adelante.

En cuanto al interrogante concerniente a la elección del perro como objeto de la fobia, Lacan parece destacar la figura del animal en su valor totémico. Como dijimos anteriormente, la imagen del perro castrador posee una potencia que permite justificar la ausencia de lo que está ausente, por el hecho de haber sido mordido, quitado. En el caso Juanito irá más lejos, situando el origen de la elección del significante caballo en relación con las leyes del lenguaje.

Por otra parte, cabe agregar que el perro se afirma como objeto fóbico a partir de una identificación viril: camino a la escuela, algunos niños juegan con un perro callejero. Annelisse Schnurmann les advierte que si lo asustan puede morderlos. Luego, Sandy dice *“perrito, morder, niño, Bobby, mamá”*, incluyendo a su madre en la serie de los castrados, para finalmente enunciar la frase más larga pronunciada hasta entonces: *“perrito morder pierna niño malo”*. A continuación, muestra varias veces su dedo intacto diciendo *“todo bien”* y se lanza a una serie de actividades varoniles y agresivas, como manipular martillos, clavos y sierras, utilizadas exclusivamente por dos niños bravucones.

Doblemente identificada al perro y al niño, se advierte de qué modo el elemento masculino tiene aquí un lugar preponderante en la conformación del objeto fóbico, como lo tendrá en Juanito el componente femenino.

El desenlace del caso muestra que la articulación de este fantasma fálico tiene un carácter provisorio: la fobia cesa cuando la madre recupera a su hija y vuelve a casarse. La niña se encuentra con un nuevo padre, que introduce ahora el elemento simbólico situado más allá de las relaciones de Sandy con su madre y que extrae la noción de potencia de su implicación en ella. La presencia del padre satura lo que antes saturaba la fobia, es decir, la impotencia materna. Ahora la niña no necesita recurrir al fantasma fálico de la fobia para colmar ninguna necesidad esencial. *“El padre está allí y con él basta”*, basta para mantener entre los tres términos de la relación madre-niño-falo un margen suficiente, un límite, una distancia. Puede señalarse que la madre que sucede a la madre simbólica del juego inicial de presencia-ausencia, y luego a la madre real, todopoderosa por su ausencia imprevisible, es una madre privada del falo. Este es el resultado de la interpretación, por parte de la niña, del trauma: la madre, los varones y ella misma han sido castrados por el *“guauguau”*. Esta teoría inconsciente de la castración –un agente mordedor les sacó el pene a ambas- da un giro a partir del movimiento deseante de la madre, cuando esta encuentra un hombre. Como dice Geneviève Morel:

El progreso decisivo se produce con la elaboración generada por la crisis. Se trata de un enigma provocado por el hecho de que la madre real y todopoderosa (llamada fálica) ha sufrido una pérdida. Aunque física y visible en la imagen de la madre (cojera), esta pérdida, sin embargo no se percibe como genital. El falo recién llega a nombrar la privación anatómica materna y el deseo de la madre por un hombre cuando la niña vincula su propia falta de pene, la pérdida sufrida por la madre real y el agente mordedor [...] Este proceso requiere toda la fobia. Ese es el verdadero paso simbólico dado por el sujeto, el que lo lleva a la teoría infantil femenino=castrado (Morel, [2000] 2002: 102)

Por otro lado, Sandy se presta a toda una serie de juegos a la vez de adoración y de violencia por parte de su nuevo hermano, un muchachito cinco años mayor que ella, hijo de su padrastro, para quien la niña se convierte en un centro de estima. Al mismo tiempo, la madre no esconde su preferencia por Sandy respecto del hermano. De este modo, adorada por su hermanastro y

predilecta de su madre, Sandy se transforma en un objeto valioso, matriz fantasmática que anticipa su posición frente al sexo: “*Seguramente se convertirá en esa girl-phallus de la que tanto se habla*”, señala Lacan dejando abierta la incógnita sobre los escollos imaginarios que podrá encontrar en este camino a “*ser el fallo*” simbólico. ¿Sabrá Sandy hacer “*uso*” del patrón fálico que porta el fantasma sin quedar atrapada en la identificación imaginaria con él? Por lo demás, el interés que demuestra la pequeña por los moños, anteojos y vestimentas, constituye un relicto de la travesía realizada en la vertiente del “*tener*” y se integra como un elemento de coquetería a la incipiente posición femenina. Pero el punto de llegada, “*preñado de posibilidades patológicas*”, acaso no pueda expresarse de mejor modo que en la frase que lanza a su hermano cuando este, en un juego con franca connotación sexual, intenta levantarle el vestido: “*Nadie tiene ganas de verme desnuda*”, exclama altiva, planteando un enigma cuyo develamiento quedará en suspenso hasta que el segundo encuentro con lo real del sexo la convoque a dar una respuesta que la sitúe, ya sea del lado de la histeria, ya sea del lado de la femineidad.

Juanito: de la “tontería” a un padre capaz de engendrar

Pasemos ahora a Juanito. Como indica Miller, en la composición del Seminario IV el caso Sandy hace las veces de una “*célula musical*” de lo que, a continuación, se despliega en Hans como una “*enorme sinfonía*”. Si esto quiere decir que ambos casos responden a una estructura común, cabe no obstante introducir la pregunta por el sesgo diferencial que imprimen tanto la diversidad anatómica como lo singular de la respuesta subjetiva.

Para comenzar este contrapunto, podríamos detenernos en algunas consideraciones de orden general: en el caso Juanito, se trata de una fobia consolidada que, desde lo que Freud llama “*la enfermedad en sentido práctico*”, interfiere ostensiblemente en la vida cotidiana del niño. En Sandy, el síntoma no llega a cristalizarse, sino que, como dice Lacan, consiste más bien en un “*esbozo*” de fobia, que languidece a los pocos días, sin alcanzar un pleno desarrollo. ¿Cuáles son las razones de tal diferencia? En primer lugar, no debe

soslayarse el hecho de que Juanito habla, y lo hace con mucha desenvoltura, mientras que Sandy balbucea, y apenas comienza a armar frases completas y cuasi gramaticales. Esta distancia no es ajena, a su vez, al modo en que uno y otro caso fueron complementados por las figuras a cargo de su abordaje. Para Sandy, Annelisse Schnurmann ocupa el lugar de una madre sustituta que la acompaña permanentemente y toma nota con minuciosidad de lo todo lo sucedido. Así, el hecho de que se trate de una fobia abortada es correlativo de una posición en la que prima la observación del comportamiento más que el despliegue de la palabra. La situación es diferente para Juanito, cuya fobia está “*en marcha*” y donde la intervención del padre, aunque siempre desencaminada, permite la proliferación de fantasmas imaginarios que dan paso a una articulación simbólica. La palabra está allí en primer plano, y su progreso en el dispositivo resultará decisivo en la organización del mundo simbólico del niño.

Al referirse a este caso príncipe de la obra freudiana, Lacan se interesa, como lo hizo con Sandy, por situar los ejes del desencadenamiento de la angustia del pequeño. En ese contexto, encontramos la siguiente definición de este particular afecto:

[...] la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse. La angustia es esto (Lacan, [1956-1957]1994: 228)

Lacan localiza la emergencia de la angustia en Juanito a partir del momento cuando interviene la pulsión, el pene real. Ubica allí el punto de ruptura en la relación idílica, de señuelo, que hasta entonces mantenía con su madre. Queda confrontado así a la brecha enorme que hay entre satisfacer a una imagen y tener algo real para presentar efectivamente.

Sin embargo, si nos atenemos al texto de Freud, queda claro que el interés - tanto teórico como práctico- del niño por su miembro se remonta a los tres años y medio, es decir quince meses antes de la aparición de la fobia. Puede decirse entonces que la erección del pene no bastó para desencadenar la angustia. Si seguimos con atención el historial encontramos que a los cuatro años y tres

meses tiene lugar lo que Freud denomina el “primer intento de seducción” de Juanito hacia su madre: cuando esta lo está secando luego del baño, el niño le pide que le toque la “*cosita*”. Su madre rechaza este pedido sancionándolo como una “*porquería*” y como algo que no se debe hacer porque es “indecente”. Seis meses después, tres días antes de la irrupción de la fobia, se produce el llamado segundo intento de seducción: Juanito se encarama por la mañana en la cama de su madre y le dice: “¿Sabes lo que dijo una vez tía M.? Pues dijo: *qué cosita más linda tiene*”.

La conjunción de ambas frases (“*es una porquería*” y “*qué cosita más linda tiene*”) abre para el sujeto la dimensión de una significación cuyo significado queda en suspenso; momento en el que ya no sabe dónde está para el Otro. En este seminario, dicho momento es pensado en función del pasaje de la madre simbólica a la madre real, es decir del encuentro del sujeto con la castración materna, en la medida en que la madre comienza a responder a su arbitrio y ya no permite al niño verificar que es él quien le aporta una satisfacción amorosa. Más adelante, este punto de enigma será conceptualizado por Lacan en términos de apertura del deseo del Otro.

¿Cómo articular estos dos elementos, a saber, el componente real que trae al ruedo la aparición de la turgencia del pene, y el componente imaginario que supone la apertura del deseo materno? Como señala Lacan, Juanito se enfrenta al problema de integrar la existencia del pene real, la existencia distinta de un pene que puede volverse grande o pequeño, pero que también es el pene de los pequeños y de los mayores. Es en esa encrucijada entre “*lo que se menea solo*” y lo que puede ofrecer efectivamente a su madre, en la que se encuentra nuestro sujeto.

En el momento en que Juan se encuentra más en condiciones de responder *cash* a ese juego, quiero decir de mostrar al fin, y de verdad, en el estado más glorioso de su pequeña verga, es rechazado. Su madre le dice literalmente que no solo está prohibido, sino que es una *Schweinerei*, una chanchada, algo repugnante. (Lacan, [1956-1957]1994: 308)

Esta situación, de la que solo podría sacarlo la intervención del padre del Edipo, se convierte en un atolladero dada la insuficiencia paterna para aportar una dimensión nueva a la relación del niño con la madre y hacer entrar en el

juego de los instintos del sujeto y en la asunción que este hace de sus funciones, una significación esencial. Es esa carencia del padre a la hora de cumplir con su función, la que hace necesaria la fobia. Volveremos luego sobre este punto.

Al igual que en el caso Sandy, Lacan se pregunta por la elección del significante “*caballo*”. Pero a diferencia del punto de vista respecto de aquel, en donde privilegiaba el carácter totémico del animal mordedor, aquí nos brinda una lección magistral sobre el funcionamiento del inconsciente según las leyes del lenguaje. Leyendo atentamente el historial, nos recuerda que el propio niño se ocupó de mostrarnos el origen del agente fóbico al indicar en qué momento creía haber “*pescado la tontería*”: en una conversación con su padre, Juanito se ocupa de detallar las relaciones del caballo con los carros [*wagen*]. Destaca entonces que el caballo es algo que se puede enganchar y que puede arrastrar un carro. En el mismo momento que articula esto a propósito del caballo, el jovencito recuerda que cuando jugaba al caballito con su amigo Fritz, este se cayó y se lastimó un pie. Según Juanito, en ese momento todos decían que se había dañado “*por causa [wegen] del caballo*”. Y agrega: “*entonces fue cuando pesqué la tontería*”. Freud advierte que la conexión entre carro [*wagen*] y “por causa de” [*wegen*] obedece a la homofonía, esto es, si lo tomamos con Lacan, a la operación de la metonimia:

En otras palabras, en el nacimiento de la fobia [...] nos hallamos ante el proceso típico de la metonimia, es decir, ante el paso del peso del sentido [...] desde un punto de la línea textual hasta el punto siguiente. Esta es la definición misma de la metonimia en su estructura. Si el término *dem Pferd* (del caballo) adquiere su valor articulador y asume todas las esperanzas de solución, es porque éste es el término siguiente al que *wegen* transfiere todo su peso, el cual queda así velado. (Lacan, [1956-1957]1994: 317)

La elección del objeto fóbico está así determinada por una asociación de sonidos, metonimia original alrededor de la cual se reconstituirá todo el sistema simbólico de Juanito. Como bien pone de relieve Lacan, el juego del significante se apodera del sujeto, más allá de todo lo que este pueda intelectualizar. Así, en cuanto la sombra del caballo se cierne sobre él, este va entrando poco a poco en una escenografía que lo captura y que Lacan no duda en calificar de “*delirio articulado*”. Aunque diferente de un delirio psicótico, esta

construcción fóbica comparte con él el hecho de que no se puede deducir de vagas emociones sino que obedece a una maquinaria significativa exterior al sujeto y que lo domina. Es que más allá de cualquier impulso o movimiento emocional particular, el lenguaje tiene su propio plan, su propia motivación. Aunque a diferencia de lo que ocurre en la psicosis, Juanito contará la posibilidad de recurrir a la asociación metafórica.

Vemos perfilarse de este modo la función del caballo: es el elemento significativo alrededor del cual gravita toda clase de significaciones, supliendo lo que faltó en el desarrollo del sujeto, a saber, desempeñando el papel que, por su carencia real, no desempeñó el personaje del padre. Como significativo esencial para remediar su crisis, el caballo constituye un soporte, enganche de todo lo que ha comenzado a vacilar a partir de la crisis en la relación materna, a la vez que se convierte en punto de referencia en el orden simbólico:

Al estar ese significativo ahí, en la medida en que corresponde metafóricamente al padre, permite que se efectúen todas las transferencias, todas las transformaciones necesarias en todo aquello que es complicado y problemático [...] con respecto a la madre real (Lacan, [1956-1957]1994: 403)

La fobia es la solución, el artificio que permite delimitar, acotar esta experiencia subjetiva inaugural de carácter traumático en el vínculo materno-filial. El objeto fóbico, el caballo que muerde, con las transformaciones que va sufriendo en el curso de la enfermedad -y del análisis-, habilita al sujeto a obtener una nueva inscripción.

Al cabo de este proceso, algo del orden de la castración ha operado: expulsado del lugar de ser el falo imaginario de la madre, Juanito se lanza a elaborar toda una serie de construcciones míticas que intervienen para reorganizar su mundo simbólico. Entre ellas, Lacan destaca las últimas, aquellas en las que se expresa bajo la forma de una historia articulada, la castración propiamente dicha.

Pero, ¿de qué castración se trata?

La primera de estas fantasías que marcan la salida de la fobia, es aquella en la que Juanito se instituye como padre de sus hijos imaginarios y desposa a su

madre, al tiempo que casa a su padre con su abuela paterna. La segunda, el bien conocido fantasma del fontanero:

Ha venido el instalador y con unas tenazas me ha quitado primero el trasero y después me ha dado otro, y después el hace-pipí. Él ha dicho: 'enseña el trasero', y yo he tenido que darme vuelta, y él lo ha quitado y luego ha dicho: 'enseña el hace-pipí' (Freud, [1909] 2003:81)

Por otra parte, el progenitor agrega que lo que ha quedado como “un resto no solucionado” al final de la observación es que Juanito se devana los sesos para averiguar qué tiene que ver el padre con el hijo, puesto que es la madre quien lo trae al mundo (el niño pregunta incesantemente: “¿no es verdad que también soy tuyo?”).

Estos datos clínicos muestran la posición a la que ha arribado Juanito luego de su pasaje por la fobia: si la castración ha operado es solo en la medida en que se ha articulado simbólicamente la separación del niño de su madre, posibilitando el dominio imaginario del falo materno. Podría decirse entonces que Juanito ha sido castrado de su madre y que esto lo convierte en un nuevo sujeto. Ahora bien, las fantasías antes mencionadas demuestran en cambio que la castración no ha afectado la relación de Juanito con su miembro: el fontanero solo le pide que le muestre la “cosita”; no hay allí pérdida ni posterior recuperación del pene; en otras palabras, no hay simbolización alguna del tener. Como dice Lacan, “*el pene se ha quedado al margen, desgranado, cómo algo que solo ha sido vilipendiado, reprobado por la madre*”, situación que expresa lo inacabado del proceso en lo concerniente a la asunción de la posición relativa de los sexos y la integración de sus relaciones. De allí la figura de este padre mítico capaz de parir y su correlato, las incesantes preguntas del niño respecto de la función de su progenitor en la reproducción.

Así como hemos cernido en Sandy el saldo del pasaje por su fobia en términos de la plasmación de un fantasma fálico que deja abierta la posibilidad de una salida hacia la histeria o hacia la femineidad, cabe preguntarse cuál es el desenlace que la construcción sintomática depara a Juanito. La presunción de Lacan al respecto es contundente:

Tras el desarrollo lúdico de sus fantasmas y la reducción a lo imaginario de los elementos una vez fijados como significantes, se constituirá la relación fundamental que le permitirá a Juanito asumir su sexo. Lo asumirá de una forma que, por muy normal que sea, podemos suponerla marcada por una deficiencia. (Lacan, [1956-1957] 1994: 409)

En suma, se trata de un epílogo no solo incompleto sino también atípico, en la medida en que en lugar de salir del Edipo “con todos los títulos” que lo identificarían al padre donador, Juanito lo hace a través de una identificación con el ideal materno. La función resolutive de la fobia se circunscribe en el dominio del falo de la madre, con el cual el niño se identifica. Por esta razón no se trata de la formación de un superyó típico, sino de la instauración de una función del orden del ideal del yo. A partir de allí, Juan será un hombre en potencia de niños, capaz de engendrar indefinidamente en su imaginación y de satisfacerse por completo con sus creaciones –no debería olvidarse que se convirtió en un prestigioso escenógrafo-.

Hemos hablado del lugar que tuvo, para Sandy, el complemento fóbico en el establecimiento de la posición de *girl-fallus* que seguramente hará de matriz fantasmática para moldear sus futuras relaciones con el Otro sexo. En Juanito, la imagen que surge a partir del pasaje por la fobia es más bien la de un *fallus dentatus*, y por ello, cualquier abordaje de una mujer va a tropezar con la piedra de su particular posición fálica. De allí que Lacan haga él mismo uso de la metonimia para producir un desplazamiento desde el término “*caballo*”, significante de la fobia, al de “*caballero*”, que representa el lugar que el jovencito tendrá frente al sexo.

A modo de conclusión

En síntesis, en el *Seminario IV* la angustia de Juanito está ligada a la presencia del objeto fálico -en su doble dimensión real e imaginaria- a partir de la cual se perfila la dimensión del deseo del Otro; la aparición de la fobia constituye entonces un intento malogrado de simbolizar dicha presencia, habida cuenta de la insuficiencia paterna para cumplir su función en el Edipo.

Para Sandy, cuyo caso es abordado desde la dialéctica de la frustración, el acento no está puesto sobre el objeto como tal sino sobre el Otro como donador. El objeto fálico entra en juego como don de amor cuando el Otro materno se vuelve real, es decir, se convierte en puro deseo. La fobia es una respuesta provisoria que permite a la niña franquear la crisis en la que entró frente a lo que podía ser la potencia o impotencia materna, y que se hace innecesaria una vez que el padrastro toma la posta para desprender la noción de potencia de su implicación en la madre.

En ambos casos, la fobia cumple una función simbólica que resuelve una encrucijada entre lo real y lo imaginario. En ambos también, la solución que provee la fobia augura un segundo encuentro con el sexo cargado de “posibilidades patológicas”: para Sandy una probable salida histérica en la que la identificación viril imaginaria haga de escollo para la asunción de la posición femenina; para Juanito, una posición heterosexual “*atípica*”, que lo convertirá, quizá, en un caballero maternizado que “*espera que las cosas vengan de otra parte*”.

Tales son, en definitiva, los avatares de la construcción de la relación de objeto. Como se desprende de la obra freudiana, la anatomía no es el destino. Por el hecho de la introducción de la dimensión simbólica, el hombre no es simplemente macho o hembra, sino que está obligado a situarse frente al sexo a partir del par simbólico falo-castración. En el tiempo de la infancia, la interrogación del orden simbólico emerge en forma de la pregunta “*¿qué es un padre?*”. Esto implica la progresiva construcción de posibilidades genealógicas existentes, es decir, las diferentes formas de relación posibles de un niño con un padre y con una madre. Del modo en que cada quien se enfrente a esos lazos edípicos, dependerá su futura asunción del sexo. Y es allí donde la neurosis encuentra su función: suplir las dificultades, las insuficiencias en la forma en que el niño atraviesa el Edipo.

Referencias bibliográficas

Freud, S. ([1900] 2003). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas*, tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.

--- ([1909] 2003). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras completas*, tomo X. Buenos Aires: Amorrortu.

Lacan, J. ([1956-1957] 2012). *El Seminario. Libro IV. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.

Morel, G. ([2000] 2002) *Ambigüedades sexuales. Sexuación y psicosis*. Buenos Aires: Manantial.

DE LOS AUTORES

María Cristina Piro (Coordinadora)

Profesora y Licenciada en Psicología (FaHCE-UNLP). Especialista en Clínica con Niños y Adolescentes (Colegio de Psicólogos de la Provincia de Buenos Aires). Doctoranda en Psicología (FaPsi-UNLP). Ex residente de Psicología en el Servicio de Psicopatología del Hospital Interzonal de Agudos “*Sor María Ludovica*” de La Plata y ex pasante del *Service de Psychiatrie XV del Centre Hospitalier Spécialisé Paul Giraud* (Francia), bajo la dirección de la Dra. Françoise Josselin. Profesora Adjunta Ordinaria a cargo de la cátedra Psicopatología II y Secretaria de Extensión de la Facultad de Psicología (UNLP). Docente-investigadora categoría III del Programa de Incentivos del Ministerio de Educación de la Nación Argentina. Se ha desempeñado como directora de diversos proyectos de investigación y extensión universitaria vinculados con el autismo, el desarrollo infanto-juvenil, el lazo parento-filial y la urgencia subjetiva en la demanda asistencial. Actualmente, conduce el proyecto de investigación “*Las variedades del autismo: sistematización y evaluación de la demanda asistencial. Segunda Etapa*” acreditado por la UNLP (periodicidad 01/2015-12/2016). Se desempeña como miembro del Comité Académico de diferentes revistas de su especialidad y ha publicado diversos trabajos vinculados con la Psicopatología y el Psicoanálisis.

Maira Querejeta

Doctora en Psicología (FaPsi-UNLP). Especialista en Psicología Educacional con orientación en trastornos del Aprendizaje del Lenguaje Escrito (FaPsi-UNLP). Licenciada y Profesora en Psicología (FaHCE-UNLP). Investigadora del Centro de Estudios en Nutrición y Desarrollo Infantil (CEREN) de la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC) de la provincia de Buenos Aires. Ha sido becaria Doctoral y Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones

Científicas y Técnicas (CONICET) y de la Red de Macrouiversidades de América Latina y el Caribe para una estancia doctoral en el Laboratorio de Infantes, de la Facultad de Psicología de la UNAM. Actualmente, investiga sobre temáticas vinculadas al desarrollo psicológico infantil, particularmente en poblaciones vulnerables de la ciudad de La Plata. Es autora de numerosas publicaciones y presentaciones en eventos científicos. Docente de Psicopatología II (FaPsi, UNLP) y de Psicología y cultura en el proceso educativo (FaHCE, UNLP).

Piazzese, Gastón

Médico y Especialista en Psiquiatría y Psicología Pediátrica por el Colegio de Médicos de la Provincia de Buenos Aires. Actualmente ejerce como Jefe de Trabajos Prácticos de las asignaturas Psicopatología I y Psicopatología II en la Facultad de Psicología (UNLP). Es docente investigador Categoría IV del Programa de Incentivos de la UNLP y Co-Director del Proyecto Promocional de Investigación en Psicología “*La histeria masculina. Hacia un estudio diferencial de la histeria en el varón*”, acreditado por la Facultad de Psicología (UNLP). Se desempeña como Consejero por el Claustro de Graduados ante el Honorable Consejo Directivo de dicha Facultad. Fue coordinador y co-director de los Proyectos de extensión “*Curso de capacitación: Intersecciones entre Psiquiatría y Psicoanálisis I y II*” respectivamente y co-director de “*Demanda y urgencia subjetiva*”, acreditados por la Secretaría de Extensión de la Facultad mencionada. Es Profesional Médico Psiquiatra en la Secretaría de Niñez y Adolescencia de la Provincia de Buenos Aires y Ex Residente y Jefe de Residentes del Hospital de Niños de La Plata.

Carbone, Nora

Licenciada en Psicología, Especialista en Psicología Clínica de Adultos y en Docencia e Investigación (Colegio de Psicólogos de la Provincia de Buenos Aires). Actualmente ejerce como Profesora Adjunta de la asignatura Psicopatología I y del Seminario optativo de grado “*Clínica diferencial del*

pasaje al acto” en la Facultad de Psicología (UNLP). Es docente-investigadora Categoría IV del Programa de Incentivos y Directora del Proyecto Promocional de Investigación en Psicología “*La histeria masculina. Hacia un estudio diferencial de la histeria en el varón*”, acreditado por la Facultad de Psicología (UNLP). Se desempeña como Consejera por el Claustro de Graduados ante el Honorable Consejo Directivo de dicha Facultad. Fue Co-Directora de los Proyectos de extensión “*Curso de capacitación: Intersecciones entre Psiquiatría y Psicoanálisis I y II*” y Coordinadora del Proyecto “*Demanda y urgencia subjetiva*”, acreditados por la Secretaría de Extensión de la Facultad referida. Profesional Psicóloga en la Secretaría de Niñez y Adolescencia de la Provincia de Buenos Aires, y Ex Residente y Jefe de Residentes del Hospital de Niños de La Plata.

Torres, Mónica

Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Ayudante Diplomada Ordinaria de la Cátedra de Psicopatología II y Ayudante Diplomada Ordinaria de la Cátedra de Psicopatología I; Categoría 5 en el Programa de Incentivos a Docentes Investigadores de la UNLP. Anteriormente, ha participado en investigaciones de ambas Cátedras, como así también coordinado y participado en diferentes Proyectos de Extensión, tanto subvencionados como acreditados por la UNLP. Registra publicaciones de artículos en revistas y capítulos de libros y en congresos, y producción de material didáctico sistematizado. Es además integrante del Listado de Supervisores en Clínica con Niños del Colegio de Psicólogos de la Provincia de Buenos Aires. Ex Residente de Psicología del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires; se encuentra realizando en la actualidad la Carrera de Especialización en Docencia Universitaria (UNLP).

Sosa, Martín

Licenciado en Psicología (2009), Profesor en Psicología (2010) (UNLP). Ayudante Diplomado Interino de la Cátedra Psicopatología II (UNLP). En la

misma institución, se ha desempeñado como docente del Curso Introductorio a las carreras de Psicología. Es integrante del proyecto de investigación "*Las variedades del autismo: sistematización y evaluación de la demanda asistencial. Segunda Etapa*" aprobado por la UNLP (periodicidad 01/2015-12/2016), e integrante del programa de extensión "*Demanda espontánea y urgencia subjetiva. Recepción, admisión, evaluación, orientación y atención*" (periodicidad Julio 2014- Julio 2015). Ayudante de Segunda en la Nueva Cátedra Psicopatología (UBA). Ha escrito y publicado artículos con temáticas orientadas a la psicopatología infantil y al psicoanálisis.

Abal, Mauricio

Licenciado en Psicología, egresado de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (UNLP). Ayudante diplomado interino de la asignatura Psicopatología II de la Facultad de Psicología (UNLP). Ex ayudante diplomado ordinario de la materia Psicología II de la Facultad de Psicología (UNLP). Ex becario en la Residencia Básica de Psicología Clínica en el Servicio de Salud Mental del Hospital Interzonal de Agudos Especializado en Pediatría "*Sor María Ludovica*", de la ciudad de La Plata (Pcia. de Buenos Aires). Ex becario del proyecto de investigación "*Vinculación entre las historias de vida específicas y el Síndrome Coronario Agudo*", en el Servicio de Cardiología del Hospital El Cruce "*Néstor Carlos Kirchner*", bajo la dirección del Dr. Carlos Tajer. Psicólogo en la Dirección de Medicina Ocupacional de la Secretaría General de la Gobernación de la Pcia. de Buenos Aires. Autor de diversos artículos publicados en revistas periódicas y Actas de Congresos.

Martin, Julia

Licenciada y Profesora en Psicología, U.N.L.P. Especialista en Psicología Clínica con Adultos, Colegio de Psicólogos de la Prov. de Bs. As. Maestrando en Psicoanálisis, UBA. Ayudante Diplomado Ordinario de la cátedra Psicopatología I, U.N.L.P. Ayudante Diplomado Interino de la cátedra

Psicopatología II, U.N.L.P. Integrante de Investigación categorizada, U.N.L.P. Ex residente y ex jefa de residentes de Psicología del H.I.G.A. Gral. San Martín de La Plata, beca obtenida por concurso del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires. Actualmente, psicóloga del Servicio de Salud Mental del H.I.G.A. Gral. San Martín de La Plata, cargo obtenido por concurso abierto de carrera hospitalaria. Ex rotante del Centre Hospitalier Sainte-Anne (París), Clinique Laborde (Blois), Centre Hospitalier CESAME (Angers) y Maison Verte (París). Directora de Proyecto Promocional de Investigación «Adolescencia: el problema del diagnóstico diferencial en las presentaciones enloquecidas» (2014-2015. Facultad de Psicología, UNLP). Co-directora de Proyecto de Extensión «Detección de problemáticas infantiles en la constitución del lazo parento-filial» (Directora: Lic. Ma. Cristina Piro- 2012-hasta la actualidad. Facultad de Psicología, UNLP).

Lardizabal, Maite

Licenciada y Profesora en Psicología (Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata). Ex-residente del “*Programa de residencias integradas multidisciplinario*” (PRIM) de Lanús, del 2009 al 2013. Ex-Jefa de Residentes del PRIM Lanús del 2013 al 2014 y actual Residente de la “*Residencia Postbásica en Adicciones*”. Autora de diversos trabajos en el área de la Psicología Clínica Psicoanalítica.

Fazio, Gastón

Licenciado en Psicología (UNLP). Diploma Superior en Ciencias Sociales con mención en Psicoanálisis y Prácticas Socio-Educativas (FLACSO Argentina). Docente cátedra Psicopatología II, Facultad de Psicología (UNLP). Ex integrante del Programa de Ingreso, Inclusión y Permanencia de la Facultad de Psicología (UNLP). Ex concurrente psicólogo del Hospital Neuropsiquiátrico Dr. Braulio Moyano. Psicólogo de planta del Servicio Penitenciario Bonaerense.

Basualdo, Analía

Licenciada en Psicología (UNLP). Ayudante Diplomada en la cátedra de Psicopatología II (Facultad de Psicología, UNLP) desde el año 2010 a la actualidad. Ex residente de Psicología en el hospital “Dr. Domingo Taraborelli” de la ciudad de Necochea, Provincia de Buenos Aires (años 1994-1998). Ha realizado una rotación en el Servicio de Salud Mental del Hospital Interzonal General de Agudos de la ciudad de Mar del Plata, durante los meses de junio, julio, y agosto del año 1997, y una rotación internacional por el “Centre Hospitalier Paul Guiraud” Villejuif, París, Francia, participando en las actividades clínicas y teóricas que se desarrollaron dentro del Servicio de Psiquiatría a cargo del Dr. Alain Vaissermann, durante los meses de marzo, abril y mayo de 1998. Ha cursado la Carrera de Especialización en Clínica Psicoanalítica con Adultos, y se desempeña desde 2007 hasta la actualidad en atención de niños con situaciones de ASI en el Servicio de Atención Terapéutica Integral (SATI).

Gómez, María Florencia

Licenciada y Profesora en Psicología (UNLP). Especialista en Docencia Universitaria (UNLP). Actualmente cursa la Maestría en Tecnología Informática aplicada a la Educación (UNLP). Ayudante diplomada ordinaria en el Seminario de Psicología Experimental y en Psicología Genética y Ayudante diplomada interina en Psicopatología II (Facultad de Psicología, UNLP). Ha sido adscripta alumna en la asignatura, realizando relevamiento bibliográfico sobre sistemas nosológicos y traducciones para fichas de cátedra y artículos de congresos. Participante en proyectos de investigación dependientes de la UNLP. Coautora de diversos trabajos en eventos científicos nacionales e internacionales en temáticas relacionadas al área de la psicopatología infantil y psicología del desarrollo, investigación y ética en psicología.

ISBN: en trámite

FACULTAD DE
PSICOLOGÍA

S
sociales



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA